
Sophie Saint-Rose
El uno
para el otro

# El uno para el otro

Sophie Saint Rose

# Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

# Capítulo 1

Sonrió al cliente y le dio los trescientos dólares. —Aquí tiene.

—Muchas gracias… —Miró la chapita que tenía prendida en el pecho. —Noeleen. Qué nombre más precioso.

—Eh, viejo, que algunos tenemos prisa.

El hombre se apartó para mostrar al chaval con pinta de rapero que tenía detrás. El señor Benítez le miró de arriba abajo. —Bonita gorra.

Este chasqueó la lengua. —¿Ha terminado?

—Sí, por supuesto, joven. Pase.

El chaval se acercó al mostrador y puso la tarjeta de crédito sobre él. Noeleen levantó una de sus cejas rubias. —Tienes el cajero fuera.

—No funciona.

—Claro que funciona.

—Te digo que no.

—Y yo te digo que sí, hace quince minutos funcionaba.

—Pues ahora ya no funciona.

—¿No será que no tienes saldo?

—¿Qué pasa, que porque vaya así vestido no tengo donde caerme muerto? —Sacó una pistola y se la puso ante la cara. —Pues tienes razón. Dame todo lo que tengas en la caja.

Sus ojos azules estaban bizcos mirando el cañón de la pistola, mientras todo el que estaba alrededor gritaba antes de salir corriendo. —¡El dinero! —gritó sobresaltándola.

Apenas pudo mirarle cuando levantó la pistola y pegó un tiro al techo. —¡Rápido, rápido!

¿Por qué siempre le pasaba a ella? Abrió la caja y cogió los billetes que había allí, mientras pensaba que era mala hora para que el de seguridad se tomara el descanso, sobre todo porque su compañero estaba enfermo de gripe y no había ido a trabajar ese día. Recogió el dinero que no debían ser más de cuatro mil dólares y los puso sobre el mostrador.

El chico gruñó. —¿No tienes una bolsa?

—Hay que venir preparado.

Le apuntó a la cara. —¡La bolsa!

—Sí, sí, claro. —Se agachó y pulsó el botón de la alarma silenciosa, aunque seguro que ya la habría pulsado alguien de los empleados. Agarró una bolsa con cremallera que usaban para meter las recaudaciones de las cajas al cerrar y se incorporó poniéndola sobre el mostrador. —Aquí tienes.

—¡Mételo, rápido!

Bufó abriendo la cremallera. —Eres demasiado lento.

—¿Ahora me vas a dar lecciones?

—Me han atracado dieciséis veces en cuatro meses que llevo trabajando aquí, algo de esto sé. Seis minutos.

—¿Qué?

—Seis minutos es lo que tarda en llegar la policía. —Le entregó la bolsa. —¿Seguro que todavía la quieres?

Él se la arrebató antes de salir corriendo pegando tiros al techo mientras todos gritaban de miedo. Noeleen estiró el cuello para ver que salía del banco por la puerta doble de cristal y que bajaba los escalones que daban a la tercera avenida. Un tiro le dio

en el hombro y le hizo tirar la pistola. —Bueno, asunto arreglado con quince años de cárcel. ¡Siguiente!

Entró en casa con la bolsa de la compra. —¡Mamá, ya estoy aquí!

—¿Has traído las naranjas para el zumo?

—Sí. —Entró en la cocina donde su madre estaba preparando una tarta de chocolate como a ella le gustaba. —¿Ya ha pasado otro año?

—Ja, ja... No solo las hago para tu cumpleaños.

—De chocolate sí. —Bufó. —Leche, ya mañana cumplo veintisiete. Se me va a pasar el arroz.

—Y no me haces caso, deberías salir con nuestro Enrico.

—Eso, para que me cocine espaguetis cada noche y termine con trescientos kilos.

—Es un buen hombre y el mejor partido del barrio. Eso sin mencionar que está loco por ti desde que teníais dieciséis años.

—Mamá, Enrico es como mi primo, eso no va a ningún sitio.

Regina suspiró. —Nada, que no la caso. ¿Qué tal el trabajo?

—Como siempre.

Su madre se llevó la mano al pecho. —¡No! ¿Otra vez os han atracado?

Hizo una mueca abriendo la nevera. —Un discípulo de Eminem.

—¿De quién?

—Déjalo, mamá. No ha pasado nada, estoy bien.

—Cambia de trabajo, te lo he dicho mil veces.

Metió la leche en la nevera y cerró la puerta. —Me lo pensaré, ¿vale? No será fácil encontrar otro donde me paguen tan bien.

—Hija, volveré a cuidar niños para sacarnos unos dólares más.

No pensaba consentirlo, había trabajado toda su vida y ya estaba bien. Ahora era su turno de cuidar de su familia. —Ya lo hablaremos, por favor. Estoy muy cansada para esta conversación. ¿Lisbeth está estudiando?

—Mañana tiene examen de algebra.

—Bien. Me ducho, me pongo el pijama y pondré la mesa.

—No hay prisa. —Miró el reloj que estaba colgado sobre el microondas. —Sabes que tu hermana no saldrá de la habitación en

una hora.

—Sí, lo sé. Pero no pienso perderme meter el dedo en la cobertura de chocolate.

Su hermana estaba con el libro sobre la mesa y gruñó alargando la mano por encima del plato de espaguetis para arrebatárselo.

—¡Eh!

—Ya está bien por hoy.

—Mañana tengo examen.

—Y sacarás sobresaliente como siempre. Ahora a cenar que casi no has probado la cena.

Gruñó cogiendo el tenedor y empezó a comer como si se lo fueran a quitar de la boca para acabar cuanto antes. Su madre reprimió una sonrisa mientras Noeleen exasperada fulminaba a su hermana con la mirada. Esta la miró de reojo y dijo con la boca llena

—¿Qué?

—Más despacio.

—Qué pesada estás.

—¿Has hablado con la orientadora del instituto?

—Sí, he tenido la reunión a las doce.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó impaciente.

—Que podré estudiar lo que quiera. Todos mis profesores darán informes favorables de mí y no habrá problema con la beca cuando solicite universidad el año que viene. ¿Ahora me das el libro? Porque si mis notas bajan, todo se irá a la mierda.

—¿Beca completa?

—Sí, pesada. —Sonrió. —Y en Harvard.

Gritaron de la alegría y se levantaron para abrazarla. Regina impresionada y con los ojos llenos de lágrimas se llevó la mano al pecho. —¿Seguro que será Harvard?

—La señorita Milton me ha dicho que con mi curriculum se pegarán por mí.

Noeleen la besó en la sien. —Estoy muy orgullosa.

—Como si a ti no te la hubieran dado antes.

—Yo no fui a Harvard, me quedé en Columbia.

—Podrías haber ido a Harvard si hubieras querido, pero no quisiste irte de Nueva York.

Su madre apretó los labios porque sabía que siempre había sido su sueño ir a Harvard, pero no había podido porque tenía que ayudar en casa con trabajos por horas que les dieran más dinero. Había tres bocas que mantener, el alquiler era caro y su hermana era muy pequeña por entonces para ayudar en nada. Noeleen acarició el cabello rubio de su hermana. —Me alegro mucho por ti.

—Lo sé. —Alargó la mano y agarró el libro antes de que pudiera evitarlo. Cogió el plato de espaguetis y salió corriendo.

—¡Eh!

—¡Quiero un sobresaliente!

Regina rio. —Esta niña.

Preocupada se sentó ante su plato. —Es muy responsable. Demasiado, mamá.

—Lo sé.

—Tiene dieciséis años, debería divertirse un poco.

—Lo mismo te digo. Mañana es tu cumpleaños, ¿vas a salir con Lucy?

—No lo creo. Ahora tiene novio y está muy ocupada, me irá a buscar al trabajo para comer juntas, pero no puede salir de noche porque tiene la cena de aniversario.

Su madre la miró pasmada. —¿Ya llevan un año? Ha pasado muy rápido.

Reprimió la risa. —El aniversario de los tres meses, mamá.

—¿De verdad se celebra eso?

—Pues por lo visto sí. Salen a cenar cada día treinta.

—Leche, ¿y se hacen regalos?

—El mes pasado Mathew le regaló una bicicleta eléctrica para salir juntos los fines de semana.

—¿Y el mes anterior?

—Un conjuntito muy mono para ir juntos al gimnasio.

—Vaya, le ha salido deportista. —Regina rio por lo bajo. —La debe tener deslomada, porque Lucy no ha hecho ejercicio en la vida.

Se echaron a reír y Noeleen dijo —Dice que se muere de las agujetas y que como siga así va a acabar con ella. El fin de semana pasado la llevó de senderismo y la hizo caminar casi veinte kilómetros. Hasta ha pensado en dejarle, dice que es muy bueno en la cama, pero que como le duelen tanto los músculos casi no puede apreciarlo.

Su madre rio a carcajadas. —Pobrecita. Sí que está la cosa difícil para encontrar novio.

—Mamá, tú tuviste mucha suerte, era tu vecino y…

—Por eso Enrico sería un buen candidato.

—Venga, déjalo ya. No es mi tipo.

—Es el tipo de cualquiera —dijo indignada.

—¡Pues no me pone!

—Ah… Eso ya es un problema.

—Y tanto que es un problema.

—A lo mejor si le das un besito…

—Mamá le di algún besito que otro en el instituto y no funcionó.

—¿De veras? ¿Y cómo no me lo habías dicho?

—¿Vergüenza?

—¿Tú tienes de eso?

—Ja, ja… —Se metió el tenedor en la boca y masticó con ganas.

—Así que nada, ¿ni una chispita?

—De hecho, fue… Algo desagradable. Tanta saliva y absorbía como si me quisiera chupar el alma. Un desastre, vamos.

—Hija, has besado a otros hombres, ¿verdad?

—Mamá, que tuve novio durante un año en la universidad, ¿qué crees que hacíamos? ¿Punto?

—Uy, Fred era un gran partido. Mira que irse a estudiar a Europa, qué desperdicio.

Se metió el tenedor en la boca de nuevo y asintió. Regina entrecerró los ojos. —¿Querías que se largara?

—Uff, es que se estaba poniendo un poco pesado y yo tenía que estudiar.

—Eres un caso. —Se levantó con el plato vacío en la mano. —Ya decía yo que habías llorado poco por la ruptura. Incluso el día en que le despediste en el aeropuerto solo soltaste una lagrimita. Y yo pensando que querías hacerte la fuerte. ¡Si no volviste a salir con nadie durante la universidad!

—Los hombres distraen —dijo con la boca llena—. Hablando de distracciones, ¿qué hay hoy en la tele?

—Hija, ¿y eso de que se te pasa el arroz?

—Tú lo que quieres es que te haga abuela.

—Eso también. No quiero ser una abuela vieja que babee mirando a mi nieto y ya no pueda cogerlo en brazos.

—¡Mañana cumplo veintisiete!

—¡Ponte las pilas!

—Mamá, no me gusta nadie, ¿qué quieres que haga?

—Que busques más.

—Lo intentaré, ¿vale?

# Capítulo 2

Sentada tras el mostrador miró a su alrededor discretamente. ¿Y Donald? De reojo miró su mesa al final del banco. Al ver que metía el dedo en su nariz y lo giraba en su interior lo descartó en el acto. Mierda, uno menos.

—Señorita, tengo prisa —dijo la mujer con cara de vinagre.

—La máquina está contando sus cinco mil dólares. Y hay que hacerlo dos veces, política del banco.

Bufó molesta y empezó a dar golpecitos con sus impecables uñas pintadas de rojo sobre el mostrador. Noeleen gruñó porque ese tipo de gestos la sacaban de quicio y volvió a coger el dinero de la bandejita para ponerlo en el soporte que hacía que los billetes se deslizaran para que la máquina los contara. Miró hacia la puerta y vio a dos hombres de traje. Madre mía, qué monumentos. Que

fueran a su ventanilla, que fueran a su ventanilla. Bueno, el del tatuaje en el cuello mejor que no, que su madre no le tragaría, pero el rubio era perfecto. Si era inteligente y con sentido del humor, le pedía matrimonio. A toda prisa recogió el dinero de la mujer y le dijo —Firme en la pantallita, por favor.

Esta lo hizo lo más rápido que pudo y Noeleen le dio el dinero. —Que tenga un buen día.

El tipo rubio se acercó a su mostrador y casi chilla de la alegría. Sonriendo de oreja a oreja se apartó un mechón de su melena del hombro. —Buenos días.

Él sonrió. —Buenos días.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Te está apuntando un M-82 a la cabeza.

Noeleen perdió la sonrisa poco a poco.

—Veo que sabes de lo que hablo.

—Mi padre era militar. Es un fusil de francotirador.

—Perfecto, ahora levántate lentamente y pon las manos sobre el mostrador. Vamos bonita, muéstrame tu manicura.

Ella alargó las manos y las puso sobre el mostrador. —Perfecto.

El director del banco que estaba saliendo de su despacho miró hacia ellos distraído y al ver a dos de sus chicas de pie con las manos sobre el mostrador corrió hacia su puerta, pero una mujer sentada a una mesa se levantó mostrando un vestido rojo y le pegó un tiro en la espalda haciendo que se estrellara contra el cristal. Noeleen tembló de miedo viendo como su cuerpo caía al suelo al igual que los de los vigilantes que fueron sorprendidos por detrás por dos hombres que les rajaron el cuello de parte a parte. El rubio le sonrió mientras la gente gritaba escondiéndose donde podía y le dijo con tranquilidad —Muy bien, empieza el juego.

Sacó una pequeña ametralladora del interior de la chaqueta y pegó varios tiros al techo. Noeleen sintió auténtico pánico, porque era evidente que esos no eran como los anteriores que habían intentado robar el banco. El tipo que estaba ante ella era un auténtico criminal. El rubio la apuntó a la cabeza mientras los tres hombres restantes y la mujer gritaban a los clientes del banco que se movieran hasta una esquina. Uno de ellos apartó una de las mesas como si no pesara nada y les apiñaron allí sentados.

—Los móviles al suelo, a mis pies, ¡ahora! —gritó la mujer apuntándoles con una ametralladora.

Varias mujeres tiraron el bolso y todo llorando desesperadas. Un niño de unos dos años no dejaba de llorar. Por Dios, esperaba que alguien hubiera dado la alarma silenciosa.

—¡Muy bien! —gritó el rubio que tenía ante ella—. Nosotros haremos nuestro trabajo y vosotros no os moveréis de ahí, ¿me habéis entendido? ¡Y no quiero oír ni a una mosca!

Una mujer sollozó y él la apuntó a la cabeza disparando en el acto. Noeleen atónita vio el agujero en su frente y la sorpresa en su rostro antes de que cayera hacia atrás sobre una anciana que muerta de miedo se desmayó en el acto. El rubio se volvió con una sonrisa heladora en el rostro, ese hombre disfrutaba matando. Intentando no desmayarse de miedo se mantuvo en su sitio como él había ordenado. —Muy bien, guapita. Ahora vas a empezar a recoger el dinero de todas las cajas. Y no te dejes ni un dólar. ¡Rápido! —gritó haciéndola temblar por dentro.

"¡Haz lo que te dice!", se imaginó que le diría su padre. Bajó las manos y abrió la caja tan aprisa como podía. Cogió una de las sacas que trasladaban el dinero a los furgones y empezó a meter el dinero incluidas las monedas. Cuando la vació, continuó con la caja de al lado que en ese momento estaba vacía y después siguió con las otras tres. En la última estaba Berta que se apartó un paso para

que pudiera maniobrar más deprisa. Al agacharse a coger un fajo de billetes vio la luz roja bajo el mostrador, lo que indicaba que había pulsado la alarma. Pero ya habían pasado seis minutos, ¿dónde estaba la policía? Igual la había pulsado hacía poco y no les había dado tiempo a llegar. Cuando terminó, volvió a su sitio y dejó la saca sobre el mostrador, pero el rubio ni se dio cuenta porque estaba pendiente de las escaleras que estaban al lado del despacho del director. A Noeleen se le cortó el aliento. Las cajas de seguridad. Miró hacia sus cómplices y se dio cuenta de que faltaban dos. La mujer y el del tatuaje.

El rubio se llevó la mano al oído. —¿Dónde estáis?

—Abriendo la verja que da a la cámara —logró escuchar ella.

Miró su reloj y vio que estaba puesto el cronómetro donde ya marcaba seis minutos. Se escucharon las sirenas de la policía. —Ya están aquí.

En ese momento las persianas de seguridad del banco empezaron a descender. Noeleen entró en pánico, ¿quién las había activado? ¡Les dejarían encerrados con esos psicópatas!

Se escuchó que alguien chistaba suavemente y ella miró hacia la mujer que tenía al niño en brazos. El rubio la apuntó y asustada

porque les matara Noeleen dijo —Aquí tiene.

Él la miró para ver como empujaba la bolsa sobre el mostrador. —Está todo.

Fue como si se diera cuenta en ese momento de que estaban allí y gritó —¡Reuníos con el grupo!

Corrió con Berta y los demás hasta el grupo y se sentaron en el suelo tan rápido como podían. La mujer que había ido a sacar los cinco mil dólares temblaba a su lado y ella le agarró la mano para que intentara calmarse porque como se echara a llorar estaba perdida. Uno de los teléfonos del banco empezó a sonar y el rubio se echó a reír caminando hacia una de las mesas. Giró el teléfono con mucha calma antes de coger el auricular. —Aquí el GoldBank, ¿qué puedo hacer por usted? —Escuchó lo que tenían que decirle. —Lo siento, en este momento no está disponible. —Colgó y dijo muy serio —¿Cómo vais? —Caminó sobre el suelo de mármol mientras los otros dos les apuntaban. —Daos prisa, joder. ¡Tres, vete a ayudarles!

Uno de ellos corrió hacia las escaleras y se escuchó como bajaba los escalones de mármol.

—Nos van a matar a todos —dijo la mujer por lo bajo.

Apretó su mano y negó con la cabeza. —Las cámaras están conectadas con la policía. Les están viendo. Si no molestamos, nos dejarán en paz.

Un tiro en su hombro casi la tumba, pero la mujer la agarró para evitar que cayera mientras los que la rodeaban chillaban de miedo y cuando se dio cuenta de lo que había ocurrido Noeleen temblando miró al que mandaba que siseó —He dicho que guardéis silencio.

Impactada se miró el hombro y sorprendida vio la sangre, aunque no le dolía. Soltó la mano de la mujer que estaba horrorizada y se tocó la herida para ver su color rojo encendido sobre sus dedos. Le habían disparado. Dios mío, le habían disparado. Aún en shock miró a la mujer que a toda prisa se quitó su chaqueta de Chanel para tapar la herida con fuerza.

—Si tienes suerte puede que no te mueras —dijo el rubio con desprecio—. Más te vale que aprietes para intentar detener la hemorragia.

Berta la cogió para que se tumbara y apretó la herida ejerciendo presión con ambas manos. Entonces el hombre se llevó la mano al oído y sonrió. —Perfecto, dos minutos.

¿Dos minutos para qué?

Una explosión les sobresaltó a todos y gritaron de miedo intentando apartarse de la pared que tenían a sus espaldas, porque empezó a rajarse de abajo arriba.

—¡Quietos! —gritó uno de los que habían matado a los vigilantes de seguridad. Disparó a un hombre por la espalda y todos se detuvieron agrupándose bajo uno de los ventanales. Noeleen apoyó la espalda contra la pared y se miró la herida que había empapado la pechera de su vestido azul. Agarró la chaqueta que había quedado en el suelo y se la puso contra la herida intentando apretar. En ese momento varios pasos subieron por las escaleras y volvió a sonar el teléfono mientras aquellos tres llegaban a su piso.

El rubio se acercó al teléfono y descolgó sin decir ni una sola palabra. Escuchó lo que le decían al otro lado de la línea y dijo —De acuerdo, saldremos.

Atónita Noeleen escuchó que se empezaban a subir las persianas de acero y los cinco cogieron unas máscaras transparentes que uno de ellos fue repartiendo. Corrieron para ponerse frente a una de las ventanas que llegaba de suelo a techo en la parte sur del banco. Le pareció extraño que no fueran hacia la puerta.

—¿Listos?

—Sí, jefe —dijo la del vestido rojo con una sonrisa satisfecha en los labios antes de ponerse con la espalda pegada a la pared justo al lado del enorme ventanal y los demás hicieron lo mismo con las armas en alto.

La explosión en el exterior fue tan fuerte que hasta estallaron los cristales del resto de las ventanas. Noeleen intentó cubrirse de los cristales que le caían justo encima y entonces escuchó los gritos desgarrados. Apartó los brazos levantando la vista por instinto y vio que la mujer del niño tenía un cristal incrustado en el cuello y que sangraba con fuerza. Sin pensar fue hasta ella. —¡Coged al niño!

Berta lo cogió de inmediato y Donald gritó —¡Un médico!

Había que hacer algo o moriría desangrada. La tumbó en el suelo y arrancó el cristal metiendo los dedos en su cuello para presionar. —¡Pedid ayuda!

Se oían gritos en el exterior y la mujer con el traje de Chanel gritó —¡Fuera es un caos! ¡Hay muchos muertos!

Intentaba evitar que corriera la sangre, pero era casi imposible. —Dios mío, ayúdanos. —Entonces pulsó en un sitio donde la sangre dejó de manar con tanta fuerza. —Eso es. —Miró a su

alrededor y vio a dos policías entrando en el banco con las armas en alto. —¡Un médico! —gritó—. ¡Necesitamos un médico!

Los rehenes empezaron a correr hacia la puerta. En ese momento llegó alguien con un chaleco amarillo que se arrodilló a su lado. —¡No dejes de presionar!

—¡Joder Bill, también está herida! —dijo otro hombre que empezó a atender a la mujer que se desangraba.

—Aguanta, aguanta —dijo el sanitario antes de poner los dedos sobre los suyos —. Bien, aparta la mano cuando yo te diga.

Muy nerviosa hizo lo que él le decía y apartó la mano para que él trabajara. Se dejó caer en los talones aliviada de no tener ya esa responsabilidad. Mareada se apoyó en su mano ensangrentada antes de levantarse y sintiendo que le fallaban las fuerzas fue hasta la puerta. Al salir vio un escenario de guerra. Coches de policía en llamas, cuerpos heridos por donde miraba y escuchó los gritos, el caos estaba por todas partes. En shock bajó el escalón que daba a la acera y se le dobló una pierna. Alguien la cogió por la cintura y la llevó a toda prisa hacia unas ambulancias que había al final de la calle. Miró al hombre que era un bombero, pero apenas le vio la cara antes de que la entregara a unos sanitarios que la tumbaron en una camilla.

—Ya estás a salvo —dijo una mujer.

El alivio la invadió y sollozó sintiendo que su mundo se derrumbaba porque en ese momento no se sentía capaz de ser fuerte. Y no sabía si podría serlo en el futuro para mantener a su familia.

En la acera de enfrente tres meses después, miró el banco ahora totalmente reformado. Sentir que tenía que volver a entrar ahí era una tortura, pero en ese tiempo no había encontrado nada mejor. Se sentía atrapada y respirando hondo dio un paso para cruzar la calle. —Paso a paso, Noeleen. Ya no estarás en la caja, no es para tanto.

Llegó ante el banco y subió el escalón para pulsar el botón de llamada. Intentó ignorar como le temblaba la mano. Un hombre moreno y muy alto que no conocía, que llevaba un uniforme de vigilante se acercó a la puerta. La miró a los ojos antes de abrirle con la llave que tenía colgada de su cinturón. —Soy…

—Ya sé quién es, señorita Fallon. Me habían avisado de su llegada.

—Bien.

—El director la espera.

Casi sin ver de los nervios pasó ante él, pero el hombre la cogió del brazo deteniéndola. Miró sus ojos verdes sobresaltada y el hombre apretó los labios antes de decir —Tranquila, no pasará nada.

No pudo disimular su temor. —Usted no estaba aquí. —Soltó su brazo. —Y no me toque. —Dio un paso atrás. —Le aconsejo que tenga los ojos bien abiertos, amigo, porque se juega el pellejo.

—Me llamó Durko. Durko Patterson y sé de sobra a lo que me arriesgo. Sé hacer mi trabajo, así que no te preocupes, Noeleen.

Le miró con desconfianza antes de alejarse. Varios de sus compañeros de trabajo se acercaron para saludarla y cuando después de un par de minutos se alejaron a sus puestos, Berta la abrazó. —¿Cómo te encuentras?

—No sé qué hago aquí —dijo angustiada.

—Ganarte el pan, como todos.

Miró hacia el despacho de dirección. —¿Cómo es?

—¿El nuevo? Un gilipollas que se cree que lo sabe todo. Aunque la realidad es que la central nos ha enviado a un imbécil que no sabe por dónde anda. Pero es lógico que haya caído aquí, ¿no?

Sin otra posibilidad de ascenso por su falta de preparación, tuvo que aceptar el puesto porque nadie lo quería. Mal fario, ya sabes.

—Sí, lo sé.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—Que todo va bien y que la rehabilitación se ha terminado, aunque todavía me duela al levantar el brazo.

—Los de los seguros son unos hijos de mala madre —dijo Berta furiosa—. ¿Y los de arriba? Otros cerdos, al menos podrían haberte cambiado de sucursal.

—Y mira que lo he intentado. Al parecer soy una heroína para media ciudad, pero entre los que me admiran no están los de arriba, que consideran que debo estar aquí para que los clientes sientan que todo ha vuelto a la normalidad.

—Yo también lo he intentado, como todos, pero aquí nos dejan hasta que nos metan un tiro. He intentado buscar otro trabajo, pero nada, así que con tres hijos y un marido enfermo no tengo otra salida —dijo con rabia.

—¿Cómo está Bill?

—Mal, el ELA avanza muy rápido.

—Lo siento mucho.

Berta forzó una sonrisa. —Pero el ánimo no se lo quita nadie.

Consiguió sonreír a pesar de los nervios. —Y hace muy bien, dale recuerdos de mi parte.

—¿Señorita Fallon?

Se volvió hacia el despacho de dirección y allí estaba su nuevo jefe, un tipo de unos treinta años con un traje hecho a medida y el cabello repeinado. Otro que se creía el Lobo de Wall Street.

—Te veo luego —susurró Berta antes de alejarse.

Noeleen se acercó al tipo y alargó la mano. —Encantada de conocerle.

—Bienvenida de nuevo, que por cierto ya era hora. Abrimos hace mes y medio y sus compañeros se incorporaron puntualmente —dijo pasando de su mano y entrando en el despacho.

Noeleen entrecerró los ojos. Sí que era un gilipollas, sí. Entró tras él y cerró la puerta. —Será que a ellos no les pegaron un tiro —dijo con mala leche—. Estaba recuperándome.

Él revolvió unos papeles de su mesa. —Sí, ya… Ahora que al fin está aquí, se encargará de las hipotecas. Mesa tres. —Levantó la

vista. —Por cierto, ya que no estaba el día en que se abrió de nuevo esta sucursal, le diré las nuevas normas.

—¿Nuevas normas?

—No se llegará tarde bajo ningún concepto, nada de palique con los clientes, será profesional e irá al grano al hablar de la hipoteca que tenga entre manos.

Noeleen parpadeó sin poder creérselo mientras ese tipo seguía.

—He quitado la cafetera, si quiere café lo tomará en sus veinte minutos de descanso a media mañana. He dicho veinte, no veinticinco ni treinta, ¿entendido?

—Sí, señor.

—La hora de la comida. Nada de comer en la mesa ni en la sala de descanso, nada de hacer grupitos ni risitas que se puedan oír en el banco. Si quieren reírse lo harán fuera, aquí se viene a trabajar, no a contarse sus vidas o a cotillear. Por cierto, antes de salir hará un informe cada día sobre sus avances con sus clientes.

—¿Cada día? —preguntó asombrada.

—¿Tiene algún problema con eso? Quiero estar informado de todo su trabajo si es que lo hace.

—Yo hago mi trabajo —dijo estresadísima porque ese hombre no tenía ninguna sensibilidad—. Por cierto, ¿su nombre es?

—Está en la puerta. Cierre al salir.

Pasmada se giró para salir de su despacho y al cerrar la puerta vio el nombre. Patrick Derron. Pues menudo imbécil. Sintió que la miraban mientras iba hacia su mesa. Ahora entendía como sus compañeros estaban en sus mesas a cinco minutos de la apertura. Normalmente se tomaban un café charlando, pero era evidente que eso se había acabado. Dejó su bolso sobre la mesa vacía y se sentó en su silla. Respira hondo, tienes que amoldarte de nuevo, eso es todo. Puso las manos sobre la mesa y recordó aquel día. Intentó borrar ese pensamiento, pero sus ojos fueron a la ventana que tenía al lado que era la que le había estallado encima.

—¿Estás bien?

Volvió la cabeza como un resorte para ver al nuevo vigilante. —Sí.

—Estás sudando.

—No es nada.

—He estado en el ejército y sé reconocer un trastorno por estrés postraumático.

—Te digo que estoy bien —dijo entre dientes antes de mirar de reojo la puerta de su jefe—. Si me disculpas, tengo trabajo.

Él apretó los labios antes de asentir. —Si quieres hablar…

—Para hablar de mi vida ya tengo a mi madre. —Cogió el bolso y abrió el cajón de abajo para meterlo de malas maneras. Como no cabía lo empujó con fuerza cerrando de golpe.

Durko cogió un lápiz y un block que tenía en el bolsillo de la camisa y escribió algo antes de arrancar la hoja para dejársela en la mesa. Había escrito tres cuatros seguidos separados por un guión y debajo había otra serie de números. —¿Qué es esto?

—Inhala cuatro segundos, retén cuatro segundos y expulsa cuatro segundos. Te ayudará mucho, te lo aseguro. Lo de abajo es mi número de teléfono por si quieres hablar.

Sorprendida vio que se alejaba hacia la puerta y que hablaba con otro vigilante que no había visto hasta ese momento. A pesar de lo borde que había sido con él, le había correspondido de manera amable y había comprendido lo que estaba pasando. Leyó el papel de nuevo y se arrepintió de haberse portado así, tendría que disculparse. Abrió el cajón de arriba y metió el papel. Entonces él se giró y la miró a los ojos. Avergonzada porque la hubiera pillado

mirándole, agachó la cabeza y nerviosa encendió el ordenador. Respiró hondo como él le había dicho y después de repetirlo tres veces se sintió mejor. Sorprendida le miró y él sonrió de medio lado asintiendo con la cabeza. Correspondió a su sonrisa antes de mirar la pantalla. Sabía que no sería fácil, pero eran los nervios de los primeros días después de lo que había ocurrido. Se le pasaría. No iban a tener la mala suerte de que pasara algo tan gordo de nuevo.

# Capítulo 3

—Es un interés muy bueno, se lo aseguro.

—No sé —dijo la esposa con cara de que solo quería hacer que perdiera el tiempo.

Se acercó. —Les aconsejo que lo cojan, porque se dé buena tinta que los tipos van a subir de aquí a unos días.

—¿Eso cree? —preguntó el hombre.

—Ya sabe cómo está la economía. La inflación…

El hombre asintió y su mujer le miró asombrada. —No te creas una palabra.

—Mujer, tú ni sabes lo que es la inflación, lo que no quieres es cambiarte de casa.

Levantó la barbilla. —Pues no, no quiero.

—July, te he dicho mil veces que allí no cabemos todos.

—Pero mi madre está cerca, nos viene bien para que cuide a los niños.

—Estás a seis paradas de metro, joder. Estoy harto de compartir el baño con los niños y de dormir con el pequeño.

July se sonrojó. —Vale, cómo te pones. Hipotequémonos treinta años más para seguir pagando en la jubilación.

—Eso es lo mejor —dijo ella llamando su atención—. Que lo que ahora son tres mil dólares al mes, no será nada dentro de unos años. Además, les aconsejo que si ahora están en un piso en propiedad no lo vendan. Alquílenlo y la nueva hipoteca se pagará sola.

Se miraron y Noeleen vio en su rostro como se decidía. —Muy bien. ¿Qué papeles necesita para preparar la documentación?

Sonrió y sin darse cuenta miró hacia la puerta donde Durko la estaba observando. ¿El día anterior estaba tan guapo? ¿Cómo no se había fijado? Y vaya cachas que estaba, era evidente que iba al gimnasio. Se sonrojó de gusto porque la estuviera mirando y disimulando cogió la hoja de la documentación que tenía preparada para esos casos. —Miren, aquí viene todo. Traigan la documentación cuanto antes, yo prepararé la propuesta y la enviaré al

departamento de riesgos. Pero seguramente no habrá ningún problema, pues ambos tienen trabajos estables muy bien pagados.

El hombre sonrió. —Gracias, intentaré traérselo todo cuanto antes.

Se levantaron y la mujer dijo —¿Seguro que el interés no puede ser más bajo? Este se rinde enseguida.

—No, lo siento. Ya está en el límite que nos permite el banco.

—Mujer, ¿qué has dicho? —preguntó él alejándose.

—Nada, que no sabes regatear.

—Eres imposible.

—Uy, lo que me ha dicho…

—¡Siguiente!

De repente alguien se puso a su lado y se sobresaltó mirando a su jefe asustada. —No digas siguiente como si esto fuera la carnicería, ¿me oyes?

—Sí —dijo con el corazón a mil y pálida.

—¿Pero qué coño te pasa? ¿Has visto un fantasma? Sonríe, vamos sonríe.

Forzó una sonrisa mostrando los dientes y él gruñó antes de volverse para ir hacia su despacho. Aún temblando del susto miró al

frente y Durko tenía el ceño fruncido como si algo no le gustara un pelo. Unos clientes se acercaron y tuvo que centrarse en ellos, así que se olvidó de su jefe y de todo lo demás para concentrarse en su trabajo.

Tomaba un café con Berta en la cafetería del final de la calle y esta la observó mientras revolvía con el palito de plástico. —¿Estás bien?

La miró a los ojos. —Sí, claro.

—Estás en Babia.

—Es que hoy no he dormido muy bien.

—Sí, yo también tengo pesadillas.

—¿De veras?

—Me despierto gritando. Le pego unos sustos a mi marido…

—Me pasa lo mismo. Me despierto empapada y tengo que mirarme las manos por si tengo sangre.

—Pobre chica, todavía está en el hospital, ¿sabes?

Asintió. —Sí, lo vi en la prensa.

—Entró en parada en la ambulancia y una conocida que tengo en el hospital me dijo que se comenta por allí que le pasó algo al cerebro. Igual no se recupera nunca. Me da mucha pena con un niño tan pequeño.

—Sí, es horrible. —Viendo su rostro en su cabeza apoyó los codos sobre la mesa para pasarse las manos por la cara sintiéndose agotada.

Berta se la quedó mirando. —¿Por qué no vas a terapia? Sería bueno que te desahogaras.

Rio por lo bajo apartando las manos. —Porque no me lo cubre el seguro, básicamente. Y como el banco ha pagado a ese psicólogo de mierda para darnos una charla de media hora que no ha servido para nada, ya no puedo reclamar ningún tipo de ayuda psicológica.

—Conmigo estuvo un cuarto de hora.

—Entonces he sido una afortunada. —Bebió de su café. —Durko dice que tengo estrés postraumático. —Se encogió de hombros. —Supongo que lo tenemos todos.

—A ti te dispararon, es lógico que tu miedo se haya multiplicado. Sentiste muy de cerca la posibilidad de ver a tu creador.

Se quedó mirando su taza. —Es extraño, durante el tiempo en el que pasó el atraco no sentí este miedo, esta sensación de pánico. Fue después, en cuanto salí del banco.

—Cuando se supone que ya estabas a salvo.

—Exacto, ¿no es raro?

—Supongo que no. —Cogió su mano. —Busca otro trabajo, te vendrá bien para olvidar.

—Eso me dice mi madre cada día. No quiere ni oír hablar del banco, se pone histérica, pero necesitamos el dinero.

Suspiró. —Sí, sé lo que es tener las manos atadas.

—Tú llevas más tiempo que yo trabajando en esto, ¿crees que volverá a pasar?

—¿En nuestra sucursal? ¿La más atracada de Manhattan? Sí, cielo, volverá a pasar.

—Mierda.

—Oye, que ahora tenemos a Rambo controlando la situación.

Sonrió. —Parece majo.

La miró como si estuviera loca. —¿Pero qué dices?

—¿No te lo parece?

—Tiene muy mala leche. Hace dos semanas sacó de la sucursal a un chaval que venía con una bolsa enorme y después de ver lo que había dentro, casi lo avienta a la acera de enfrente.

—¿De veras?

—Y a Donald le tiene cruzado. Un día entró con el patinete eléctrico y le hizo llamar a un mensajero para que se lo llevara de vuelta a su casa.

—¿Por qué?

—Algo de que esas baterías podían explotar y que no estaba permitido meterlos en el banco y menos en el almacén. Ah, y el otro día, el viernes creo que era, cacheó a una rubia porque llevaba una gabardina en junio. Se mosqueó y de milagro no la dejó en pelotas en medio del hall. —Berta abrió los ojos como platos. —Y ella encantada, que hasta le pidió el número de teléfono.

—¿Y qué dijo él? —preguntó de lo más interesada.

—Que no le iban las Barbies.

Uy, que decepción. —¿De veras? ¿No le van las rubias?

Berta jadeó. —¿Te gusta el musculitos?

—No le llames así, ha sido muy agradable conmigo.

—¡Te gusta!

Se sonrojó cogiendo su café. —No, qué va. —Bebió la mitad a pesar de estar todavía ardiendo.

—Claro, ¿cómo no te va a gustar? Uno noventa, sin un gramo de grasa, y esos ojos verdes rodeados de esas pestañas… —Berta suspiró. —Si no estuviera casada, se me caería la baba.

Noeleen sonrió. —Es guapo, ¿verdad?

—Guapísimo, pero me sorprende un poco que te guste.

—¿Y eso por qué?

—Creía que no te iban los tatuajes.

La miró sin comprender.

—¿No lo sabes? Claro, es que ese día no estabas y ahora no podemos cotillear en el trabajo. Hace como dos semanas un borracho entró en el banco con una lata de cerveza en la mano. Se la tiró encima y Durko tuvo que cambiarse. En su taquilla de la sala de descanso tiene otra camisa. Entró la limpiadora cuando se estaba aseando en el lavabo y vio que tenía toda la espalda tatuada con un dragón con las alas extendidas y una de sus patas sobre la cabeza de un león que yace sobre la hierba.

A Noeleen se le corto el aliento. —¿De veras vio eso?

—Dice que es un tatuaje increíble.

Pensó en ello.

—Oye, pero lo tiene en la espalda, tampoco es para tanto.

Sí que lo era porque había visto ese tatuaje antes y sabía perfectamente lo que significaba.

Entró en el banco y se acercó con cara de mala leche. —¿Conocías a mi padre?

Durko se tensó enderezando la espalda. —Deberías sentarte, tienes clientes.

—¿Le conocías?

—Noeleen ve a sentarte, hablaremos después.

Molesta se cruzó de brazos y él miró a su alrededor. —Sí, es lo único que voy a decir.

Asombrada dejó caer los brazos. —¿De veras? ¿Eras de su unidad?

—Es lo único que voy a decir. Ve a trabajar. —Noeleen no se movió. —Ahora.

—No creas que vas a esquivarme.

—No pretendo esquivar a nadie. —La miró a los ojos. —Yo voy de frente. Ahora siéntate antes de que llamemos más la atención.

Noeleen siseó —Te espero a la salida.

—Perfecto.

Se alejó mirándole con desconfianza y cuando llegó a su mesa se sentó pensando en ello. ¿Qué hacía alguien de la unidad paracaidista de los dragones de guardia de seguridad? Normalmente eran tan buenos que al salir del ejército se hacían jefes de seguridad de empresas o se metían a mercenarios para ganar auténticas fortunas. Pero Durko estaba allí vigilando la puerta. No, allí algo no cuadraba.

En la acera esperó impaciente a que saliera. Sintiendo que le dolía el hombro cogió el asa del bolso con ambas manos. Una pareja pasó ante ella cogidos de la mano y al seguirles con la mirada vio al otro lado de la calle como una mujer salía de un taxi. Algo le llamó la atención en ella, no sabía lo que era. Durko se puso delante y olvidó a esa mujer en el acto. —Vamos.

Le miró de arriba abajo porque si el uniforme le quedaba bien, aquellos vaqueros y el polo verde que llevaba la dejaba sin aliento. Él chasqueó la lengua cogiendo su mano y tiró de ella caminando calle abajo. —¿Tienes hambre?

Sintiendo su tacto se sonrojó de gusto.

—Debes tener hambre, no has salido para comer. Y por cierto, yo tampoco. —Cruzaron la calle.

—¿Puedes ir más despacio? —preguntó casi corriendo tras él.

Se detuvo y la miró. —¿Por qué llevas esos tacones?

—Porque no sabía que tendría que correr los cien metros lisos.

Durko sonrió. —¿Italiano?

—Chino.

—Japonés.

—Chino.

Él sonrió. —A esto no me vas a decir que no… Una hamburguesa.

Ella rio por lo bajo. —Hecho. ¿No te gusta el chino?

—Sí, pero me gustan más otras comidas y en esta ciudad se puede elegir entre especialidades de medio mundo.

—Un mundo que conoces bien.

—Cierto, no lo niego. Me lo he recorrido varias veces.

Bajaron las escaleras del metro y pasaron los tornos. Le llamó la atención que no tenía una tarjeta como la suya, sino otra que era como las que usaban los turistas.

Él volvió a coger su mano y tiró de ella hacia el andén. —¿A dónde vamos?

—Tranquila, está aquí cerca y prometo que te chuparás los dedos.

—Entonces merece la pena el viaje.

El tren llegó en ese momento y entraron sentándose frente a la puerta. Sus muslos se rozaron al sentarse y sorprendida sintió que una intensa energía la recorría. Él la miró a los ojos y se sonrojó antes de preguntar —¿Me lo vas a contar?

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué haces en el banco?

Él sonrió. —Tu padre decía que eras muy lista.

—Así que le conociste.

—Solo estuve a sus órdenes seis meses antes de que muriera.

—No te vi en el funeral, ¿o sí?

—No. Tenía otras cosas que hacer, órdenes.

Cogió su mano. —Dime que les mataron.

—Sabes que las operaciones son secretas.

—Dímelo, desde aquel horrible día me he dicho una y otra vez que su unidad no lo dejaría así, la que consideraba su segunda familia no lo dejaría así.

—Y no lo dejamos así —dijo muy tenso.

Suspiró del alivio. —Lo sabía. Gracias.

—No tienes que darme las gracias —dijo molesto apartando la cara.

Le pareció extraña su reacción. —Lo educado es dar las gracias. ¿Qué pasa, Durko? ¿Por qué evitas mi mirada?

—No pude salvarle —dijo en voz baja antes de mirarla a los ojos—. Yo era quien estaba más cerca y por salvarme a mí murió él.

Se le puso un nudo en la garganta.

—Y no pude ayudarle, no pude salvarle.

Sonrió con tristeza. —Mi padre sabía muy bien los riesgos que corría. Hizo su trabajo, estabas bajo sus órdenes y sus hombres debían ser lo primero aparte de la misión. Se lo oí decir mil veces.

—Sin embargo, tú salvaste a mi hermana.

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Viena Johnson es mi hermana.

—La mujer del bebé.

Durko asintió. —Tú le diste una oportunidad cuando los demás salieron corriendo. Incluso herida intentaste hacer todo lo posible por ella. Si no hubiera sido por ti, hubiera muerto en el suelo del banco.

—Hice lo que haría cualquiera.

Él cogió su mano y la apretó. —No, no lo haría cualquiera. Gracias.

—Siento que no esté bien.

—Se recuperará —dijo convencido—. Es muy fuerte y sé que lo conseguirá.

Sonrió. —Estás en el banco para averiguar lo que ocurrió, ¿no es cierto? Como eliminasteis a los que mataron a mi padre, vienes a terminar la misión. Vienes a vengar a tu hermana.

—¿En serio crees que haría eso? Igual quiero llevar una vida tranquila.

—¿Tranquila en mi banco?

—No habrá ningún problema a partir de ahora.

—No puedo negar que sabiendo que estás aquí me siento mucho más serena, pero no me trago lo de la vida tranquila. He convivido con un dragón, a mí no puedes mentirme, no podéis vivir sin la adrenalina, sois adictos a ella. Necesitáis las misiones, mi padre después de una semana en casa se subía por las paredes, así que no me digas que lo has dejado, porque no me lo trago. Además, conseguirías mil puestos de trabajo mucho mejores que vigilar un banco.

—Una vez le preguntaste a tu padre por qué no estaba más en casa como los padres de tus amigas. ¿Recuerdas que te contestó?

—Que teníamos que hacer sacrificios para que los padres de esas niñas pudieran dormir tranquilos por las noches.

—¿En serio crees que me gusta ir a esas misiones? Lo dejaría mañana mismo si supiera que nuestro país está seguro.

Se le cortó el aliento. —Así que no lo has dejado.

Sus ojos se tornaron fríos demostrando que había otra parte de él, una parte más oscura que increíblemente no la asustó, sino que la excitó muchísimo. —No, no lo he dejado. Voy a dar con ellos y les voy a matar uno por uno.

Sus preciosos ojos azules se oscurecieron. —Hazme un favor, ¿quieres?

—Dime.

—Cuando encuentres al rubio, al que mandaba, dale recuerdos de mi parte mientras traspasas su garganta de parte a parte para que no se ría de nadie nunca más.

—Eso está hecho, nena. Será el último en morir después de verse acorralado, de ver que su equipo ha muerto para que sienta el mismo terror que sintió mi hermana, que sentiste tú.

# Capítulo 4

Sentados ante una enorme hamburguesa Noeleen rio por una anécdota de su padre. —Y me tiró al suelo con una sola mano —dijo Durko riendo—. Me dijo que me quedaba mucho por aprender y vaya si aprendí. No me quedó más remedio sino quería morder el polvo en cada entrenamiento.

Noeleen sonrió. —Seguro que te metió mucha caña.

—Y tanto. —Agarró la hamburguesa y le dio un buen mordisco. —Los primeros tres meses estaba lleno de morados. Una vez nos tiramos de un avión y Jack se tiró sobre mi espalda sentándose sobre ella haciendo que cabalgaba. Ni te imaginas lo que me costó quitármelo de encima.

Ella rio. —Me acuerdo de Jack, venía a nuestras barbacoas. Estaba fatal de la cabeza. ¿Qué ha sido de él?

Durko perdió la sonrisa poco a poco y ella también. —¿Cuándo?

—Hace dos años.

—Mi madre no se enteró, hubiera ido al entierro.

—Su esposa no quiso avisar a nadie. Solo fue la unidad.

—Comprendo. Es muy duro. —Miró su hamburguesa y la cogió con ambas manos intentando pasar el mal trago al recordar el día del funeral de su padre. Las salvas, el desfile, la bandera… Jamás olvidaría aquel día. Intentó dar un mordisco, pero era tan alta que le costaba.

Durko sonrió.

—¿Cómo lo has hecho?

—Trae, nena.

Se la entregó sin dudar y Durko la aplastó para que le entrara en la boca. Se la entregó midiendo la mitad. Divertida la cogió. —Gracias.

Él asintió con la boca llena. Le dio un buen mordisco a la suya y gimió de gusto porque estaba buenísima.

—¿Te gusta?

—¿Cómo has encontrado este sitio?

—Una cita me trajo aquí una vez.

—Ah, que tienes citas.

Él sonrió. —¿Tú no?

—Bueno, digamos que últimamente estoy de dique seco.

—Eso lo arreglo yo, nena.

Le miró a los ojos sorprendida y Durko se adelantó. —Porque no puedo permitir que tengas necesidades.

Se puso como un tomate. —No, gracias.

Era evidente que no se lo esperaba. —Perdón, ¿qué has dicho?

Suspiró. —Mira, no voy a negar que estás como un cañón y que me excitas. —Soltó una risita. —Me excitas muchísimo, hacía mucho… Mejor dicho, nunca me he sentido tan excitada con un hombre.

—¿De veras? —preguntó encantado cogiendo una patata y metiéndose en la boca.

Ella gruñó de gusto porque las mariposas que tenía en el estómago se volvieron locas por esos labios. —Pero…

—Ah, que hay un pero. Nena, deja los peros. Olvídalos.

—Pero, no saldría contigo ni loca.

—¿Y eso?

—Tu trabajo es peligroso, no pienso sufrir pensando que algún día no volverás. No voy a enamorarme de ti para que luego te vayas al otro barrio y sabes que puede pasar.

—¿Quién ha hablado de enamorarse? —preguntó sorprendido.

—Ah, que solo quieres sexo.

—Nena, cuando termine mi misión aquí tendré que irme. No quiero una relación. Además, no vivo en Nueva York, en cuanto mi hermana se recupere solo volveré un par de veces al año.

—Entonces ni siquiera vives aquí. Sería un rollito en tus horas libres hasta que despaches a esos.

Él asintió masticando.

Se lo quedó mirando y negó con la cabeza antes de morder su hamburguesa.

—¿Eso es que no? —preguntó él.

—Exacto, porque yo sí que corro el riesgo de enamorarme de ti, ¿y luego qué haría, eh? Tengo que pensar en mí.

—Bueno, pues seamos amigos.

Noelle sonrió. —Y te ayudaré en lo que pueda.

—Bien, cuéntame lo que sepas de cada uno de tus compañeros.

—¿Qué has averiguado?

Unas semanas después llegó al banco y pulsó el botón de la puerta. Se acercó Mijaíl, el otro vigilante, que sonriendo abrió con su llave.

—Buenos días. —Entró en el banco y vio a Durko hablando con el jefe y ambos estaban muy serios. —¿Problemas?

—Durko quiere que se ponga una cámara ante la puerta blindada, pero él se niega por la privacidad de las cajas de seguridad. Ya sabes que no tenemos ni idea de lo que robaron esos. Aparte del dinero en efectivo que les entregaste no hay una sola pista. Y el FBI dice que ese dinero no se ha tocado.

—Qué sabrán ellos. Era dinero sin registrar en la central, no sabían los números de serie. —Puso los ojos en blanco. —Panda de inútiles, mira que no descubrir nada en cuatro meses.

—Y la prensa ya lo ha olvidado, así que ya no hay nada que hacer. Nos toca a nosotros proteger el negocio.

Sonrió. —Y seguro que lo haréis. Si te sirve de algo, me siento muy segura con vosotros aquí.

El hombre se sonrojó. —Gracias, Noeleen.

Le guiñó un ojo antes de alejarse y dijo a los demás —Buenos días.

—¡Noeleen! —gritó el jefe—. ¡No me dejaste ayer el informe!

—Oh, sí. Es que ya se había ido y la puerta de su despacho estaba cerrada con llave. —Cogió el folio. —Lo tengo aquí.

Él se acercó y se lo arrebató de la mano leyéndolo a toda prisa. —Esto es inconcebible —dijo furioso—. ¡Solo has hecho una hipoteca este mes!

Asombrada porque la gritara, y en público además, dio un paso hacia él. —¿Me está gritando?

—No, Noeleen, no te está gritando porque sabe que si lo hace podrías demandarle por acoso laboral —dijo Durko molesto—. Además, ante testigos, debería estar loco para gritarte y el señor Derron no está loco.

Este carraspeó. —Claro que no te gritaba. Intenta conseguir al menos tres hipotecas a la semana, órdenes de arriba.

Le observaron mientras se iba hacia su despacho y cuando cerró la puerta Donald dijo —No puedo hacer tres a la semana, si consigo una ya puedo darme con un canto en los dientes.

—Le están apretando los de arriba —dijo Berta—. Como hemos perdido clientes…

—¿Cuántos? —preguntó ella como si nada.

—Doscientos y bajando.

Silbó sentándose en su mesa. —Eso es mucho dinero y más en esta zona de la ciudad.

—Sí —dijo Durko pensativo antes de alejarse.

Noeleen se mordió el labio inferior porque parecía preocupado y no le extrañaba porque era evidente que no había conseguido ni una sola prueba para encontrar a los que habían dejado a su hermana como un vegetal. En el mes que ella llevaba allí no habían encontrado ni una sola pista de la que pudieran tirar, lo que era frustrante y Durko empezaba a impacientarse. —Es lo que tiene ser un adicto a la adrenalina —dijo para sí.

Él se volvió y preguntó —¿Qué has dicho?

Le hizo una seña con el dedo para que se acercara. —Te estás impacientando.

—No tengo nada —dijo entre dientes—. Me he visto las imágenes un millón de veces y no tengo nada. Ni identidades, ni huellas, hasta ese tipo de tatuajes se hacen a millones. Nada.

—Igual tienes que empezar a pensar que no les encontrarás nunca.

—No digas eso, joder —dijo antes de alejarse.

Suspiró mirando por la ventana y sonrió por el hermoso cuadro que había en la galería de arte que había en frente, pero perdió la sonrisa al recordar que el dueño había muerto por la explosión que habían provocado esos cerdos para escapar sin ser vistos. Había muerto él y seis policías, tres sanitarios y cuatro vecinos más. Una masacre. Y se librarían de todo, no era justo.

Miró la tienda de al lado. Era una boutique de trajes de novia. Todavía recordaba aquel vestido del escaparate, uno de encaje precioso con el que había fantaseado casarse algún día. Al salir del banco el vestido estaba en llamas en un maniquí. Desde aquel día había tenido muchas pesadillas con ese vestido. Incluso la noche anterior había soñado con él. Era terrible que esas personas que habían causado tanto daño salieran impunes. Tenían que encontrarles. Escuchó como los clientes entraban en el banco mientras le daba vueltas a aquel día y en cómo actuaron. Entrecerró

los ojos recordando como el rubio ignoró la bolsa que ella le entregó. De hecho, ni vio como la cogían para largarse. Recordó a la rubia y como se puso la máscara antes de la explosión. Cómo sonreía. De repente le llegaron mil preguntas de las que no tenía respuesta y esas respuestas estarían en las imágenes. Se levantó dejando con la palabra en la boca a una pareja y fue hasta Durko que se tensó alerta cuando la vio llegar. —¿Tienes las imágenes?

—¿Las imágenes?

—Las del atraco. Me acabas de decir que las has visto, ¿pero las tienes todavía?

Él asintió.

—Yo no las he visto.

—Nena, no creo que quieras verlas.

—Yo también necesito respuestas. —Se volvió y regresó a su mesa sonriendo. —Señores Evon, así que se han decidido. Veamos los papeles que me han traído, esa casa en los Hamptons ya es suya.

Entró en la habitación del motel mirando a su alrededor con cara de asco. Las paredes estaban llenas de manchas y ni se quería imaginar la mierda que tenía esa alfombra.

—Te aseguro que he estado alojado en sitios peores —dijo él divertido.

—¿Cuánto te cobran por esto?

—Setecientos al mes.

—Dios mío, qué robo. Nadie debería pagar por vivir aquí.

Él se sentó en la cama deshecha y dio dos palmaditas al colchón. —¿Vemos los videos?

—No pienso sentarme ahí, seguro que hay chinches.

—No hay chinches…

—Tú ni lo notarías acostumbrado a los insectos asquerosos de la selva —dijo horrorizada.

Él hizo una mueca. —Igual tienes razón.

—Recoge tus cosas, te vienes conmigo.

—Nena, si estoy aquí es para pasar desapercibido.

—Pues pasarás desapercibido en mi casa —dijo mosqueada porque viviera allí. Arrugó su naricilla—. Por Dios, ¿qué es ese olor?

—Deben ser los desagües, va y viene.

Se tapó la nariz. —Te espero abajo.

—Pero…

—¡Ya!

Ella se largó a toda prisa y Durko gritó —¿Sabes que das órdenes como tu padre?

Su madre dejó caer de la impresión el trapo de la cocina que tenía en la mano mirando a Durko de arriba abajo con la boca abierta.

—Mamá… Me estás avergonzando —dijo entre dientes.

—Válgame Dios —dijo aún atontada—. ¿Es de verdad?

—Mamá…

—Es como Thor, pero en moreno. Y con el pelo corto, claro.

Le miró bien dándole un buen repaso y se dio cuenta de que tenía razón. —Anda, pues es verdad.

—Nena…

—No me llames nena, que confundes a mi madre. —Fue hasta el frigorífico y sacó un par de cervezas. —Mamá, se va a quedar unos días. Tienen que fumigar su casa.

—¿De veras? —preguntó Regina encantada—¿Y estás soltero?

—Mamá, si no estuviera soltero estaría aquí su mujer, ¿no crees?

—Oh, claro. Qué tonta soy —dijo coqueta.

¿Su madre estaba flirteando con Durko? Aquello era surrealista. Le dio la cerveza. —Durko es el nuevo vigilante del banco.

—Oh, qué bien. Te sentirás protegida con esos músculos. ¿Has dicho que eres soltero?

—Sí señora, lo soy. He intentado ligarme a su hija, pero solo quiere ser mi amiga.

Regina la fulminó con la mirada. —¿Qué ha dicho el chico? ¡Dime que no he oído bien!

—Mamá que solo quiere un rollo.

—Da igual, tu padre solo quería cama al principio y después se casó, ¡vaya si se casó!

Puso los ojos en blanco. —¿Qué hay de cena?

—Vete preparándole tu habitación mientras termino las albóndigas.

—Ya verás, son las mejores albóndigas de Nueva York. —Bebió de su cerveza pasando a su lado.

—No necesito habitación, me arreglo con el sofá.

—Sí que la necesitas, porque mi madre se levanta por las noches y te despertaría. Vosotros tenéis el oído muy sensible.

Él hizo una mueca y la siguió. —¿Te ayudo?

—Claro. —Señaló una puerta con la cabeza. —Esta es la habitación de mi hermana y donde dormiré yo. No pasa nada, tiene dos camas por si trae a amigas a dormir, ya sabes.

Abrió la siguiente y él al ver la cama de matrimonio levantó una ceja. —Sí, fue mi regalo de dieciséis cumpleaños.

—Se caía de la cama —dijo su hermana divertida desde su habitación.

—¡Oye maja, esos secretos no se cuentan!

—¿Te caías de la cama? —preguntó divertido.

—Hubo una temporada que dormía algo inquieta y al girar… Pues resultaba que no había nada. Me daba unas leches…

—¡Una vez se rompió un brazo!

—Lisbeth, ¿has terminado el trabajo?

—¡Está imprimiéndose!

—¿Tu hermana estudia en verano?

—Está haciendo un curso de sanidad para poner en su curriculum. Este curso que viene es su último año en el instituto y necesita más actividades para impresionar a los de Harvard.

Él miró a su alrededor y al ver un banderín de Columbia dijo —Yo no fui a la universidad.

Se encogió de hombros. —No hay mejor universidad que la vida misma y si alguien ha vivido intensamente ese has sido tú. Seguro que sabes mil cosas más que yo. —Dejó la cerveza sobre su tocador y empezó a deshacer la cama.

Él sonrió cogiendo la almohada y quitando la funda. —¿Siempre sabes qué decir?

Le miró sin comprender y él negó con la cabeza. —Déjalo.

Su hermana apareció en la puerta y al verle dejó caer la mandíbula del asombro antes de llevarse las manos al pelo recogido en un moño mal hecho, gritar y salir corriendo.

—¿Las mujeres siempre reaccionan así cuando te ven? —preguntó asombrada.

—No, no siempre. Cuando llevo la ametralladora no suelen llevarse las manos al pelo.

—Ja, ja. —Se acercó y cogió la funda de la almohada. —No le digas nada a mi madre de donde trabajaste antes, ¿vale? No quiero que se ponga triste.

—Nena, lo va a descubrir.

—Bueno, tú no digas nada, que es mejor que no lo sepa.

—Hecho.

Sonrió radiante y él se la quedó mirando. Algo en su interior se aceleró sin darse cuenta y cuando él se acercó lentamente creyó que se moría de gusto, pero un ruido en la cocina la sobresaltó y se dio cuenta de lo que estaba haciendo. —Voy a por las sábanas.

Cuando se alejó Durko suspiró, pero lo ignoró para llevar la ropa la bolsa de la lavandería. —No, Noeleen. No es buena idea.

Podía ver a su madre en su hombro diciendo —No le hagas ni caso a esa sosa. Está como un queso y quiere acostarse contigo. Con las ganas que tengo de un nieto... Y bien guapo que sería. —En su otro hombro escuchaba a su hermana. —¿Pero estás tonta? Está como para comérselo entero. No le dejes escapar.

Cogió las sábanas y cerró la puerta del armario diciendo por lo bajo —Sois una mala influencia. Menos mal que pienso por mí misma. —Regresó a la habitación para verle con una foto de su padre en la mano. Estaba con ella en brazos cuando tenía siete años. —Murió tres años después. —Tiró las sábanas sobre la cama. —Este es el horario. Desayuno a las siete y cena a las ocho. Comida por libre por semana, pero los fines de semana la comida del domingo es sagrada, ¿entiendes?

—Perfectamente señora —dijo antes de cuadrarse.

Sonrió. —Si creías que mi padre era duro, prepárate para la jefa. Ya puedes hacer la cama como en el reglamento porque sacará la regla.

La miró asombrado. —¿Es coña?

—Y acuérdate de los cuarenta y cinco grados de los pliegues de las sábanas en las esquinas, es muy quisquillosa con eso. —Cogió su pijama y varias cosas más antes de volverse. —¿Sabes dónde conoció a mi padre?

—En una base.

—Exacto. Su padre era sargento del cuerpo del tercer regimiento de infantería de marina en Pohakula, Honolulu. Mi padre

fue a allí durante una temporada y le dieron para vivir la casa justo de al lado.

—¿Y cómo acabaron en Nueva York?

—Cuando nací yo, mi padre estaba en East Moriches dando un curso de paracaidismo para los de búsqueda y rescate de Long Island y…

—¿Tu padre daba cursos?

—Bueno, es que le castigaron por un rocecillo de nada con un teniente. El hecho es que mi madre se vino con él y le encantó esto. Entonces le ofrecieron ir a los dragones para una misión especial y ella tenía que quedarse en algún sitio. El tío Sam les ofreció una casa donde quisieran y mi madre eligió Brooklyn, porque una prima vivía aquí. Y aquí se quedaron. Ya sabes cómo va esto, sois un grupo que se supone que no existe y no podían vivir en ninguna base.

Durko asintió. —Claro que lo entiendo. —Suspiró mirando las sábanas. —La dejaré impecable.

—Gracias. Prepara el ordenador, que después de cenar veremos los videos. Vengo enseguida.

—¿Estás segura de que quieres verlos?

Se detuvo en la puerta y forzó una sonrisa sabiendo que no sería fácil. Verlo todo de nuevo sería una tortura, pero necesitaba hacer algo. Había muerto mucha gente y si podía ayudar en cualquier cosa pensaba hacerlo. —Segura —respondió.

Él asintió. —Como quieras.

—Puedes colgar tu ropa en mi armario, hay espacio.

—Gracias.

Le guiñó un ojo antes de cerrar la puerta y entró en la habitación de su hermana que abrió los ojos como platos haciendo que sonriera. —Sí, es guapo, ¿y qué?

—¿Y trabaja contigo? ¿A ti qué te pasa?

Dejó el pijama sobre la cama y el libro que estaba leyendo sobre la mesilla. —Es guapo y nos llevamos bien, pero no funcionaría.

Su hermana se sentó en su cama sin quitarle ojo. —¿Por qué?

Se sentó ante ella. —Esto no se lo digas a mamá, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Es un dragón.

Su hermana separó los labios de la impresión. —Ahora entiendo esos músculos.

—Es el hermano de la chica que intenté ayudar en el banco y está investigando el asunto por su cuenta. Así que no digas nada. Para todos es un compañero con un problema doméstico y tiene que pasar unos días con nosotras.

—¿Y qué ha averiguado?

—Nada. —Hizo una mueca. —Y empieza a frustrarse.

—Claro, necesita acción. Como decís que necesitaba papá.

Sonrió con pena porque no le había conocido, su madre estaba embarazada cuando murió. Pero su hermana le admiraba muchísimo y se alimentaba de sus historias. A todos les decía que su padre había sido un héroe de guerra y ellas la animaban porque como no tenía figura paterna no veían mal que le hubiera puesto en un pedestal. Además, su padre lo merecía, había sido un gran hombre y que hubiera salvado a uno de sus soldados perdiendo la vida en ello lo demostraba. Se acercó a su hermana y susurró —Conoció a papá.

Los ojos de su hermana brillaron de la alegría. —¿De veras?

—Después si quieres, puedes preguntarle discretamente.

—¿Seguro que no se lo podemos decir a mamá?

—Sabes que hablar de papá y de su trabajo siempre la entristece. Además, a mamá no le gustaría nada saber que está investigando el atraco. Si está como loca porque deje el trabajo, si cree que me voy a meter en un lío por la investigación, mañana me encerrará en casa y a Durko le echará a la calle tan rápido que ni podremos parpadear.

Lisbeth entrecerró los ojos. —Tienes razón, es demasiado protectora.

—Tranquila, que tendrás tiempo a hablar con él.

—Y tú… —La miró con picardía.

Rio por lo bajo. —¿Y acabar con el corazón destrozado como mamá? Además, no quiere nada serio, sabe que se irá.

—Una cana al aire.

—Ni de broma.

Su hermana se la quedó mirando. —Temes enamorarte.

Apartó la vista porque eso no podía negarlo y susurró —A su lado me siento… No sé explicarlo, pero me siento tan bien. Y eso que ni nos hemos besado siquiera. Ir a más solo sería poner trabas a

cualquier relación que pudiera tener con otro hombre en el futuro, porque sé que le compararía con él. Ya no sería libre, ¿entiendes?

—Sí, me quieres decir que terminarías colada por él y que luego no te gustaría otro.

Hizo una mueca. —Sin tantos rodeos sí.

—De lo que no te das cuenta es que ya estás enamorada de él y lo que estás haciendo es el imbécil porque solo estás perdiendo la oportunidad de tener unos orgasmos increíbles con el hombre que altera tu corazón. Al menos cuando se vaya tendrás más recuerdos.

Y sin más, su hermana se levantó y salió de la habitación dando por terminada la conversación mientras Noeleen en shock parpadeaba pensando en lo que le había dicho. Qué lista era, acabaría con un Nobel de medicina por lo menos. Unos orgasmos increíbles. Leche con la niñata, ahora no se le iría esa idea de la mente. Solo pensar en esas manos recorriendo su piel le revolucionó la sangre. Se levantó de golpe y al salir de la habitación casi se choca con Durko. Se sonrojó. —¿Estabas escuchando?

—¿Qué? —preguntó él con cara de inocencia.

Gruñó porque seguro que lo había oído todo. —Ahora por listo pones tú la mesa. —Se volvió para ir hacia la cocina.

—Puedo hacer mucho más, nena —dijo con voz ronca mirándole el trasero.

Madre mía, que la cosa se estaba complicando. Eso le pasaba por meterlo en su casa. Venga, sé sincera contigo misma, te excitas tanto a su lado que la excusa te vino perfecta para tenerlo cerca. Y eso es de masoquistas, porque si no tenías ninguna intención de acostarte con él, ¿para qué le metes en tu casa? Eso es como estar a dieta y comprarte tarta de chocolate para dejarla en el centro de la mesa de la cocina y no catarla. Masoquismo de manual y tú no eres masoquista, lo que pasa es que te vino de perlas traértelo a casa, porque en realidad quieres darle un repaso que lo deje temblando y solo buscas excusas para que no se te note mucho, que te mueres por catarlo. Uhmm. Frunció el ceño por sus conclusiones. ¿En realidad era eso lo que quería? Uff, qué lío mental estaba teniendo. Mejor cenaba y veía las imágenes del atraco, que eso le bajaría la libido de golpe.

—¿Qué tal van esas albóndigas, mamá?

—Estoy terminando el pan de ajo.

Durko gimió de gusto. —Huele de maravilla, ¿puedo ayudar en algo?

—¿Desde cuándo los dragones cocinan? —preguntó divertida.

Se quedaron de piedra y ambos se volvieron hacia su hermana que sentada a la mesa leía algo en su móvil con cara de inocencia. —Chivata.

—Se va a enterar igual —dijo como si nada.

—Cielo, ya le conocía.

No pudieron disimular su sorpresa. —Está en la foto de papá del salón.

Asombrada corrió hacia el salón con Durko detrás y en una foto que había de el con su comando, allí estaba Durko en una esquina. No pudo disimular su sorpresa y se echó a reír. —¡Eras un tirillas! ¿Te incorporaron el músculo después?

—Ja, ja. Tu padre daba mucha caña. Además, han pasado muchos años. Solo hacía un año que me había alistado. —Sonrió. —Ni sé cómo acabé allí.

—¿Cuántos años tenías? ¿Pareces muy joven?

—Ahí tenía dieciocho. Me alisté con diecisiete. El día de mi cumpleaños.

Era evidente que estaba desesperado por salir de casa para alistarse justo al cumplir los diecisiete. —¿De dónde eres?

—De Queens.

—¿Y no vives aquí?

—Tengo una casa en Montana. Cuando tengo permiso me gusta estar tranquilo.

Abrió los ojos como platos. —¿No me digas que tienes un rancho o algo así?

—¿Y quién cuidaría de los animales cuando estoy trabajando, nena? Tengo una cabaña.

—Leche, eso suena a que hace un frío que te mueres porque hay un montón de nieve en invierno.

—Y que lo digas. —Se acercó comiéndosela con los ojos. —Pero se está muy a gusto ante la chimenea en invierno.

Ella derritiéndose miró sus labios. —¿De veras?

—Tengo una alfombra mullida y muy cómoda que te encantaría. No sabes lo que es la vida hasta que no has hecho el amor ante el fuego.

—Ah… —La imagen pasó por su memoria y al verse a sí misma tumbada acariciando sus hombros se le estremeció el vientre y todo.

—¡A cenar! —gritó su hermana desde la puerta sobresaltándola.

Él se acercó a su oído y susurró —Donde y cuando quieras, nena. Yo estoy más que dispuesto.

Pasó a su lado rozando su brazo y se estremeció de gusto. ¡Y solo con un roce! Aquello se estaba desmadrando. Fulminó a su hermana con la mirada. —¿Le has dicho que investigamos lo del banco?

—No, eso me lo reservo. Como has dicho, le echaría a toda leche para intentar protegerte.

—No vuelvo a contarte nada.

—Ya, claro.

—¡Hablo en serio!

—¡Hija, deja de echarle la bronca a tu hermana y ven a cenar!

# Capítulo 5

—Era muy buen hombre —dijo su madre con una triste sonrisa en sus labios cuando ya habían acabado de cenar.

Noeleen cogió su mano. —Mamá, ¿estás bien?

—Sí, me alegra hablar de él, aunque la pena no desaparece nunca. Pero supongo que les pasa a todas las viudas que han amado tan intensamente como yo. Pero lo recuerdo todos los días y me hace bien hablar de él, de verdad.

Se levantó cogiendo los platos y Lisbeth la ayudó. Noeleen miró a Durko que apretó los labios y se levantó cogiendo el resto de los platos para llevarlos a la pila. —La cena ha estado deliciosa, gracias.

—Chico, no hace falta que des las gracias por todo. Estás en familia, es un placer que estés aquí.

—Eres muy amable, Regina.

—Bah, tonterías. ¿Tienes todo lo que necesitas en tu habitación?

—Sí.

Noeleen se levantó para empezar a meter los platos en el lavavajillas y su madre le cogió el plato de la mano. —Ir a ver la tele o lo que sea.

—Pero mamá has cocinado tú.

—Y tú trabajas para mantenernos a todas. A descansar.

Sonrió haciéndole un gesto a Durko y salieron de la cocina. Fueron a la habitación de Noeleen y él se acercó a su portátil que estaba sobre la mesilla. —Bien, hay catorce cámaras en el banco y estas son las imágenes de cada una. Fueron veinticuatro minutos de atraco, así que prepárate para pasar aquí un buen rato, son más de cinco horas de grabaciones.

—Bien, vamos allá. —Se sentó en la cama y se quitó los zapatos para cruzar las piernas. Durko se sentó a su lado y le puso el portátil delante. —Esta es la cámara de la puerta principal. La de la calle.

Le dio al play y empezó la grabación. La gente pasaba por delante del banco y de repente apareció en imagen el rubio con el otro hombre que tenía el tatuaje. Hablaban entre ellos como si nada. El rubio abrió la puerta y ambos pasaron al banco. Se le pusieron los pelos de punta al ver su cara de nuevo. —Ese cabrón…

—Nena, si quieres lo dejamos. No quiero que esto te altere.

Le apartó la mano cuando iba a detener el video. —No. —No soltó su mano mientras seguía viendo como llegaba la mujer de rojo como si cruzara la calle y justo en ese momento aparecieron los otros dos que se detuvieron hablando entre ellos. Se quedó sin aliento porque llevaban una bolsa negra cada uno. No se había fijado antes.

—Nena, ¿qué has visto?

—Esas bolsas no las había visto antes.

—Las dejaron en la puerta antes de matar a los vigilantes.

Apenas dos minutos después entraron en el banco. —¿En qué llegaron?

—En metro. Por las cámaras de seguridad de la calle se ha descubierto que salieron de bocas de metro. Todos excepto ella.

Le miró. —¿Ella no?

—Por mucho que la hemos buscado, ni la policía ni el FBI ni yo hemos dado con ella. —Le puso delante un plano de la zona. —La primera imagen que hay de ella es aquí. —Señaló la calle Lexington Avenue, cerca de un centro comercial llamado Hills.

—¿Habéis mirado las imágenes del centro comercial?

—No se la ve por ningún sitio.

—¿Por qué ir de rojo a un atraco?

—Para que se la reconociera en las cámaras.

—Exacto, así que no entró así al centro comercial. ¿Tienes esas imágenes?

Él frunció el ceño. —Sí, pero son un montón de horas de grabaciones porque hay cien cámaras por todo el centro comercial. Es como buscar una aguja en un pajar y tampoco es tan importante. Ya conocemos su rostro.

—¿Estás seguro? Podría llevar lentillas, peluca… No sé, se tienen que sentir muy seguros para mostrar sus rostros, ¿no crees?

—¿Qué quieres decir, nena? ¿Que realmente no eran así?

—¿Qué mejor manera que camuflarse mostrando un rostro que todo el mundo da por bueno? Ahora hay prótesis y cosas por el estilo. Igual no tenían esa complexión, no eran así de altos, puede

que su color de pelo no fuera natural. —Entrecerró los ojos. —Incluso puede que el tatuaje fuera falso. —Miró la pantalla del ordenador. —Pistas falsas… Pon el siguiente video.

Los dos se concentraron en ver cosas que no cuadraran. Tan concentrada estaba en ver algo anormal que ni se fijó en el miedo que expresaba su rostro cuando la enfocaban. La mujer en ese momento bajó las escaleras con uno de los hombres y una de las bolsas. —Muéstrame las imágenes que tengas abajo.

—Solo está la cámara que apunta a las escaleras. Que vigilen el piso de abajo solo hay una que graba la puerta de acceso a la zona de la caja fuerte, pero no se acercaron a ella. Fueron a las cajas de seguridad y sabes…

—Que el cliente quiere confidencialidad.

—Exacto. Y ese mamón de tu jefe no quiere poner cámaras allí, incluso después de lo que ocurrió.

El rubio dio la orden para que bajara otro. —¿Cómo controlaron las persianas?

—Pincharon la red de seguridad del banco.

—Así que tenían apoyo fuera.

—Sí.

Les vio ir a los cinco hasta la ventana. —¿Por qué esa ventana? Hay otra igual justo en frente, pero eligieron esta.

Buscó en los archivos del ordenador y eligió uno. —Es la calle unos segundos antes de la explosión.

En la imagen apareció ante la ventana un furgón de la policía y detrás de él había varios policías parapetándose con el vehículo. También había más coches rodeando el banco. Entonces algo que no se vio explotó y varios agentes salieron disparados. —Dios mío….

—Las bombas, como ya sabes, estaban aquí y aquí. —Señaló en un plano las dos papeleras. Las dos al otro lado de la calle.

—¿Por qué ahí?

—¿Qué?

—Hay una justo en frente del banco, ¿por qué no en esa para despejar la calle?

—Esas ya tenían bastante potencia.

—No, querían hacer daño. Sabían que los policías se cubrirían detrás de sus vehículos y que ahí estarían expuestos. Querían la menor resistencia al salir. Muéstrame qué hicieron cuando salieron.

La miró sorprendido. —¿No lo sabes?

—¿Saber el qué?

—Nena, ¿la policía no te ha informado de nada?

Negó con la cabeza. —Tampoco es que haya preguntado mucho, solo quería olvidar esta mierda. Bastantes pesadillas tenía.

—¿Tenías?

—Tengo, ¿vale? Por eso te ayudo en esto, porque quiero vengarme. ¿Qué es lo que no me dijo la policía?

Él cogió una foto y se la puso delante. Era una alcantarilla abierta. —¿Qué coño…? —Cogió la foto para mirarla atentamente.

—Por eso eligieron esa ventana. Porque justo a veinte centímetros estaba eso. Por ahí se fueron mientras los policías intentaban salvar a los suyos. Ni se dieron cuenta de que se habían ido hasta que entraron en el banco.

—Dios mío… —Cerró los ojos. —¿Estás seguro de esto?

—Más o menos. Es la tesis de la policía y creo que es posible. La alcantarilla estaba abierta y hay tres minutos en los que estamos ciegos por el humo o porque las cámaras dejaron de funcionar. Tres minutos en los que desaparecieron.

Apretó los labios. —En las imágenes se ponían unas máscaras.

—Para el humo y para protegerse de los cristales.

—Y llevaban las dos bolsas.

—Y no tenemos ni idea de lo que llevaban dentro. De lo que robaron en las cajas.

Suspiró mirándole. —Berta me ha dicho que los clientes de las cajas afectadas fueron seis.

—Y ninguno de ellos dijo que les robaran algo de importancia. Evidentemente si había algo que no quisieran que se supiera, no iban a denunciar su robo. —Le puso la documentación delante. —Empresarios, una viuda que vive del dinero que le dejó su marido, un hostelero y un joyero que imagino que ha perdido en esto diamantes o algo así. Pero todos, todos en un diámetro de un metro. —Le mostró una foto de las cajas reventadas.

—¿Cómo las abrieron? Sé que abrieron la puerta exterior y que oí una explosión.

—La puerta la abrieron con pericia. Sabían lo que hacían. La explosión fue dinamita en cada una de las cerraduras de las cajas de seguridad. Todas conectadas a un mismo temporizador y las detonaron a la vez, por eso la explosión fue considerable. Sacaron las cajas y las vaciaron.

Cogió las fotos de los dueños de las cajas y las pasó una por una.

—¿Qué piensas, nena?

—Conozco los saldos de cada uno de estos, les he atendido durante meses y todos menos este están casi en la ruina. —Le mostró la foto de Peter Donelly. —Saldo seis millones y medio de dólares, le atendía el director directamente, pero una vez me ordenaron que le entregara diez mil dólares en euros. Por eso me enteré de lo forrado que estaba.

—El hostelero. Dueño de dos hoteles y tres restaurantes en la ciudad.

—En ese tipo de negocio se puede mover mucho dinero negro.

—¿Cuánto crees que podía haber en su caja?

—Ni idea, pero mucho. Y además siempre llevaba un reloj distinto, si los tenía en la caja eran mucho, mucho dinero. —Hizo una mueca. —Aunque no se puede descartar que los demás tuvieran algo en las cajas que fuera muy valioso.

—Bien, así que lo que tenemos es que los cinco se largaron por la alcantarilla después de robar esas cajas. ¿Por qué no robar

más?

—Buscaban algo concreto. Algo que sabían en qué caja estaba y abrieron las otras para despistar. Si hubieran querido dinero, hubieran abierto la caja del banco. Tenía siete millones de dólares en su interior y en cuanto se mete la combinación y el jefe de caja pone la mano en el sensor se abre en diez minutos. Suficiente para llamar a la policía y que se presenten a solucionar el problema.

—Siete millones… Eso no lo sabía. Intenté averiguarlo, pero nadie podía darme ese dato.

—Suerte que tu socia trabajara en la caja. Y lo más interesante es que la mitad del dinero llegó esa misma mañana.

—¿Por qué?

—Pagos de nóminas. Muchos pasan por caja a cobrar sus talones. Trabajamos con el sesenta por ciento de las empresas de la zona. Era final de mes, muchos cheques que pagar.

—Y no se acercaron a la caja cuando aparentemente tenían tiempo de sobra. Estaban allí encerrados, les daba igual salir antes que después.

—Entre los cinco se podían haber llevado una buena cantidad, pero solo fueron a las cajas. —Miró la pantalla. —Sigue con los videos, igual averiguamos algo.

En el siguiente video se veía el interior del banco y vio todo lo que sucedía desde el principio. Se vio a sí misma corriendo de caja en caja. —¿Cómo sabían dónde buscar? —dijo pensativa—. Mírale, el dinero que yo estoy recogiendo les importa un bledo. Querían esas cajas, pero cómo saber en qué caja estaba lo que buscaban. Los números de las cajas solo los saben los clientes, ellos tienen una llave y nosotros la otra. Nadie diría su número para que le robaran, ¿no? Entonces…

—Entonces tienen un cómplice en el banco. Alguien que averiguó el número y les ayudó.

Le miró sorprendida. —Lo sabías.

—Y creo que se quien fue.

—¿Quién?

—Berta.

—¿Estás loco? —Incrédula negó con la cabeza. —Ni hablar.

—Berta tiene a un marido enfermo e hijos que solo se mantienen con su sueldo.

—Te digo que ella no sería capaz.

—Pues entonces mira esto.

Retrocedió el video hasta que les sentaron a todos en el suelo. —Mírala, era la que más calmada estaba. Es más, durante un instante, apenas un par de segundos miró al rubio sin ningún temor y después agachó la cabeza como si intentara disimular.

—O le estaba mirando y cuando sus ojos se encontraron apartó la mirada temiendo que la matara. Berta es incapaz de hacer daño a nadie.

—Nena, eres una ingenua.

—No es ingenuidad, es conocer a la gente que te rodea.

—Pues tú la conoces muy poco. Su marido está haciendo un tratamiento que cuesta trescientos dólares la sesión.

—¿Qué? No puede ser. No tenía dinero para… —Atónita miró la pantalla para ver el rostro de Berta. —Es buena persona.

—Joder, nena. Mírala, acababan de matar a dos guardias, a vuestro jefe y a dos más, te habían disparado y estaba serena. Se sentía segura.

—Apretó mi herida —susurró

La cogió por los hombros para que la mirara. —¿Y no te has preguntado por qué no te mataron a ti?

—No entiendo… —Su rostro expresó su sorpresa. —Creíste que el topo era yo.

—¿Un disparo en el hombro cuando habían matado sin compasión? Sospechoso.

—¿Por qué no me mató a mí?

—Porque te necesitaban, Berta te necesitaba para que la cubrieras.

—No te entiendo.

—Joder, nena. ¿Crees que fue una casualidad que ese tipo se acercara a tu caja? Cinco cajas y acabó en la tuya, ¿por qué? Esto estaba muy preparado, podía haber ido a otra, pero te eligió a ti.

—Dios mío, querían que las sospechas recayeran sobre mí.

—Exacto. Por eso no podían matarte, tú serías el chivo expiatorio.

—Pero yo no cobré ningún dinero.

—Ah, ¿no? Este tipo de trabajos no se cobran por transferencia bancaria ni con cheques. Puedes tener el dinero escondido.

—¿La policía sospecha de mí?

—Al principio sí, pero ahora no lo sé. —Suspiró soltándola y cogió un expediente apartándolo.

Se le quedó mirando. —¿Te acercaste a mí y fuiste amable conmigo porque me considerabas sospechosa?

Él apretó los labios confirmándole que era así y Noeleen lo pensó unos segundos. —No puedo culparte. ¿Sigues pensando lo mismo?

—No, nena. Claro que no. —Se levantó como si estuviera molesto.

—¿Ahora te enfadas? —preguntó irónica—. Hombres, qué raritos sois. —Buscó el siguiente archivo y lo abrió. Eran las imágenes de una de las cámaras que tenía enfocándola a ella cuando estaba trabajando tras el mostrador. La imagen mostraba todo su puesto y lo que hacía en su trabajo. —Supongo que de estas habrá varias para comprobar si robamos la calderilla de la caja… —Se le cortó el aliento. —Busca la de Berta, rápido.

—¿Qué?

—Busca el video de la cámara del puesto de Berta.

Él lo hizo a toda prisa y de repente vio el perfil de su amiga ese día. —Nena, en este video no se ve nada anormal, te lo digo yo.

—Espera… —Berta miró hacia la puerta como si nada y sonrió a un cliente que puso sobre el mostrador un cheque. Pasó el cheque por la troqueladora y abrió la caja para sacar el dinero. Empezó a contarlo a mano. Retuvo el aliento mientras le entregaba el dinero al cliente, que sonrió antes de alejarse, pero en ese momento se puso a gritar todo el mundo y su amiga se agachó.

—¿Ves? No hay nada raro.

Le miró como si fuera tonto. —Ha robado de la caja.

—¿Qué?

—Ha robado de la caja. Y si hace eso a menudo, digamos cuando hay distracciones en el banco como un atraco, calculo que perfectamente puede haberse llevado una buena cantidad.

—No ha robado nada.

—Ha contado el dinero a mano, algo extraño cuando el banco nos obliga a pasar el dinero por la máquina dos veces para asegurarnos del importe exacto. Después ha deslizado tres billetes bajo el cheque y le ha dado la pasta al cliente. Su dinero es exacto pero el que queda en la caja no. ¿Pero qué más da si te van a robar?

—Sabía que iban a robar.

—Normalmente tenemos unos segundos de margen entre que nos damos cuenta y hacemos algo. Ella es más rápida que los demás en darse cuenta, eso está claro. No haría eso un día normal porque la caja no cuadraría, pero en medio de un atraco…

—Nadie puede asegurar que no lo habían robado.

—La última vez solo me robaron a mí, pero entre una cosa y otra la caja no cuadró con lo de la bolsa. Al ladrón se le debieron caer algunos billetes y mientras estuvo la policía allí desaparecieron porque yo no me los llevé.

—Así que tu amiga tiene la mano muy larga.

—Y eso solo confirma que no fue ella.

—Eso no confirma nada.

—Sí, porque si estuviera metida en algo así, ¿para qué arriesgarse a que te pillen robando unos cientos? No tiene sentido.

Él entrecerró los ojos. —Igual tienes razón.

—Además fue ella la que pulsó la alarma. Su luz estaba roja.

Sonrió. —Pues entonces fue ella, nena.

—¡No!

—¡Sí, porque sería otra manera de exculparla y necesitaban que la policía estuviera allí para que las bombas exteriores hicieran daño!

Se mordió el labio inferior pensando en ello. —La conozco, no fue ella.

—¿Entonces quién? Busquemos otros posibles sospechosos.

Pensó en sus compañeros, pero la verdad es que no podía imaginar quién podía ser. —Hace como seis meses, mientras nos tomábamos un café, oí que Donald le decía a Jeffrey, el de seguridad, que no podía comprarse el coche que quería porque el jefe no le había dado el visto bueno a su préstamo. Estaba cabreadísimo porque ya había dado una especie de reserva. Pero al final sí que se lo compró.

—Un BMW plateado. No lo tuve en cuenta porque lo compró antes del atraco. La policía le preguntó al del concesionario y dijo que había pagado con financiación de otro banco.

—¿Y quién le avaló? —La miró sin comprender. —¿Quién financió ese coche? ¿Qué banco? ¿Y quién fue el avalista?

—Nena, ¿y yo qué sé? Bastante me da el chivato que tengo en la policía.

Bufó. —Hay que averiguarlo. —Empezó a teclear en el ordenador y para sorpresa de Durko entró en la página de su banco con la clave de acceso. Puso el nombre de Donald en el buscador y salió su cuenta. —A veces los clientes mienten con las deudas o créditos que tienen, pero entre los bancos tenemos una especie de pacto y podemos averiguar las deudas legales que puedan tener.

—¿No me digas?

Dio al Enter. —Voilà. —Frunció el ceño porque solo salía la hipoteca que tenía en su banco. —No puede ser…

—¿Qué pasa, nena?

—Si dices que el concesionario le vendió el coche a través de un crédito bancario, tendría que aparecer aquí, pero no sale.

—Pero el del concesionario no está implicado, porque Donald sí intentó financiar el coche.

—No, ese hombre no le regaló el coche —dijo pensativa—. Le engañaron diciendo que le habían financiado el coche y se lo tragó, ¿por qué iba a dudar? Cogió el cheque y le entregó el vehículo. Pero la clave es de dónde salió ese dinero.

Él sonrió. —Eres la mejor, nena. —La cogió por las mejillas y le plantó un beso que le supo a poco, la verdad. Y con los ojos como

platos le vio gritar —¡Al fin tengo algo!

Asombrada vio que se levantaba. —¿A dónde vas?

—¿Tú qué crees?

—¿Vas a verle?

—Estoy harto de esperar. Ese canta como me llamo Durko. Nena, cojo tus llaves del bolso.

Y se largó antes de que pudiera decir nada más. —Pero… —Gruñó mirando la pantalla. —Qué impacientes son los hombres, leche. Cuando uno besa hay que tomarse su tiempo.

De repente entró en la habitación de nuevo y la cogió por las mejillas para atrapar su boca y besarla de una manera que le dio un vuelco al corazón, pues la saboreó tan intensamente que creyó que se moría de gusto. Con los ojos cerrados disfrutando aún del beso ni se dio cuenta de que se apartaba, pero el efecto pasó y cuando fue consciente de que ya no la besaba, abrió los ojos de golpe para verse sola de nuevo. —Uy, uy… —Miró al frente y soltó una risita. —Leche, todavía me late el corazón como si hubiera hecho una maratón. No te acuestes con él que no lo cuentas. —Su vientre se estremeció. —Pero morirías de puro placer. Igual deberías pensártelo. Al fin y al cabo, una cana al aire no hace daño a nadie.

Noeleen… Que ya empiezas a cambiar de opinión y vas a pasarlo muy mal cuando se vaya. Gimió mirando la pantalla y se dijo que por investigar un poco a sus compañeros no pasaba nada.

# Capítulo 6

Se despertó sobresaltada y se sentó sudando a mares. Cerró los ojos respirando hondo mientras pensaba que estaba a salvo.

—Nena, ¿estás bien?

Asustada miró a su derecha para ver a Durko tumbado a su lado y por lo que parecía estaba desnudo bajo la sábana. —¿Lo hemos hecho? —preguntó sin pensar.

—Qué más quisiera. —La agarró del brazo con suavidad y tiró de ella para que se tumbara. —¿Una pesadilla?

Se puso de costado. —Sí.

—Ya pasó.

—Volverá a pasar.

Se mantuvieron en silencio. —Tu madre tiene razón, deberías dejarlo.

—¿Y cómo mantengo esta casa? No pienso permitir que mi madre vuelva a trabajar, que ya ha trabajado bastante. Además, cuando mi hermana esté en la universidad los gastos aumentarán. Harvard es caro, no quiero que ella pierda su sueño.

—¿Y los tuyos, nena? ¿Cuáles son tus sueños?

Apretó los labios. —Cuando era pequeña quería dirigir una gran empresa, pero…

—Pero renunciaste a ello por cuidar de ellas.

—Mi madre lleva matándose para mantenernos desde que murió mi padre. La pensión de viudedad es una mierda y había que echar una mano. Sabía que si me iba no podría pagar el alquiler. Sobre todo, porque desde hace unos años se ha disparado. Podríamos habernos mudado, pero…

—No querías que tu hermana cambiara de colegio.

—Llevamos en el barrio toda la vida, les conocemos a todos, son nuestros amigos. No quería perder también eso.

—Tu padre no os dejó en muy buena situación.

—No. —Apretó los labios. —Esos cabrones… Os jugáis la vida y corresponden así a las familias.

—No me imaginaba que ocurría eso. He conocido a viudas de militares y…

—¿Y viven en Nueva York? Con lo que pagamos aquí podríamos vivir en otro estado en una buena casa, ¿pero a qué precio?

—Igual hay que renunciar a algo, nena.

Se quedó en silencio. —Igual tienes razón. —Se miraron el uno al otro. —He visto todos los videos que he podido.

Él alargó la mano y le apartó un mechón de la mejilla. —Por eso estás así.

—Esa sonrisa…

—¿La de quién?

—La de esa zorra de rojo. No me la quito de la cabeza. ¿Cómo alguien puede tener tan poco corazón?

—Hay gente así en el mundo, nena. Vete haciéndote a la idea.

—¿Cómo lo soportas?

—¿Mi trabajo? —Ella asintió. —Es algo que al principio pesa en el alma. Cuando empiezas y tienes que matar necesitas un motivo y afortunadamente esos cabrones suelen darte ese motivo.

Después de un tiempo ya ni se piensa, se hace mecánicamente. Puede parecer frío, pero necesitamos que sea así, nena. Sino no podríamos vivir.

—¿Alguna vez has sentido remordimientos?

—Sí, una vez en una emboscada murió una mujer. Sentí remordimientos hasta que me enteré de que era una sanguinaria asesina de un cártel. Ahí me di cuenta de que no todo es lo que parece.

—Como Donald.

—¿Cómo Donald? No nena, es un mamón y no es que nos haya engañado mucho.

—¿Qué quieres decir? —susurró.

—Una mujer contactó con él en Central Park cuando hacía footing. Le dijo que sabía que necesitaba dinero y que ella se lo proporcionaría a cambio de cierta información. Dice que eso fue todo porque se negó a contestar nada, pero al día siguiente tenía el dinero en la cuenta de un banco que no tiene nada que ver con vosotros.

Entrecerró los ojos. —¿Se lo dieron por nada?

—Al parecer después de recibir el dinero se lo pensó mejor y esperó a que se pusieran en contacto con él de nuevo, pero eso nunca ocurrió.

—¿Estás seguro de que te dijo la verdad?

—Le vapuleé lo suficiente como para que me temiera y dijera lo que sabía. O es muy duro o dice la verdad. Si hasta se meó encima.

—Entonces tiene que ser otro.

—Votaría por uno de los muertos y el más probable es Antony Blake, el director del banco.

Le miró sorprendida. —¿Cómo lo sabes?

—Cuando venía hacia aquí le he dado muchas vueltas y me di cuenta de que la mejor manera de cubrirse la espalda era matar al chivato del banco. ¿Para qué dejar cabos sueltos?

—¿Entonces por qué dejar vivo a Donald?

—Porque en realidad no sabía nada. La mujer no era la misma, no mantuvo contacto con ellos y ese dinero levantaría sospechas sobre él.

—Pistas falsas…

—Exacto, así que tenemos que ponerlo todo en duda. No hay huellas, por lo que sabemos que no están fichados o que llevaban algo en las yemas de los dedos. Sus rostros no dan resultados con los carnets de conducir del estado, por lo que como decías hay que empezar a pensar que esos no eran sus rostros reales.

—Ese rubio podría ser de bote —dijo Noeleen pensando en ello—. Espera. —Se levantó y cogió su portátil sentándose de nuevo a su lado. Tecleó a toda prisa para acceder a la web del banco. Después de revisar ciertos mensajes dijo —Así que estás convencido que era el director del banco, pues esto te va a encantar. Le amenazaron de muerte.

—¿Qué? —Se sentó para mirar la pantalla.

—He entrado en su correo electrónico. El del banco, no el personal. Sé su clave porque durante unas vacaciones tuve que acceder a su correo para sacar una circular que debía enviarles a los empleados. Mira, hay varios mails en una carpeta que estaba en la papelera donde le amenazaban de muerte a su familia y a él si no les decía el número de la caja de nuestro hostelero favorito.

—¿Así que buscaban la caja de Peter Donelly?

—Es el más adinerado de todos, es lógico.

—¿Y qué tendría allí que les interesara tanto?

—Ni idea, pero era lo bastante importante como para matar sin piedad. Y valioso, debe ser muy valioso para arriesgar el pellejo al entrar en ese banco.

—La seguridad era de risa, nena. No creo que eso les preocupara mucho. Son profesionales. Su manera de coger las armas, su manera de disparar… Excepto ella, todos han estado en el ejército.

—¿Cómo estás tan seguro?

—No lo estoy, es un presentimiento. Creo que son mercenarios.

—Entonces no les encontraremos nunca.

—Sí que les encontraremos, porque vamos a averiguar lo que ocurrió.

—Lo que ocurrió. —Pensó en ello. —¿No es raro que no se deshiciera de estos mails?

—¿Crees que es otra pista falsa?

—Piensa, si tienen un informático capaz de entrar en el sistema del banco, ¿por qué no se deshacen de esos mails? Si

querían hacer desaparecer cualquier conexión con el chivato que habían matado… Si era un cabo suelto, los mails también.

—Cierto. La teoría de que todo debe ser puesto en duda toma fuerza. —Alargó la mano y acarició su mejilla. —Ahora olvídate de todo y duerme.

—Debería irme a mi cama —dijo sin ninguna gana porque con él se sentía segura.

—Son las tres de la mañana, despertarás a tu hermana. —La cogió por la cintura tumbándola a su lado. —Además aquí estás muy cómoda y puedes estar segura de que si te giras no dejaré que te caigas de la cama.

—¿Lo impedirías?

Mirandola a los ojos susurró —Eso no lo dudes, nena. Haré lo que sea por protegerte.

Emocionada le abrazó. —Gracias.

Acarició su espalda. —No tienes que darme las gracias, preciosa. Mi familia y yo te debemos muchísimo. ¿Sabes? Cuando me fui de casa, me sentí culpable por dejarla allí, pero me fui porque sabía que como no lo hiciera acabaría como ellos. Pero eso no me exculpa, la abandoné.

Se apartó para mirarle a los ojos. —¿Tan horribles eran?

—Mi padre era un cabrón que vivía de las apuestas. Y cuando perdía mejor no cruzarte en su camino. Mi madre era igual o puede que incluso peor. Había días que se lo gastaban todo en las apuestas y ni teníamos que comer. Mi abuela se apiadaba de nosotros y nos llevaba comida a escondidas. Ni se hablaba con mi madre después de que se lo robara todo para apostarlo a los caballos, pero a nosotros nos ayudaba.

—Lo siento, pero si te sirve de algo no culparía a mi hermana por buscar una vida mejor en un caso como el tuyo.

Sonrió con tristeza. —La primera vez que vine a visitarla me abrazó con fuerza como si me necesitara.

—Y te la llevaste.

Él asintió. —Ya trabajaba en una guardería, pero le quitaban el dinero. Me la llevé a casa de una amiga que la acogió por un módico precio al mes.

—¿Por qué no se fue ella?

—Por miedo, supongo.

—¿Tuvo problemas con ellos? Seguía viviendo aquí.

Apretó los labios y se le cortó el aliento. —Les dejaste las cosas claras, ¿no?

—Sí, y te aseguro que no sentí ningún remordimiento.

Le abrazó y apoyó la mejilla sobre su pecho. —Hiciste bien.

—Mi madre todavía está viva, ¿sabes? A él le mataron por pedir dinero a quien no debía. Me he preguntado mil veces si debía decirle lo que le ha ocurrido a…

—Es la culpa la que te hace hacerte esas preguntas y no debes culparte de nada. Tu hermana tuvo muy mala suerte cuando ya había acabado todo. Olvida a tu madre, a la que no le importa nada que no sea ella misma. Sería meter un problema más en la ecuación. … Viena se repondrá como tú has dicho y seguirá con su vida.

Se pasaron hablando de su pasado hasta el amanecer y desnudaron el alma hablando de cosas que nunca habían contado. Incluso hablaron de la mascota que él había tenido de pequeño y de cómo sus padres se deshicieron de Costello porque ladraba a la puerta por las noches si pasaba algún vecino. Sintió que eso aún le dolía y le había abrazado sintiéndose muy unida a él. Entonces ella le dijo que había tenido un pez y que cuando murió su madre se

había vuelto loca buscando otro, pero como no lo había encontrado le había comprado uno mucho más grande y le había dicho que había sufrido una metamorfosis como las mariposas. Rieron y Regina al levantarse les escuchó al otro lado de la puerta. Sonrió satisfecha. Le gustaba ese tipo, sería un buen padre para sus nietos.

Tomándose un café con Berta la miró fijamente. —¿Quién crees que haría de topo entre nosotros?

—¿De topo? —preguntó sin entender.

Analizando sus reacciones respondió —Alguien tuvo que ayudar a esos cabrones desde dentro. ¿Quién crees que pudo ser?

La miró asombrada. —¿Eso piensas?

—Fueron a unas cajas de seguridad ya determinadas, eso está claro.

Su amiga se mordió el interior del labio pensando en ellos. —No todos tienen acceso a las cajas.

—Lo sé. Donald bajaba de vez en cuando, Freddy era el encargado y por supuesto el director.

—Sí, pero Melissa también bajaba.

—¿Melissa?

—Bueno, no lo hace desde hace unos meses, pero sí que bajaba en el pasado. —Se acercó y susurró —Y si tuviera que votar por alguien votaría por ella.

—¿Por qué?

—Porque es una zorra sin escrúpulos. ¿Por qué crees que la degradaron a préstamos? Porque estafó con unos fondos a unos clientes del banco de toda la vida, pero metió la pata porque eran amigos de un jefazo de la central y cuando se enteró de la inversión en la que esta les había metido puso el grito en el cielo. Y todo para ganar más comisiones. No les avisó que era de alto riesgo y perdieron dos millones de sus ahorros. No pudieron echarla porque amenazó con demandar al banco por despido improcedente y la prensa se enteraría del tipo de inversiones que la central ordena que vendamos a nuestros clientes.

—Así que no les avisó del riesgo y les vendió los bonos para ganar comisiones…

—Sí, y los del banco con las manos atadas porque es cierto que tenemos ese tipo de productos, pero ya les oíste en los cursos preparatorios que te dan cuando consigues curro aquí, solo se

ofrecerán esos bonos a los clientes que estén de acuerdo en arriesgar un pequeño porcentaje de sus ahorros con tal de conseguir más rentabilidad.

—Sí, recuerdo esos cursos. Melissa… Y parece tan buena chica.

—Para que te fíes de las que van de mosquitas muertas, esas son las peores.

—¿Crees que el director…?

—Oh, por Dios no, era un buen hombre —dijo horrorizada—. Y Freddy también.

Se la quedó mirando y Berta frunció el ceño. —¿No pensarás que yo…?

—No, claro que no. Aunque sé que mangas unos pavos.

Berta se sonrojó antes de mirar a su alrededor. —Por favor, no digas nada.

—No voy a decir nada.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No me han dejado otra opción, el seguro se niega a pagar las terapias de mi marido.

—No tienes que justificarte y menos conmigo, ¿vale?

—Gracias —dijo emocionada.

—Pero intenta tener más cuidado.  Si te he pillado yo, te puede pillar otro.

Sorbió por la nariz. —Necesito tres mil más y lo dejo. A ver si nos atracan pronto.

Jadeó indignada. —Estás fatal.

—Eh, es el único método que he encontrado para sisarles, ¿vale?

—Pues eres tonta porque hay otros métodos mucho más fáciles.

—¿De veras? —preguntó sorprendida—. ¿Cuáles?

—Mangarlo antes de que lo metas en la saca que sale del banco cada día —dijo como si fuera tonta.

Se sonrojó antes de fruncir el ceño. —Leche, es verdad.

—Si sacas dos billetes de cada fajo no se darán cuenta hasta llegar a la central para hacer el recuento. Y no podrán averiguar quien ha sido porque el nuevo director dará el visto bueno a la salida de dinero. Hay muchas manos entre las tuyas y el recuento. Si faltan solo tres mil una vez no pasará nada.

—Gracias por la sugerencia.

—Cuando quieras hacerlo avísame que seré tu aliada.

—¿Lo harías?

—Claro, que se jodan, que bien que nos han fastidiado poniéndonos a ese mamón de Derron. Es que de verdad, no tiene ni idea de lo que hace.

—Es que ese puesto no lo quería nadie.

—Pues podían haber ascendido a alguno de los nuestros. A ti por ejemplo, que llevas tantos años en el banco. —Entrecerró los ojos. —Tenemos que echar a ese tío, para cambiar las cosas. Necesitamos cámaras abajo, donde las cajas.

Apoyó los codos sobre la mesa. —Eso es lo que necesitamos, más seguridad.

—Cuatro seguratas y cámaras. Alarma sonora para que se larguen cuanto antes y armas tras el mostrador.

Los ojos de Berta brillaron. —Cuando vean que les contestamos a tiros se lo pensarán mejor antes de entrar.

—Exacto.

—¿Y cómo le echamos?

Sonrió maliciosa. —¿Qué te parece si en lugar de tres mil cogemos seis y le dejamos tres en el escritorio?

Berta rio por lo bajo. —¿Pues qué quieres que te diga? Me parece muy bien.

Entró en el banco y mientras Berta volvía a su mesa a toda prisa porque llegaban tarde ella se acercó a Durko. —Melissa.

Él miró hacia la mujer que reía al teléfono. —Pero si es tonta.

—De tonta no tiene un pelo. —Miró hacia Donald que se tocaba el costado como si le doliera. —¿Te ha dicho algo más?

—¿Donald? No se atreve ni a mirarme, pero no ha dicho nada de nuestro encuentro que es lo que me interesa.

Se escuchó un fuerte golpe en el exterior y Durko sacó la pistola antes de correr hacia la puerta. Noeleen palideció mientras Mijaíl le seguía. Donald se acercó. —¿Qué crees que ha pasado?

—No lo sé, pero creo que no ha sido un petardo. —Fue hacia la ventana y vio que un camión había chocado con un coche que estaba aparcado ante la galería de arte. Una mujer estaba discutiendo con el camionero y en ese momento llegaron dos agentes de la policía. Suspiró del alivio porque no tenía nada que ver con el banco y lo confirmó cuando Durko entró en la entidad

guardando la pistola. Se acercó a ella y ambos miraron por la ventana mientras sus compañeros murmuraban los unos con los otros por lo que había pasado.

—Parece que está borracho —dijo él—. ¿Estás bien?

Le sonrió. —Sí.

Durko miraba por el ventanal y ella frunció el ceño. —Me suena esa mujer.

—Es la hija del que murió en la galería.

La mujer estaba sonriendo al policía y se le cortó el aliento. —Dios mío, es ella.

—¿Ella?

—La mujer de rojo.

—Nena, no se parecen en nada.

—Te digo que… —A toda prisa sacó su móvil y le empezó a tomar fotos.

—Te va a ver.

—Está demasiado distraída como para que se dé cuenta. —Sacó otra foto y guardó el teléfono en el bolso. —Es ella. Y la teníamos ante nuestras narices.

—¿Estás segura? Esa nariz no se parece en nada.

—Pero esos dientes son los mismos. Se acerca Berta. —Se volvió para irse. —Lo hablaremos en casa.

Berta abrió los ojos como platos mientras le preguntaba a Durko —¿Estáis viviendo juntos?

—He tenido un problema doméstico y ella me ha ayudado, somos amigos.

—Ya, claro —dijo sonriendo maliciosa—. Trátala bien, ¿me oyes? Porque como no lo hagas, esa pistola no te servirá de nada cuando intentes protegerte.

# Capítulo 7

Imprimió las dos fotos y se las mostró. —¡Son la misma mujer!

—Nena, no lo veo.

Ella tapó la cara de las dos mujeres solo dejando a la vista su sonrisa. Durko frunció el ceño. —Hostia.

—¡Te lo dije! ¡En cuanto la he visto sonreír mientras hablaba con la policía se me pusieron los pelos de punta! ¡Es ella!

—Cabello de otro color, lentillas…

—Y se puso algo en los pómulos para cambiar la forma del rostro o igual era el maquillaje. Un buen maquillaje puede hacer que parezcas otra.  Incluso podría simular la nariz que tiene esta. ¿La alcantarilla? ¡Y una leche, solo cruzó la acera para meterse en la galería!

—Se hubiera visto ese vestido rojo en algún momento, a pesar del humo se hubiera visto. Además, se hubiera alejado de la galería todo lo posible para que no se la relacionara con ella.

En eso tenía razón.

—Y por si fuera poco la galería se destrozó con la explosión.

Entrecerró los ojos. —Se destrozó.

—Estaba ardiendo según las imágenes que pude ver en los videos.

Pensó en ello. —Y murió el dueño de la galería en el momento de la explosión.

—Sí, que yo sepa. No figura nadie más de la galería entre los heridos.

—¿Y no es raro? ¿Era horario laboral y no había nadie más? Sé que dos chicas más trabajaban allí. Las he visto entrar muchas veces.

—No sé si había alguien más, pero no figuran en la lista de heridos ni fallecidos.

Dejó las fotos sobre el tocador y fue hasta la ventana pensando en ello. —Es una galería importante. Hacen subastas de cuadros antiguos.

—¿Qué se te está ocurriendo, nena?

—Recordaba el trato al que he llegado con Berta, cometer un delito para cubrir otro.

—¿Qué? ¿De qué trato hablas?

Se volvió con los ojos brillantes. —¡Somos unos estúpidos! ¡No querían robar el banco! ¡Era una distracción para destrozar la galería y cargarse al dueño!

Dio un paso hacia ella. —¿De qué hablas?

—¡Para que esa heredara, defraudara al seguro y cobrara las obras de arte en el mercado negro! ¡Un negocio redondo!

Durko se tensó. —Cubrir un delito con otro.

—¡Todo es falso, todo fue un teatro para aterrorizarnos antes de estallar las bombas! ¡Y una estaba justo en frente de la galería!

—Pero abrieron las cajas de seguridad.

—Hay que pagar a los integrantes del grupo, ¿no? Los seguros tardan en pagar y hay que tener cuidado mientras investigan. Esos aún no han vendido las obras, esperarán a que se calme el asunto por si alguien les sigue. —Se frotó las manos emocionada. — ¡Qué buena soy, tenía que haber sido policía! —Le agarró por las mejillas y le plantó un beso. —¡Soy un genio!

Gruñó. —Algo habré hecho yo.

—Menos mal que te he ayudado, ¡qué perdido estabas!

Salió de la habitación dejándole con la palabra en la boca y Durko gruñó antes de volverse y coger las fotos de esa mujer. —Sonrió incrédulo. —Increíble.

Regresó con el bolso. —¿Qué haces?

—Pensar en ello.

—Piensa en ello de camino.

—¿De camino a dónde?

—¿A dónde va a ser? ¡A la galería! Vamos a espiar a esa tía.

—Eh, eh… —Se acercó y cogió su bolso. —Tú no vas a ningún sitio.

—¿Por qué?

—Porque es peligroso, por eso. Deja a los profesionales. Además, tu madre está haciendo lasaña y no me la pienso perder.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Dejas la investigación por una lasaña?

—La retraso por una lasaña de primera, solo hay que olerla.

—¡Durko llevas meses en esto!

—Por eso, deja que se confíen. ¿Una cerveza?

Gruñó. —No.

—No te enfurruñes —dijo alejándose.

—No tienes prisa por volver a tu trabajo de verdad, ¿no?

—En este momento no tengo ninguna. ¿Acaso tú tienes prisa porque me vaya? —Le miró malicioso. —Nena, no vas a poder evitarlo. Va a suceder.

Se sonrojó. —¿El qué?

—Lo sabes de sobra.

Su hermana soltó una risita y se volvió de golpe para encontrársela en la puerta de la habitación. —¿Ahora vas de cotilla?

—Es imposible no escucharos. Hermana, ¿has dormido con él y no lo has catado? ¿Pero a ti qué te pasa?

—¡Pues no lo sé! —Entró en su habitación cerrando de un portazo escuchando la risa de Lisbeth. —Mierda, es que se te ha notado mucho que quieres que se largue. —Miró la cama sin entender como no lo habían hecho esa mañana porque para ella fue una auténtica tortura abrazarle y no hacer nada. No, no iba a resistir mucho como siguieran así. Esa noche dormiría con su hermana.

Se quedó dormida en el sofá a mitad de la película, pero era lógico porque la noche anterior había dormido poquísimo. Durko la cogió en brazos y susurró a las demás —Buenas noches.

—Buenas noches —dijeron encantadas mientras se alejaba.

Madre e hija se miraron antes de soltar una risita. —¿Cuánto tiempo crees que se resistirá? —preguntó Lisbeth.

—Oh, pues calculo que esta noche cae.

—¿De veras? Mira que Noeleen es muy cabezona cuando se le mete algo en la cabeza.

—Niña, a ese hombre una no se le puede resistir mucho tiempo. —Suspiró. —Cómo echo de menos a tu padre.

—Mamá, deberías echarte novio. Ya llevas mucho tiempo sola.

Pensó en ello. —Es cierto y no quiero envejecer sola… —Entrecerró los ojos. —Además estoy aún de buen ver.

—Estás guapísima —dijo ilusionada porque se lo pensara—. ¿Tienes a alguien en mente?

—Bueno, teniendo en cuenta que llevo seis años acostándome con el padre de Enrico, igual le doy una oportunidad.

Se levantó dejándola con la boca abierta. —¿Seis años? ¿Llevas seis años acostándote con Paolo?

—Bueno, es muy guapo con esos ojos negros y esas manos que tiene. Una no es de piedra.

—¿Entonces por qué no le has dado una oportunidad antes?

Sonrió con tristeza y se llevó la mano al corazón. —Cielo, este nunca dejará de querer a tu padre, pero creo que ha llegado el momento de dejarle un hueco a alguien más. Antes me negaba, pero ahora… Veo lo feliz que es tu hermana y me he dado cuenta de que merezco otra oportunidad.

Lisbeth asintió. —Sí que te la mereces.

—Me alegra que pienses así.

—No se puede vivir solo de recuerdos, mamá. Aún te quedan muchos años por vivir y tienes derecho a ser feliz.

—Bueno, pues me voy a verle.

—¿Ahora? —No salía de su asombro.

—¿Cuándo crees que nos vemos? Cuando cierra el restaurante. Uff, menos mal, ya no tengo que salir a escondidas.

—¿Te escapabas por las noches?

—Hija, no me interrogues.

Parpadeó viendo como cogía el bolso y se iba. Lisbeth frunció el ceño. —Leche, a ver si te pones las pilas que todas han ligado menos tú. —Entrecerró los ojos. —Aunque lo primero es la carrera, pero un rollito de vez en cuando sí que te lo puedes permitir… —Cogió el móvil. —Voy a dar un par de likes. Uy, qué mono...

—¿Qué haces?

Chilló del susto haciendo que el móvil saliera volando y miró a su hermana con los ojos como platos. —¿Pero tú no estabas durmiendo?

—¿Mamá se ha ido?

—Leche, qué oído más fino. Sí, se ha ido a acostarse con su amante.

—Ja, ja.

—Que va en serio. Se acuesta desde hace seis años con Paolo.

—¿Qué?

—Sí, y ha decidido empezar una relación con él. Le va a dar una oportunidad.

—¿Estoy soñando?

Durko la cogió por los hombros y la empujó ligeramente hacia la habitación. —Vamos nena, que estás medio dormida y no procesas la información.

—He oído la puerta y…

La tumbó en la cama. —Deja de estar siempre pendiente de todo, relájate y duerme.

—Sí. —Suspiró de gusto cerrando los ojos. —Estoy cansada.

Se tumbó tras ella. —Y no me extraña. —La cogió por la cintura y la pegó a su pecho haciendo que suspirara de nuevo. —Duerme.

Se relajó entre sus brazos, por primera vez en mucho tiempo se sintió segura y dejó que el sueño la venciera sintiendo su calor.

La luz que se filtraba por las cortinas la despertó y abrió lentamente los ojos para mirar hacia ella. Su mejilla estaba sobre el pecho de Durko y movió la pierna sobre las suyas para ponerse más cómoda. Porque estaba cómoda, vaya si lo estaba. Sintiendo su respiración pausada se dijo que era el mejor colchón que había

tenido nunca. Entonces se dio cuenta de que estaba desnuda. Pero desnuda, desnuda, que ni braguitas tenía. —Uhmm…

El pecho de Durko se movió como si se estuviera riendo y levantó la vista hacia él. —Aprovechado.

—Era para que estuvieras cómoda.

—Ya, claro.

Le sonrió de una manera que le cortó el aliento y en el interior de su muslo sintió su dureza. —Así que eres de los que se animan por las mañanas.

—No, nena. Yo me animo a todas horas, pero te he dejado dormir.

—Gracias. —Sintiendo que su ser empezaba a tener vida propia se acercó a su boca y le dio un suave beso en los labios. —Buenos días.

—Buenos días —respondió con voz ronca antes de atrapar sus labios y cogerla por la nuca para que abriera su boca para recibirle. Al sentir su lengua rozando la suya fue como si la traspasara un rayo y se deslizó sobre su cuerpo para ponerse a horcajadas sobre él y responder con ganas saboreándole. Maravillada por sus besos entrelazó su lengua con la suya y se besaron como posesos. Las

manos de Durko bajaron por su cuello hasta acunar sus pechos y de repente apartó su boca cogiéndola por la cintura para adelantarla y atrapar con su boca su pezón. Noeleen tuvo que agarrarse al cabecero de la cama y al sentir como saboreaba su pecho, suspiró de placer inclinando su cabeza hacia atrás cerrando los ojos solo para sentir. Las manos de él siguieron bajando hasta la suave piel de su trasero, mientras sus labios, su lengua y sus dientes, lamían y mordían sus duros pezones haciendo que gimiera de placer. Los dedos de Noeleen se aferraron con fuerza al cabecero de madera blanca. Sintió su aliento sobre su piel húmeda y se estremeció justo antes de que una de sus manos recorriera su sexo de arriba abajo. Durko dio un lametón en su pecho y susurró —Nena, vas a despertar a tu hermana.

Sin saber cómo, se enderezó sobre él y mirándole a los ojos empezó a sentarse sobre su sexo. Al sentir como entraba en su interior, tuvo que apoyarse en su duro pecho y cuando le sintió tan dentro, sus dedos se apretaron sobre su piel como si quisieran aferrarse a él. Durko ya en su interior cerró los ojos como si estuviera disfrutando muchísimo. —Eso es, preciosa.

Se movió ligeramente sobre su pelvis antes de regresar a su sitio y Durko abriendo los ojos la agarró por las caderas como si

quisiera controlar sus movimientos, pero ella no se lo permitió elevándose sobre sus rodillas para volver a bajar llenándose muy lentamente.

—A mí me gusta un poco más…

—¿Fuerte? —preguntó con voz ronca. Se elevó sintiéndose increíblemente poderosa antes de metérsela de nuevo haciendo que gimiera de placer, lo que multiplicó el suyo por mil. Se agachó sobre su cuerpo y susurró a su oído —A mí también.

Él levantó la cadera entrando con fuerza en su cuerpo y Noeleen gimió sintiendo que su mente se nublaba por el placer que la recorrió. —¿Así de fuerte? —dijo él en su oído antes de salir de su cuerpo lentamente para volver a entrar con ímpetu. Dejó de pensar, solo podía ser consciente de él y Durko elevó las caderas llenándola cada vez más fuerte cada vez más impaciente hasta que el vientre y cada célula de Noeleen reclamaron liberación. —Vamos nena, hazlo conmigo. —La cogió por la nuca para elevar su rostro. —Mírame mientras te corres.

Sus ojos vidriosos de placer se llenaron de lágrimas por la emoción que la recorrió justo antes de que entrara en ella de nuevo haciendo que todo en ella explotara con él, estremeciendo su cuerpo

de arriba abajo mientras Durko la abrazaba. Cayó sobre su cuerpo y él acarició su espalda mientras sus respiraciones se calmaban.

—Arriesgaría mi vida mil veces por despertarme así cada mañana.

Noeleen sonrió. —¿De veras? No te creas todo lo que dicen de Nueva York últimamente, es bastante seguro. Aquí no tendrías que arriesgar mucho.

Se quedó en silencio y Noeleen apretó los labios, estaba claro que quedarse en Nueva York no era una opción. Disimulando la decepción rio por lo bajo. —A no ser que atraquen el banco, claro.

—Nena, no voy a quedarme.

Se apartó para mirar su rostro que mostraba su preocupación. —Lo sé.

—En cuanto esto acabe, me iré. Creía que lo tenías claro.

—Como el agua. —Forzó una sonrisa. —Tan claro como tú.

Él suspiró del alivio. —Por un momento pensé que querías…

—Oh, era un decir. —Se sentó sobre él y acarició su pecho. —Hora de levantarse. El banco no espera y tenemos que espiar a alguien. Primera en la ducha. —Se levantó y corrió hacia la puerta intentando huir de esa situación. No se quedaría, aquello era un

polvo, nada más. No se enamorará de ti ni habrá cuento de felices para siempre. No te enamores que ya bastante has metido la pata. Cerró la puerta del baño y se apoyó en ella cerrando los ojos con fuerza. Dios, ¿estaba enamorada de él y se daba cuenta ahora? ¿Ahora cuando ya había metido la pata hasta la ingle? No podría conseguir que se quedara, que renunciara a su vida por ella y sería una tontería intentar que lo hiciera. Además, no era justo, había sido sincero desde el principio, no era culpa suya que ahora ella se hiciera ilusiones con un imposible. Fue hasta el lavabo y se miró al espejo. —Te lo dije —susurró—. Ahora disfruta mientras puedas porque vas a sufrir lo que no está escrito cuando se vaya. Pero no pienses en el futuro, leche. Ahora de perdidos al río. Por lo menos tendrás los recuerdos como dice tu hermana. Los recuerdos y unos orgasmos increíbles, porque esto piensas exprimirlo todo lo que puedas.

Salió del baño de la sala de descanso comprobando que su falda de tubo estuviera bien colocada mientras Durko totalmente despeinado miraba a un lado y a otro antes de salir. Ella soltó una risita.

—Joder, nena. Aquí no repetimos.

—Como si no te hubiera gustado. —Cogió su neceser de la taquilla y se acercó al espejo para arreglarse el pelo. Empezó a cepillárselo y él se puso detrás en la imagen. Le tocó el trasero con ambas manos y ella cerró los ojos gimiendo de placer porque aún estaba muy sensible.

—Nena, se ha acabado el descanso —dijo antes de besar su cuello.

—Pues es una pena.

Él suspiró apartándose y se pasó las manos por el cabello. —Por cierto, deja de mirar tanto por la ventana, si sale puede darse cuenta.

—Vale…

—Déjame esto a mí.

Salió de la sala de descanso y ella se miró al espejo. La blusa blanca que llevaba mostraba parte de la cicatriz y se la enderezó con un tirón seco. No había dicho nada de su cicatriz y entonces pensó que era raro que él no tuviera o al menos no se las había visto. Un hombre que trabajaba en lo suyo solía tener cicatrices, de hecho su padre tenía unas cuantas por todo el cuerpo de cuchilladas o balazos

de sus enemigos. Incluso tenía una de haber caído en el paracaídas sobre un arbusto y una rama traspasó su brazo. Qué raro. Se pasó el labial por el labio inferior y unió los labios para moverlos uno sobre el otro. Sí, era muy raro.

Sentada en su sitio sacó su móvil y miró de reojo a Durko que estaba en la puerta hablando con Mijaíl mientras no le quitaban ojo a un joven con gabardina encima de un look de rapero pasado de drogas. Se puso el teléfono al oído y se volvió ligeramente para que no la viera hablar por él. —¿Mamá? ¿Cuántas cicatrices tenía papá?

—Veintitrés, tres graves —dijo sin dudar—. ¿Por qué?

—A Durko no le he visto ninguna.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. —¿Mamá?

—Hija, no quería decirte esto para que no te hicieras ilusiones.

—¿Qué?

—No sé por qué no te lo ha dicho, pero dejó el cuerpo cuando murió tu padre.

Palideció por su mentira. —¿Cómo que dejó el cuerpo?

—Hice que no sabía nada, pero lo supe desde el día de su funeral. Él se culpaba por su muerte y un estudio psicológico dijo que no podía volver al servicio. Eso me dijo el teniente Petterson que fue quien me dio la bandera. Hablamos unos minutos sobre quien dirigiría la unidad y salió el tema.

—¿Tienes el teléfono de ese teniente?

—Ahora es capitán y sí, creo que lo tengo.

—Por favor búscalo, necesito hablar con él.

—Hija… ¿Por qué le das vueltas?

—Porque me ha mentido, mamá —siseó sintiendo que la rabia la recorría—. Confié en él y me ha mentido. ¿No te das cuenta de que no tengo ni idea de a quien tengo en casa?

—Buscaré el número —dijo antes de colgar.

—¿Nena?

Se volvió sobresaltada y vio que dejaba un papel sobre su mesa. —Las nuevas directrices de seguridad.

—Si te tengo a ti, ¿para qué quiero esto?

Él sonrió de medio lado antes de alejarse. Apretó el teléfono en su mano. Sería cabrito. Le había tomado el pelo desde el principio y había utilizado que estuvo en los dragones para embaucarla, pues

al haber sido compañero de su padre le tendría confianza. ¿Por qué? ¿Y sobre todo por qué a ella? ¿La creía sospechosa? Entrecerró los ojos mirando la hoja. Revisión de bolsos al entrar y al salir. Cambios de tarjetas de seguridad cada tres meses… Aquello solo era un control de los empleados. Otro por qué apareció en su mente. Lo que robaba Berta no era suficiente como para cambiar todo aquello y estaba claro que desde que habían tenido el atraco, los cacos no se atrevían a pasar por el banco o pensaban que tenían más seguridad que antes, porque por allí no se habían acercado. Para un profesional sería evidente que Durko sabía hacer su trabajo. Vio como miraba hacia una cámara y asentía como si estuviera bien. Entrecerró los ojos, lo hacía demasiado bien para ser un paracaidista del ejército. El móvil le sonó en ese momento y abrió el mensaje donde tenía el número de teléfono. —Gracias, mamá.

# Capítulo 8

Entró en el hospital jurando por lo bajo porque el capitán no respondía a sus llamadas. Bueno, tenía otros métodos para saber la verdad. Con el ramo de flores en la mano fue directamente hacia la recepción. —Buenas tardes.

La mujer le sonrió. —Buenas tardes.

—Venía a ver a Viena Johnson.

Esta tecleó en el ordenador y sonrió. —Cuarta planta, cuatrocientos cuatro.

—¿Está en planta?

La recepcionista asintió sin dejar de mirar la pantalla. —Sí, desde hace un par de meses.

Se le cortó el aliento. —¿No me diga?

—¿No lo sabía? —Entonces se dio cuenta de que había metido la pata. —¿Es familiar o…?

—Soy la mujer que le salvó la vida, me han dejado aviso de que quiere hablar conmigo. Será para darme las gracias y eso.

—Oh… Entonces pase, pase.

—Gracias.

Sintiendo que la rabia la recorría fue hasta los ascensores con paso militar. —La madre que lo parió. Cuando le pille…

Entró y pulsó el cuarto piso mientras otros se metían en el ascensor. Un hombre que le sacaba la cabeza la miró de reojo antes de volverse y Noeleen se tensó porque su cara le era conocida. No se cortó en mirarle. —¿Nos conocemos?

—No lo creo —dijo mirando al frente.

Ella le observó durante unos segundos y sí estaba segura de que le había visto antes porque le sonaba mucho. —¿Seguro?

—Seguro. —Le sonrió. —Lo recordaría —dijo con una sonrisa. —Aunque si quieres que nos conozcamos mejor…

—No, gracias. —Miró al frente y entonces llegó hasta ella el aroma de su padre. Asombrada se mantuvo muy quieta. No, no podía ser. Era una casualidad. ¿Ese hombre llevaba la colonia de su

padre? Noeleen, que lío tienes en la cabeza, hasta te imaginas cosas. Se abrieron las puertas y ella salió buscando el número de la habitación. Como el tipo no salió en su planta se olvidó de él para buscar la cuatrocientos cuatro. No tardó en dar con ella y tomó aire antes de levantar el puño y golpear ligeramente la puerta.

—Adelante —dijo la voz de un hombre.

Abrió la puerta con una sonrisa. —Hola.

La chica con un gran apósito en el cuello la miró y sonrió. —Hola. —Agarró la mano del hombre que tenía a su lado. —Cielo, ella es la mujer que me ayudó. La que me salvó en el banco.

El señor Johnson rodeó la cama a toda prisa y la abrazó con fuerza. —Gracias, gracias, ella es mi vida.

Se emocionó por el sentir de sus palabras. —No fue nada.

—Claro que sí —dijo ella—. Y estaba herida. ¿Cómo se encuentra?

—Como ves yo ya no estoy en el hospital, así que muy bien. Y por favor, tutéame. Hemos pasado por algo que nos hace amigas —dijo divertida acercándose con las flores—. Espero que te gusten.

—No tenías que haberte molestado. Gracias. Cielo, ¿puedes…?

Vio que ella no movía bien el brazo derecho. —¿Ha afectado al brazo?

—Sí, por eso aún continúo aquí después de tanto tiempo. Después de que salí del coma quisieron esperar para asegurarse de que mi salud podía permitirse la operación, pero no salió del todo bien. Ya me han operado dos veces para intentar arreglar el músculo dañado, pero seguramente quedaré así.

—Cielo, no digas eso.

Viena chasqueó la lengua. —Él aún no lo acepta, pero yo sí porque doy gracias por estar aún viva y ver crecer a mis hijos.

—Siento…

—Tú no tienes que sentir nada. —Cogió su mano. —Me salvaste a mí y a mi bebé.

Asombrada miró su vientre algo más hinchado de lo normal. —¿Estás?

Rio. —Sí. De una niña que crece fuerte y sana.

—Me alegro mucho.

—¿Y tú cómo estás?

—Muy bien. La bala también afectó a varios músculos, pero tuve suerte.

—Me alegro mucho.

—Estoy trabajando de nuevo.

Viena hizo un gesto de dolor. —Lo siento.

—Y yo también lo siento.

—Quizás mi marido pueda buscarte algo, es directivo de recursos humanos de una empresa que trabaja con holdings.

Se sonrojó. —Oh, no es necesario.

—Claro que sí —dijo él de inmediato—. Será un placer ayudarte.

—¿De veras?

—Por supuesto.

—Gracias, eres muy amable.

Él sacó su cartera y le tendió una tarjeta. —Cuando quieras llámame y empezaremos con tu perfil.

—Gracias de nuevo. —Miró a Viena que le sonrió. —¿Puedo hacerte una pregunta? Igual crees que es una estupidez, pero se trata del caso y para mí es muy importante.

—Hecho, ¿de qué se trata? Ayudaré en todo lo que pueda.

—¿Tienes hermanos?

Viena frunció el ceño. —¿Hermanos? Tengo dos hermanas, pero no hermanos. ¿Por qué?

Palideció. —Es que hay alguien que se ha hecho pasar por tu hermano para ganar mi confianza.

—¿Qué? —Miró a su marido que apretó los labios. —¿Qué habéis hecho?

—Yo nada, preciosa. Te lo juro por lo más sagrado —dijo poniéndose nervioso.

Noeleen entrecerró los ojos. —¿Qué pasa aquí?

En ese momento se abrió la puerta y apareció un hombre de unos sesenta años con traje gris a medida y el pelo blanco. Le reconoció enseguida era Dwayne Gregory Harrison, el dueño de medio Manhattan.

—Señorita Fallon es un gusto conocerla.

—Al parecer ya me conoce bien.

—Papá, ¿qué significa esto? —preguntó Viena furiosa—. ¿Qué has hecho?

—¿Crees que dejaría las cosas así? —preguntó fríamente —. Me conoces muy bien.

—Le contrató usted, ¿no? ¡Es un mercenario!

Sonrió. —No señorita, no es un mercenario. Es el mejor en lo suyo y me cuesta mucho dinero. Por cierto, gracias por averiguar la razón del asalto, esa información les está siendo muy útil.

—¿Les? ¿Cuántos más hay metidos en esto?

—No puedo facilitarle esa información, como comprenderá. El señor Williams es muy celoso de su intimidad.

Apretó los labios disgustada. —Williams, un nombre falso.

—Debe cuidar sus espaldas. Darle a usted su nombre de guerra era necesario para que se abriera a él.

—Así que tampoco es el auténtico.

—Cuando entró en el ejército decidieron cambiárselo. Debía aclimatarse, aprender y así pasar al siguiente escuadrón. Fue una pena lo de su padre, tengo entendido que lo sintió mucho, le caía realmente bien.

Asombrada intentó procesar esa información. ¿Le pasaban de un escuadrón a otro para que aprendiera? —Dios mío, ¿qué hicieron con él?

—Algo que no duró mucho, ya que ahora trabaja para mí.

Recordó la foto que tenía en la que estaba al lado de su padre. Él le cogía por los hombros como si quisiera protegerle, era

un crío e hizo lo posible para mantenerle con vida. Entonces sonrió. No lo había hecho solo por Viena y por lo que le pagaba ese hombre, también lo había hecho por ella y para vengarla como hubiera hecho su padre si estuviera vivo. Estaba pagando una deuda.

—Veo que ya no está tan disgustada y me alegro. Por cierto, tengo un cargo en mi empresa que pensaba ofrecerle en cuanto esto terminara, tengo entendido que no está muy cómoda en el banco y será un placer…

—Papá, ¿no ves que está pensando? Ni te escucha —dijo Viena suavemente—. ¿Estás bien?

—Estoy mucho mejor que cuando entré aquí, te lo aseguro. ¿Otro trabajo? Será un placer hablar de ello cuando todo acabe.

Durko caminaba de un lado a otro del salón y las chicas le miraban exasperadas desde el sofá. —¿Qué has hecho? —preguntó Lisbeth maliciosa.

—¿Yo? Nada.

—Claro, y por eso estás así, por nada. Tienes pinta de animalito al que están a punto de comer vivo.

—Muy graciosa.

Escucharon la llave en la cerradura y a Durko se le cortó el aliento volviéndose. Los tres vieron como colgaba el bolso del perchero y se quitaba los zapatos antes de caminar pensativa hacia la cocina.

—Joder —dijo por lo bajo antes de caminar hacia allí.

Regina intentó evitar la risa. —Ahí va…

Entró en la cocina para verla apoyada en la encimera tomándose una cerveza. —Hola, nena.

—Durko, Durko… —Apretó los labios antes de beber de nuevo. Rio por lo bajo. —Esto ha sido toda una sorpresa.

—No esperaba que fueras al hospital, la verdad.

—Ah, ¿no? Pues deberías habértelo imaginado cuando llamé a mi madre.

—Las cicatrices. Sí, qué puedo decir soy bueno en lo que hago. Hasta ahora he tenido suerte. Puede que algún hueso roto, pero…

—¡Me has pinchado el teléfono! —gritó antes de tirarle la lata que esquivó por un pelo antes de dar contra la pared—. ¡Me están siguiendo!

—¡Eres sospechosa!

—¿Y te acuestas con las sospechosas? ¡Menudo profesional estás hecho!

Él se enderezó. —Hago lo que sea necesario.

Se le cortó el aliento. —¡Así que es cierto, eras de la CIA!

La miró de una manera que le puso los pelos de punta demostrando hasta el punto que era peligroso. —No, preciosa, la CIA nunca entró en los planes del gobierno.

Así que era aún peor. Se acercó a él y le abrazó sorprendiéndole. —Nena, estamos discutiendo.

Sonrió. —Seguiremos después, ahora necesitas un abrazo.

La pegó a él. —La que necesitas un abrazo eres tú.

—También. —Se quedaron así unos segundos hasta que susurró contra su pecho —Me has mentido.

—Tenía que hacerlo.

—Y has usado la memoria de mi padre para acercarte a mí.

—Este monstruoso tatuaje que me obligó a hacer tu padre, debía servirme de algo.

Rio y se apartó para mirar sus ojos. —¿Te obligó él?

—Chico, si quieres ser un dragón hay que empezar por aquí para que seas parte de un todo. Todos somos uno y además cubrirá tu cuerpo enclenque. A ver si así tienes algo que asuste al enemigo. —Sonrió. —Era un hombre increíble.

—Que confió en ti.

—Y a él le debo la vida.

—¿Por eso estás aquí?

Se tensó. —Esto es una misión.

Entendía que no quería decirle que parte de esa venganza también era por su padre. —¿Hasta dónde vas a llegar?

—Hasta el final.

—¿Les tienes?

—Mis hombres han investigado a esa mujer y han conseguido la información que necesitábamos.

Temía preguntarlo, pero mejor cuanto antes. —¿Cuándo será?

—Esta noche.

Sintiendo que su corazón se estremecía, se apartó de él mirando sus ojos. —Así que esto es una despedida.

—Nena, sabías que me tendría que ir.

—Esperaba… —Se dio cuenta de lo que iba a decir y se detuvo en seco. —Creía que aún tardarías un poco en irte, casi no nos ha dado tiempo a estar juntos. Juntos de verdad. —Apretó los labios. —Da igual.

—Te dije que no te enamoraras, eso no estaba en mis planes y no lo estará. Yo no puedo llevar una vida como la de los demás. Ni siquiera como la que llevaba tu padre.

Reprimiendo las ganas de llorar asintió. —Entiendo.

Sacó algo del bolsillo trasero del pantalón y se lo tendió. Era una tarjeta con unos números. —Si algún día necesitas algo, llama a ese número. Se pondrán en contacto conmigo.

Su labio inferior tembló cogiendo la tarjeta y él la cogió por la nuca para besar su frente. —Tú eres lo único bueno que he tenido en la vida, preciosa. —Ella elevó la vista hasta sus ojos y Durko la besó apasionadamente como si quisiera grabársela dentro, lo que provocó que se abrazara a él con fuerza mostrándole cuanto le necesitaba. Durko se apartó poco a poco y cogió sus brazos

suavemente para separarse de ella. —Voy a despedirme de tu madre y de tu hermana.

—De acuerdo. —Él fue hasta la puerta y ella susurró —Pensaré en ti. Envíame algún mensaje de vez en cuando para que sepa que estás bien, ¿vale?

Él la miró sobre su hombro. —Nena…

—Por favor. Solo un mensaje, cualquier mensaje. Yo seguiré con mi vida, pero me estaré preguntando qué ha sido de ti, porque que te vayas no significa que dejes de importarme como yo no dejaré de importarte a ti.

Durko asintió antes de alejarse y sintiendo un dolor lacerante en el pecho, se preguntó si volvería a verle alguna vez. Probablemente no y lo más duro es que estaba segura de que no le olvidaría nunca.

—Vamos, vamos…

Gruñó siguiendo a su hermana entre la marabunta de gente que caminaba por las navideñas calles de Nueva York. —¿Quieres caminar más despacio? —Miró a un lado y se quedó de piedra al ver

el periódico. Se acercó al puesto de prensa lo más rápido que pudo y cogió un ejemplar. *"Resuelto el misterio de los cuadros desaparecidos."*

Abrió el periódico para leer el reportaje mientras el del puesto gritaba —¡Eh, hay que pagarlo!

Su hermana le dio el dinero a toda prisa preocupada por su palidez. —¿Qué dice?

—Que han encontrado los cuadros que ya había pagado el seguro en un almacén en Queens al lado de dos cadáveres que llevaban allí meses. Se habla de ajuste de cuentas. Uno es el de esa mujer de la galería, el otro falta por descubrir su identidad, pero dice que su altura cuadra con la del rubio del atraco. Hablan sobre todo lo que ocurrió aquel día y lo que hicieron para estafar al seguro. —Siguió leyendo. —También habla de lo que nos pasó, de los que murieron… Y me ponen como una heroína por salvar a Viena. —Mierda, ¿por qué sacaban su nombre? Terminó de leer y su hermana se lo quitó a toda prisa para leerlo por ella misma. Preocupada se acarició su vientre de cinco meses.

—¿Es que son idiotas? ¡Por qué sacan tu nombre ahora? ¿Y si queda alguno vivo y la toma contigo?

—¿Por qué iban a tomarla conmigo si yo no he hecho nada? Me han nombrado para rellenar el artículo, supongo. Venga, vamos que aún tenemos mil cosas que hacer. Tengo que encontrar la cuna.

Siguieron caminando mientras su hermana metía el periódico en una de las bolsas. —¿Crees que queda alguno vivo?

—No, los demás estarán muertos en alguna parte —dijo por lo bajo—. Durko no dejaría un cabo suelto.

Su hermana suspiró del alivio. —Menos mal. —La miró de reojo sabiendo que estaba preocupada. —Este mes no te ha enviado la carta y ya estamos a veinte.

Se detuvo en seco y pálida susurró con rabia —Ni lo menciones, ni se te ocurra volver a mencionarlo, ¿me oyes? No ha muerto ni se ha olvidado de mí. Estará en algún sitio remoto donde no puede ponerse en contacto, pero lo hará.

Lisbeth preocupada por su rostro marcado por el dolor asintió. —Vale.

—Ahora vamos a buscar la cuna más bonita de Nueva York.

# Capítulo 9

—¡Dios mío, qué monstruosidad, si te ocupa media habitación! —protestó su madre.

—Me la ha regalado Viena, no he podido negarme. Por cierto, tengo que llamar a la tienda para cancelar el pedido de la minicuna que había encargado.

—¡Devuelve esta!

La miró horrorizada. —Si es preciosa, ¿estás loca?

—¡Si no vas a poder moverte por la habitación!

—Mamá, no me fastidies, ¡la cuna se queda! —De repente recordó algo. —Oh… se volvió y sacó un body de la bolsa poniéndoselo sobre el pecho. Se volvió y rio. —Mira esto.

— "Mi padre es un dragón" —leyó su madre antes de mirarla a los ojos. —¡No es un dragón!

—¡Hasta que no sepa cómo definirle lo será para el bebé! Uy, que mala leche tienes hoy… —Entrecerró los ojos. —Tú has discutido con Paolo.

Su madre se sonrojó dándose la vuelta y la siguió. —¿Qué ha pasado?

—Nada.

—No, nada no, que tienes una mala leche que no es normal.

—Que quiere casarse. Está de un pesado…

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Qué has dicho? Le habrás contestado que sí.

Su madre gimió dejándose caer en el sofá. —Pues no.

—¿Estás loca? ¡Si sois la pareja perfecta! ¡Él hace los espaguetis y tú te los comes! Que por cierto, has subido unos kilitos ahora que no te cortas en esconderte.

—Gracias, hija.

—De nada. Y deja de torturarle porque no es papá y cásate con él.

Se le cortó el aliento mirándola asombrada. —¿Crees que hago eso?

Sonrió con tristeza. —No va a volver, nunca, jamás.

—¡Y el tuyo tampoco!

—¡Pero el mío está vivo en algún lado!

—¡No va a volver! ¿Por qué no te casas tú con Enrico?

—¡Porque no le amo! ¡Pero tú amas a Paolo, lo que pasa es que la sombra de papá no se te quita de encima y tienes que dejar pasar el sol!

—¿Estás leyendo poemas de nuevo? Hija, deja de leer esas cosas.

—¡Hablo en serio! Con Paolo tienes un futuro y te hace feliz. Y tú a él, ¿qué problema hay?

—Que no es tu padre —dijo como si fuera lo más obvio del mundo.

Suspiró sentándose a su lado. —Sé que no es papá.

—No se le parece ni en el blanco de los ojos. En la cama no está mal, pero…

—Mejor no entremos en detalles —dijo a toda prisa—. Mamá, tienes derecho a ser feliz. Que estés con Paolo no significa que olvides a papá.

—¿Tú crees? —Miró al frente. —Me siento como si le traicionara.

—¿Y eso no te pasa cuando te acuestas con él?

Se sonrojó. —Pues…

—Oh, Dios, ¿sientes remordimientos después?

Gimió tapándose el rostro con las manos. —Soy horrible. Traiciono a tu padre y utilizo a Paolo. Y no sé para qué le utilizo.

—Para no sentirte sola, mamá. —Acarició su espalda. —Para sentirte amada y eso no es malo.

—Paolo se va a hartar de mí.

—Si no lo ha hecho ya, dudo que lo haga. ¿Pero acaso no merece él que le quieran de la misma manera que te quiere a ti? Papá querría que fueras feliz.

—No.

—¿Cómo que no?

—No, le daría algo si supiera que estoy con otro. Tu padre era muy celoso.

Entrecerró los ojos. —Ah, ¿sí? No lo recuerdo.

—Uff, como se ponía cada vez que Paolo nos invitaba a una copa si íbamos a cenar a su restaurante. ¡Por eso lo vería como una traición! Diría esto yo ya lo veía venir…

—¿Te molestaría perder a Paolo?

—Claro que sí, ¿pero a ti qué te pasa? Si estoy con él es porque le quiero, pero…

—Ese amor no llega hasta donde crees que tiene que llegar.

—No. No me hace volar como John. —Negó con la cabeza. —No me vuelve loca cuando me toca.

—Bueno, es que ahora ya tienes una edad que…

—¡Niña, no te hagas la tonta!

Sonrió. —Son amores distintos y no es malo que sea así. Nunca encontrarás un hombre como papá, pero eso no significa que no puedas amar a Paolo. ¿Acaso no quieres a tus dos hijas? El corazón es muy grande para llenarlo de amor.

Su madre la miró a los ojos. —¿Si los comparo no hago mal?

—Yo creo que es lo normal. Es lógico que sean distintos y los compares. Pero que se comporten de manera distinta no es malo, mamá. Cada uno tiene su personalidad, lo importante es que Paolo, como papá, quiere hacerte feliz y se dejará la piel para conseguirlo.

Cogió su mano. —Gracias, hija.

—Sé que harás lo correcto y lo mejor para ti. Para ti, tienes que pensar en ti y en lo que sientes al lado de Paolo.

Asintió y miró su pecho donde aún se sostenía el body. —No te ha enviado la carta.

Bufó levantándose. —Si pudiera hablar con él, me oiría, te lo aseguro.

Llamaron a la puerta y chilló —¡Las sábanas, han llegado las sábanas que encargué por internet! —Corrió hacia la puerta y abrió con una sonrisa de oreja a oreja para ver al hombre que se había encontrado en el ascensor del hospital cuando había ido a ver a Viena por primera vez. Perdió la sonrisa poco a poco.

—¿Señorita Fallon?

Palideció asustada. —No, váyase. —Intentó cerrar la puerta, pero él metió el pie. —¡Váyase! —gritó angustiada.

—Tengo algo para usted.

Se le cortó el aliento y abrió a toda prisa para mirarle. —¿El qué?

Metió la mano en el interior del abrigo y sacó un sobre doblado por la mitad. Era mucho más grande que el sobre que le llegaba todos los meses por correo. —¿Qué es esto? —preguntó cogiéndolo.

Él se volvió sin decir palabra y fue hasta el ascensor. Noeleen estiró el cuello para ver como desaparecía y preocupada cerró la puerta. A toda prisa desdobló el sobre y tiró de la solapa para sacar los papeles que estaban escritos a ordenador.

—¿Qué es eso? —preguntó su madre apretándose las manos de la inquietud.

—No lo sé. —Leyó el encabezamiento, pero de lo nerviosa que estaba no entendía nada. Dejó los papeles sobre la mesa de la entrada y miró el sobre de nuevo para ver una hoja escrita a mano. La sacó a toda prisa.

*"Te preguntarás por qué durante este tiempo no te escrito las simples líneas de todos los meses y la razón es que donde estaba no había buzón, nena. Y no quería enviarte un mail que pudiera leer cualquiera. Así que ya lo sabes, estoy bien. Te envío unos papeles para que te encargues de todo, estaré fuera un tiempo y no me fío de nadie, solo de ti y hay cosas que no pueden esperar, necesito que alguien tome algunas decisiones. No te preocupes si no te envío nada en dos meses, todo va bien.*

*Sigues siendo la persona más importante de mi vida, preciosa.*

*Durko"*

Emocionada volvió a leerla y sollozó antes de llevársela al pecho. —Está bien.

Regina sonrió. —Me alegro mucho.

Su hermana preocupada cogió los papeles y los empezó a leer antes de abrir los ojos como platos. —Hostia.

—¡Niña!

—¡Mamá, la ha hecho apoderada de sus activos y pasivos!

A Noeleen se le cortó el aliento. —¿Qué?

—¡Tienes poder para hacer y deshacer lo que quieras con sus posesiones! ¡Más de seis millones de dólares en acciones y un montón de cosas más!

A toda prisa le arrebató los papeles y los leyó atentamente mientras iba hacia el sofá y se dejaba caer. —Dios mío.

—¿Qué? —preguntó su madre intrigadísima.

—Dios mío…

—¿Qué? —preguntó más alto—. Hija, dime algo antes de que me dé un infarto.

Pasó la hoja. —Es cierto y no solo eso… —Asombrada las miró. —Ha hecho heredero al bebé.

—Uy, qué cabreo tiene —dijo Lisbeth por lo bajo mientras la veía gritar al teléfono.

—¿Tú no lo tendrías? Si ni siquiera ha venido para las navidades sabiendo que va a ser padre.

—¡Me importa una mierda! —gritó a la tía que le había contestado después de marcar el teléfono de la tarjeta que Durko le había dado—. ¡Quiero hablar con mi hombre! ¡A mí como si está en un pueblo remoto en la parte más profunda de Afganistán! ¡Hay teléfonos vía satélite! ¡Llámalo ya! —Miró asombrada su móvil. —¡Me ha colgado!

—Hija, es que le gritabas un poco.

—¡Y más que voy a gritar! ¡Lo sabía! ¡Sabía que me había dejado preñada y ni una palabra sobre eso en meses! ¡Es que le voy a estrangular!

—Bueno, tú tampoco se lo dijiste.

—¡Para no agobiarle! —Entrecerró los ojos. —Ahora sí que le voy a agobiar. ¡Le voy a tener agobiadísimo de por vida!

Lisbeth reprimió una risita. —Menuda sorpresa te ha dado.

—Cuando le pille… La persona más importante de su vida. ¡Ja!

El teléfono sonó y se miró la mano sorprendida. —¿Ya?

—¡Cógelo! —gritaron las dos a la vez.

Reaccionó pulsando el icono verde y se lo puso al oído. —Ya puedes tener una buena excusa para esto.

—Hola, nena.

Se emocionó al oír su voz y se tuvo que sentar en el sofá. —¿Cómo estás?

—Ni se te ocurra llorar. Todo va bien.

—Tienes que volver.

—Ahora no puedo.

—¿Dónde estás?

—Es mejor que no lo sepas y como sigas haciendo preguntas tendré que colgar.

Se quedó en silencio y después de unos segundos él suspiró. —Sabías que no era como los demás, pudiste solucionar lo del bebé y no lo hiciste, ahora esto tendrá que ir así.

—Me da igual —susurró reprimiendo las lágrimas—. Solo quiero estar contigo.

—Joder, nena… Esta llamada te pone en peligro —dijo como si estuviera agotado—. No deberíamos tener ningún contacto, esto nos hace vulnerables.

Entendía que sus enemigos podrían enterarse de que iba a tener un hijo suyo y eso era un problema para alguien de su profesión, pues podrían ser objetivos en el futuro. —Lo siento — susurró.

—Escúchame, si ves algo raro, algo o alguien que te llame la atención, quiero que aparentes que todo es normal y de noche enciendas las luces. Cuando aún haya gente en la calle, saldrás por el callejón con tu madre y tu hermana e iréis a la cabaña. Tienes la dirección en los papeles. Allí estarás segura si no te siguen, ese sitio no lo conocen ni mis hombres.

—De acuerdo.

—Esperemos que no tengas que hacerlo. Si tienes algún problema te he dejado un arma bajo el sofá y bajo tu cama. Sé que tu padre te enseñó a usarlas. No te fíes de nadie que sea técnico de cable o lo que sea. Si no le has llamado tú y le conoces no dejes entrar a nadie. Y cambia la mirilla por una electrónica, para ver quien es sin tener que acercarte a la puerta.

—Tranquilo, mi padre nos enseñó algunas cosas.

—Pues ponlas en práctica. Por cierto, el tema del banco está liquidado, aunque el periódico lo ponga en duda. No tienes que preocuparte por eso, aunque sé que ya no estás en la sucursal ese tema está liquidado, ¿entiendes?

—Sí.

—¿Qué tal el nuevo trabajo, nena?

—Me van a ascender.

Él rio por lo bajo. —Es una muy buena noticia, felicidades.

Sonrió con tristeza por no poder celebrarlo con él. Tenían tantas cosas que celebrar... —¿Cuándo podré verte?

—Nunca se sabe, preciosa. Cuídate mucho.

Colgó el teléfono y dos gruesas lágrimas cayeron por sus mejillas. Lisbeth preocupada se sentó a su lado y la abrazó. —Todo

irá bien.

—Va a venir.

El rostro de su hermana mostró su alegría. —¿De veras? ¿Cuándo?

—No me lo ha dicho, pero sé que va a venir. Me ha dicho nunca se sabe, si no fuera a venir hubiera dicho que no. —Sonrió radiante a su madre. —Tenemos que hacer de estas las mejores navidades.

Pero en las navidades no se presentó y no pudo estar más decepcionada, aunque se decía a sí misma que si pudiera ir lo habría hecho y debía tener paciencia. Pero a dos semanas de dar a luz la paciencia se le había agotado a pesar de las cartas que recibía cada mes más o menos. Cartas muy cortas donde decía que estaba bien y esperaba que ella estuviera bien también. Vamos, que no era Cervantes a la hora de explayarse. Sentada en el banco de la ventana de su habitación miraba la calle. Estaba nevando a pesar de estar a finales de marzo. Los niños del barrio jugaban a tirarse bolas de nieve y uno de ellos debió coger una piedra o algo porque otro

empezó a sangrar por la frente. Noeleen hizo una mueca. Leche, qué delicados eran los niños. Cerró los ojos. —Anda, que en menudo follón te has metido por lista —dijo por lo bajo antes de abrir los ojos y levantarse mostrando sus leggins y su gruesa sudadera de Columbia. En calcetines se acarició el vientre—. Sí, tienes hambre, pero ya oíste a la doctora, comes demasiado y… —Se detuvo en seco al ver la puerta de casa abierta y dio un paso atrás. —¿Mamá?

Miró hacia la puerta de la cocina y vio una sombra. Entonces un hombre apareció en el vano de la puerta y al reconocerle palideció. Era el hombre rubio del banco, pero ahora tenía el pelo moreno y su nariz era distinta. Entró en la casa con un largo abrigo negro y al cerrar la puerta vio que llevaba unos guantes de piel del mismo color. —Vaya, vaya… —Cuando escuchó como cerraba con llave creyó que se desmayaba. —Pensaba que no iba a volver a verte. —Volvió la cara hacia ella. —¿Me recuerdas?

—No —mintió dando un paso atrás.

Rio por lo bajo. —Mientes. Eres lista y sabes que debes mentir.

—Fuera de mi casa —dijo dando otro paso atrás.

—Cuando termine lo que he venido a hacer aquí.

Un hombre apareció en la puerta de la cocina. Era el que llevaba el tatuaje aquel día, tatuaje que ya no tenía y era pelirrojo, aunque mucho más delgado, era evidente que habían cambiado su aspecto para engañar a la policía. —Te presento a Peter, mi mano derecha.

—¿Qué hacéis aquí? ¡No tengo nada de valor!

—Salvo tu vida, no te olvides de tu vida —dijo con burla—. Verás, tengo un problema. —Empezó a caminar por el salón mientras el otro la vigilaba y llegó hasta la foto de su padre con su escuadrón. —Un problema que no puedo quitarme de encima y como comprenderás debo hacerlo porque tengo obligaciones. Cuando me contrataron para el trabajo del banco no esperaba tener una garrapata siguiendo cada uno de mis pasos por medio mundo. Como comprenderás debo protegerme. A mí y a los míos.

—Te contrató ella, ¿no?

—Esa estúpida, le dije que no debía dejarse ver por la galería un tiempo. Era buena en la cama, pero tenía poca sesera.

—Tú te quedabas con lo del banco y ella con la galería —dijo con desprecio.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—De alguna manera debía pagarte y estaba arruinada, por eso robasteis en el banco.

—Pues sí, has dado en el clavo. —Cogió la foto de su padre. —Un dragón, impresionante.

—Valía mil veces más que tú.

Rio divertido dejando la foto en su sitio. —Ahora entiendo por qué no me libro de ese cabrón. ¿También es un dragón?

—Es mucho más —dijo con desprecio.

—Te estás envalentonando. Bien por ti.

—¿La caja la buscó ella?

—Desde la galería se ven muchas cosas, clientes que van y vienen. Sabía que Peter Donelly era cliente del banco. Solía ir cada dos semanas. Además de un joyero y varios más que sabíamos que tenían cajas de seguridad.

—Y alguien del banco te dijo los números de sus cajas.

—Exacto. —Sonrió con cinismo. —Fue un buen botín.

—Me lo imagino. Tiene que merecer la pena para matar a tanta gente —dijo con desprecio.

La miró fríamente. —Debería haber matado más. Llama a tu novio, ahora.

—¿Y qué quieres que le diga? —dijo con rabia.

—Que te voy a matar y que te destriparé para sacar al bebé.

Perdió todo el color de la cara.

—Después le llevaré a Tailandia y lo venderé para que en unos años sea el juguete de todos los hombres que puedan pagar su precio. Me darán un buen dinero.

—Solo intentas intimidarme.

Sonrió con maldad. —¿Y lo consigo? Llámale.

—No puedo llamarle, nunca he podido.

—Pues entonces no me sirves de nada. Tendré que matarte para darle una lección, ¿no crees? No soporto que me molesten.

—Muérete —dijo con rabia antes de entrar en su habitación y cerrar con llave. Se volvió para coger la pistola de debajo del colchón cuando se abrió la puerta de una patada y ella empezó a disparar sin ver siquiera lo que hacía. Siguió apretando el gatillo una y otra vez a pesar de no tener balas. Entonces algo la hizo mirar al suelo donde el pelirrojo estaba tirado sobre la alfombra sangrando por la garganta. Parecía que le costaba respirar y temblando se acercó a él antes de recordar al otro. Levantó el arma sin pensar, pero no le vio en el salón. Fue cuando el hombre de Durko entró en la casa con el

arma en alto y ella gritó de miedo disparando aquella pistola una y otra vez a pesar de que no tenía munición.

—Tranquila… —Dejó de apuntarla y se acercó muy despacio. —Todo está bien. Estás a salvo.

Gritó de la rabia tirándole la pistola a la cabeza. —¡Malditos, malditos bastardos! ¡Sois todos unos cerdos!

—Me llamo Harry —dijo como si hablara con una niña. Noeleen se echó a llorar tapándose el rostro con las manos—. No sabíamos que estaba aquí, pensábamos que aún seguía en Bangkok y…

Apartó las manos mirándole con rabia. —Durko me dijo que estaba liquidado.

—No quería asustarte, Noeleen. Creíamos que le habíamos liquidado y pasaron varios días hasta que nos dimos cuenta de que era su hermano gemelo. Escapó de los Estados Unidos con diez millones en diamantes y Durko le ha seguido por medio mundo. Por eso no te dijo nada, no quería asustarte.

Incrédula dio un paso atrás. —¿No quería asustarme? ¿Hay un loco suelto y no quería asustarme?

—Será mejor que le llame.

—No, no te molestes —dijo con desprecio—. Además, quiero que te vayas, no querrás verte implicado en esto.

—Pero…

—¡Fuera de mi casa! Y dile a tu jefe que ya no hace falta que se moleste en enviarme más cartas. ¡Fuera!

Las sirenas de la policía se acercaban.

—¿Seguro que podrás con esto?

De repente sus pies se mojaron y se miró las piernas. Estaba sangrando. Gritó de miedo y Harry la cogió por la cintura intentando calmarla justo cuando llegaba la policía. —¡Mi bebé, mi bebé! —gritó desgarrada. Entonces se dio cuenta de que a Durko, ella y su embarazo no le importaban nada, que la había dejado sola nueve meses con ese peligro y no se había asegurado de que estaban bien. Recordó como en sus brazos se sintió segura y sollozó porque todo había sido un espejismo. Sin dejar de gritar preguntó por qué una y otra vez mientras su mirada iba hacia la foto de su padre con su escuadrón, pero no miró a Durko sino el rostro de su padre que sonreía a la cámara. —Ayúdame, papá —balbuceó antes de desmayarse.

# Capítulo 10

Se despertó en la ambulancia y el miedo regresó llevándose las manos al vientre. Una mujer se puso sobre ella. —Noeleen, ¿me oyes?

Asintió.

—Soy la doctora Gael. No te preocupes, ¿vale? El bebé tiene pulso.

Sollozó del alivio.

—No sabemos los motivos del sangrado, pero de momento hay constantes y se mueve. ¿Sientes cómo se mueve?

Negó con la cabeza. —No.

—Tienes que relajarte un poco, así que voy a sedarte.

—Pero…

—No es bueno tanto estrés. —Alguien inyectó algo en una bolsa que había colgada del techo de la ambulancia y en pocos segundos se sintió mejor.

—¿De cuánto estás?

—Treinta y ocho semanas. ¿Nacerá bien?

—Te aseguro que hay un montón de profesionales en el hospital esperándote, así que no te preocupes.

—Mi madre…

—Seguro que la policía ya la está avisando.

—Dos minutos —dijo la voz de un hombre desde delante.

—¿Si todo va bien por qué tanta prisa?

—Mejor prevenir que lamentar. —Acarició su frente. —¿Ya sabes el sexo?

—Quería que fuera una sorpresa.

—Perfecto. —Encantada le guiñó un ojo. —Será una sorpresa maravillosa.

De repente se abrieron las puertas de atrás y se vio a varias personas que a toda prisa tiraron de su camilla. Increíblemente se sintió relajada y supuso que era por la medicación. Una mujer de hermosos rizos castaños se puso a su lado. —Bienvenida al hospital

central de Brooklyn. —Miró una tablilla con varias hojas. —Soy la doctora Prescott y ahora estás en mis manos. —Miró a alguien al otro lado de la camilla. —Prepararla para una ecografía. —Sonrió a Noelle. —Vuelvo enseguida.

—Mi bebé...

—Tu bebé estará bien, no temas. Antes de que te des cuenta lo tendrás en tus brazos.

Se alejó, pero no pudo verlo porque la llevaron a un box donde una enfermera la ayudó a desvestirse. Se sentía pesada y torpe. Cuando le quitaron los leggins y vio la sangre de sus piernas susurró —Es mucha. Por favor, sacármelo ya. Mi bebé… —Las lágrimas cayeron por sus sienes.

—Shusss… —dijo la enfermera mientras le quitaba la sudadera—. Eso lo decidirá la doctora.

La cortina se abrió y entró la aludida. —Bueno, vamos a comprobar cómo va todo.

—Sangro.

—Sí, y no correremos ningún riesgo, te lo aseguro.

Se sobresaltó al sentir el frío y pasó el ecógrafo por su barriga. —Bueno, aquí está… ¿Sabes el sexo?

—No.

—Pues no diré nada. —Sonrió y pulsó un botón en la consola. Se escuchó el latido. —¿Le oyes? Está bien, pero como estás de treinta y ocho semanas no vamos a correr riesgos. Una cesárea, ya —le dijo a la enfermera—. Que preparen el quirófano.

—Sí, doctora.

La enfermera salió a toda prisa y la doctora siguió pasando el ecógrafo. —Seguramente ha sido el estrés porque no tienes contracciones. Se ha desprendido algo la placenta. Si estuvieras de menos tiempo te dejaría en reposo, pero a estas alturas ya no es necesario.

—Bien.

Le limpió la barriga antes de empezar a ponerle unos parches sobre su vientre. —Subiremos enseguida a quirófano, pero por si acaso no le perdamos de vista. —Encendió una máquina que empezó a sacar un papel lleno de gráficos. La doctora miró el papel y poco a poco perdió la sonrisa.

—¿Qué ocurre? —Entonces sintió un dolor muy fuerte en el vientre y gritó agarrándose la barriga.

La doctora pulsó un botón y sonó una alarma. Un enfermero apareció. —¡Rápido, a quirófano!

Empezó a sangrar con fuerza y esta juró por lo bajo dándose la vuelta para coger una jeringuilla. —¡No hay tiempo! —Clavó la jeringuilla en su brazo. —Tengo que sacarlo cuanto antes. Puede que te duela un poco.

Sollozó. —Haga lo que sea —dijo muerta de miedo.

Sin perder el tiempo la doctora tiró la jeringuilla a un lado y cogió un bisturí.

—No puede hacer eso aquí —dijo el enfermero impresionado.

—¡Tráeme al doctor Newman, rápido!

El hombre salió corriendo mientras dos hombres de bata entraban en ese momento. —¿Qué tenemos?

—No lo entiendo hace un minuto lo había, pero ahora no hay latido.

—¿Qué? —Ni sintió el corte del miedo que la traspasó, pero si sintió que tiraban de su bebé y ahí si se dio cuenta del dolor cuando tocaron la herida para sacarle, fue como si la desgarraran.

—Joder —dijo uno de los médicos elevando al bebé por las piernas antes de pegarle un cachete en el trasero. No lloró y todo en

ella se quedó en suspenso mirándole. —Vamos, vamos… —dijo el médico antes de que entrara otro hombre mucho más mayor y le quitara el niño de las manos para colocarlo sobre el pecho de Noeleen.

En shock vio como con un dedo sobre su cuerpecito empezaba a hacerle un masaje cardiaco y hasta se agachó para soplar sobre su boca. La mano de su hijo estaba sobre su cuello y parecía sin vida, lo que la hizo sollozar. —Vamos cielo, tienes que vivir. Por favor, tienes…

Su hijo empezó a llorar con fuerza y el hombre mayor sonrió. —Muy bien, muy bien. Así me gusta, pequeño.

—¿Está bien? —dijo ansiosa.

La doctora se acercó a ella. —Está en buenas manos. Vamos a subirte a quirófano.

—¿Qué? —Empezó a marearse. —¿Qué ocurre?

—Tienes una hemorragia que hay que detener cuanto antes. —Una enfermera la cubrió mientras la doctora gritaba —¡Traed plasma!

—Estoy bien —susurró—. No hay tanta prisa. —Sonrió sintiendo una inmensa alegría. —Está vivo y es un niño. Mi niño.

Su madre entró en urgencias para ver como empujaban su camilla llena de sangre hacia el ascensor y se llevó la mano a la boca del horror antes de desmayarse.

Cogía la mano de su hija muerta de miedo porque no se recuperara y la puerta de la habitación se abrió lentamente mostrando a Durko, que sin entrar se quedó impresionado por el rostro demacrado de Noeleen.

—Esto es culpa tuya —dijo Regina con rencor mirándole con odio—. Tú y tus mentiras. La dejaste, no la protegiste. La mantuviste ocho meses esperando esas cartas de mierda. Dos frases y ella mantenía la esperanza. Maldito bastardo. ¿Te gustaba tenerla en vilo? ¿Qué estuviera a oscuras sin saber que se jugaba el cuello? ¿Disfrutabas manipulando su destino? ¿Qué sentiste cuando te enteraste de que ibas a ser padre? Padre, esa palabra te queda muy grande. No mereces ese niño y te juro por mi vida que no lo verás siquiera. —Escupió en el suelo ante él. —Mi marido se revolvería en su tumba si supiera cómo la has tratado. ¿Para qué te salvó la vida perdiendo la suya? ¿Para que yo perdiera a mi marido y ahora a mi hija? Maldito cabrón...

Él no dejaba de mirar el rostro de Noeleen. —¿Se pondrá bien?

Regina sollozó. —Tuvo un paro cardiaco en la operación y perdió mucha sangre no saben si se repondrá del todo. Temen… —Se echó a llorar tapándose el rostro con las manos.

Durko apretó las mandíbulas con fuerza y se acercó a Noeleen. Cogió su mano y susurró —Hola, nena. Seguro que no me esperabas, estoy convencido de que ya no esperas nada de mí y no puedo culparte. —Se acercó a su oído y susurró algo que solo ella pudo oír. Se apartó para mirar su rostro. —No me falles, preciosa. —Acarició su mejilla antes de agacharse y besar sus labios. —Te juro que yo no volveré a fallarte.

—Aléjate de mi hija —dijo Regina con ganas de tirarse sobre él.

Durko asintió antes de ir hacia la puerta de nuevo. —Si se despierta, dile…

—¡No pienso decirle una mierda! ¡Largo de aquí!

Se fue cerrando la puerta suavemente y Regina se echó a llorar. —Maldito desgraciado.

—Si me has esperado tanto tiempo es que me amas. No dejes de amarme, somos el uno para el otro —dijo su hija sorprendiéndola.

—¿Hija? —Se acercó a toda prisa. Rio sin dejar de llorar y cogió su mano. —Estás despierta.

—No dejes de amarme, eso me ha dicho. —Volvió la cabeza hacia ella y sonrió con tristeza. —No ha sido un sueño.

—No lo he oído. Te susurró algo y…

Miró el techo intentando no pensar en él, no era justo. —Da igual. No debería ni pensar en él siquiera. ¿Cómo está el niño?

—Bien, le han hecho análisis y pruebas, está bien.

—¿Y qué le ocurrió?

—Por el desprendimiento de placenta no pudo respirar un rato o algo así. No lo he entendido muy bien, cielo. Lo siento. Pero lo que sí que he entendido es que está bien y no hay problemas cardiacos ni respiratorios. No tiene secuelas ni nada por el estilo.

Suspiró del alivio cerrando los ojos. —Estoy cansada.

Regina besó su mano. —Lo entiendo, pero no te duermas todavía, tengo que llamar a los médicos para que sepan que has despertado.

La miró a los ojos. —¿Cómo estoy yo?

Su madre reprimió las lágrimas. —Has estado cuatro días en coma, pero al segundo día empezaste a respirar sola, así que te quitaron el respirador y te controlan esas máquinas. Temían que no te recuperaras por completo porque perdiste oxígeno, tuviste una parada en quirófano y les costó mucho recuperarte. —Sollozó. —Por poco mueres, aunque te han hecho transfusiones y mil cosas más.

—¿Podré tener más hijos?

Regina la miró asombrada. —Pues la verdad, no lo he preguntado.

—John debe tener hermanos en el futuro.

—¿John? —dijo su madre emocionada—. ¿Le quieres llamar John?

—Quiero que lleve el nombre del mejor padre del mundo. A pesar de sus ausencias a pesar de la distancia, demostró con creces millones de veces todo lo que nos quería.

Regina asintió. —No le vas a dar otra oportunidad, ¿verdad?

—No. He ignorado muchas cosas porque le amaba, pero que me mintiera y nos pusiera en peligro no se lo perdonaré nunca. No le quiero en mi vida. —Entonces se dio cuenta que su madre puede

que no supiera lo que había ocurrido y apretó su mano. —¿La policía sabe lo que ocurrió? Eran los del banco, mamá.

—Lo sé, el hombre que trabaja con Durko lo explicó todo a la policía y también habló conmigo. Me ha dicho que ha declarado que es guardaespaldas y que le contrató tu jefe para protegerte.

—¿Y han cogido a ese loco?

—No, cielo —dijo asustada—. Los detectives que llevan el caso siguen investigando. Le vieron entrar y salir de la casa por la cámara que hay en el restaurante de Paolo, pero no han dado con él todavía.

—Nos iremos.

—¿A dónde? Tu hermana tiene clases y casi no tenemos dinero después de gastar los ahorros en el niño.

—Nos iremos, ya se me ocurrirá algo. —Pensó en Viena. Su amiga y su influyente padre la ayudarían a desaparecer.

La policía dijo —Vamos, vamos…

Con su bebé en brazos la siguió con su madre y su hermana detrás. Varios policías de uniforme vigilaban la lavandería del

hospital y la policía vestida con bata blanca las llevó hasta una furgoneta donde se subieron de inmediato mientras Jessica se quitaba la bata y se subía con ellas sacando su arma. —Sentaos en el suelo —ordenó cerrando las puertas.

Lo hicieron y su madre puso la bolsa del niño a su lado. Cuando estuvo cómoda Jessica se sentó también. —Bien, vamos allá. —Cogió una radio que había allí y apretó el botón para decir —Vamos, vamos…

La furgoneta se puso en movimiento y notaron como subían una rampa.

Lisbeth asustada dijo —¿Mamá?

—Todo irá bien, cielo. Lo importante es que estamos juntas.

—Pero Paolo…

Dios mío Paolo, ni se había acordado de él, lo que demostraba que era una egoísta. —Mamá, lo siento no pensé...

—Esto es mucho más importante. Vosotras lo sois todo para mí, no me arrepiento de irme, os lo aseguro.

—Lo siento mucho.

—No es culpa tuya, nada de esto es culpa tuya. —Miró hacia la puerta de la furgoneta. —Es culpa de otros —dijo con rabia.

—Tres minutos —dijo alguien a través de la radio.

—Mamá, aún puedes quedarte, podéis quedaros las dos. Ella tiene un futuro, un…

—Ni hablar —dijo Jessica—. Se irán contigo. Pueden ser sus víctimas solo para hacerte daño. Ya no hay vuelta atrás ni tiempo para arrepentimientos.

Apretó los labios mientras la furgoneta bajaba una rampa. En cuanto frenó se abrieron las puertas y un hombre armado dijo —Abajo, rápido.

Las tres se levantaron a toda prisa y las ayudaron a bajar. —Vamos, vamos…—Corrieron hacia el ascensor y las metieron dentro. Jessica sacó una llave para el panel antes de pulsar el último piso. Las puertas se cerraron y Jessica sonrió. —Os deseo mucha suerte. Recordad, no llamar a nadie, no poneros en contacto con nadie. Ahora tendréis nuevas identidades. Sobre todo lo digo por ti —dijo a su hermana—. Nada de redes sociales, nada de llamaditas a las amigas por las que puedan localizarte, ya no eres Lisbeth, ¿entiendes?

—Sí, no soy tonta. Iba a ir a Harvard, ¿sabes?

Se le cortó el aliento por todo lo que iba a renunciar su familia. —La universidad, no podrás…

—No pasa nada. Le cogerán —dijo convencida—. Y podremos regresar a nuestras vidas.

—Dios te oiga —dijo su madre.

Las puertas se abrieron y el helicóptero ya estaba encendido pues sus aspas giraban. —¡Mantengan las cabezas agachadas! —gritó un hombre con un mono y unos cascos grises en las orejas.

Jessica dijo —Suerte.

Cubriendo la cabeza del niño caminaron tras el hombre y se subieron al helicóptero antes de que se dieran cuenta. Un minuto después se elevaban y ella miró por la ventanilla para ver como Viena y su padre se acercaban a la pista y se despedían con la mano. Emocionada por todo lo que las habían ayudado se despidió y les lanzó un beso.

—Dios, esto es horrible —dijo su madre agarrada al asiento como si eso le sirviera de algo si aquello se cayera.

—Pues a mí me encanta. —Su hermana emocionada miró por la ventanilla. —¡Mira, el Empire State!

—Ay madre, que vomito.

—Mamá, piensa en otra cosa —dijo mientras se ponía verde —. Piensa en… Lo que odias a Durko.

—¡La madre que lo parió! ¡Mira donde estamos porque no sabe matar como Dios manda!

Reprimió una sonrisa porque en los últimos días no dejaba de despotricar contra él para desahogarse. Y lo conseguía. Miró por la ventanilla, ella no tenía esa suerte porque la rabia había dado paso a la pena. Ahora tendrían que empezar de nuevo, adiós a sus amigos y a todo lo que conocían para irse a un lugar que ni ellas sabían. Daba miedo, pero como decía su madre lo importante es que estaban juntas.

Sentada en el porche se tapó con la gruesa chaqueta de lana.

—¡Oh, por Dios hace un frío que pela y la chimenea no tira! —exclamó su madre desde la cocina.

—Mamá, no te quejes, tenemos porche.

—¡A la mierda el porche, a la mierda esta casa donde nada funciona y a la mierda Wisconsin! ¿Quién fue el cabrito que decidió que teníamos que vivir aquí en medio de la nada? ¡Porque me lo

cargo! ¡Si no se puede ni respirar del agobio por estar viviendo en esta tumba donde no deja de llover!

No hacía más frío que en Nueva York en otoño, pero lo malo es que estaban a un paso del verano. Mirando la lluvia pensó que no le extrañaba que su madre estuviera tan negativa, era para estarlo. Aquel sitio era horrible, solitario y la casa se caía a pedazos. Vio como llegaba el autobús del instituto y su hermana se bajó enfurruñada como de costumbre cubriéndose con la capucha los cascos que llevaba puestos. Aunque al principio había hecho que no era para tanto su situación, lo estaba pasando mal porque no tener amigos y empezar en el instituto nuevo le estaba costando bastante. En cuanto se acercó y vio que estaba en el porche forzó una sonrisa como si no pasara nada. —Hola.

—Un mal día, ¿eh?

—Qué va. —Entró en casa. —Hola, mamá.

—¿Lisbeth?

Su hermana abrió la mosquitera para salir de nuevo al porche ya sin la cazadora. —¿Dónde está el niño?

—Dormido en el salón. Ven aquí.

Fue hasta ella a regañadientes y se sentó en la barandilla del porche. —¿Qué?

—¿Qué ha pasado? Sé que estás disgustada.

—Me han puesto un seis en matemáticas.

Separó los labios de la impresión. —¿Qué has dicho?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —En Nueva York en ese examen había sacado un diez, pero aquí me han echado la bronca ante todos porque la profesora dice que no puede demostrar que he copiado, pero que seguro que lo he hecho.

—¿Por qué piensa eso? —preguntó indignada.

—Porque todo era correcto.

—¿Te han puesto un seis porque todo era correcto?

—Sí. Dice que siento rubita no puedo ser tan lista.

Separó los labios de la impresión y escuchó la mosquitera. Su madre salió con cara de mala leche. —Mamá, me encargaré yo.

—Sí, hija —dijo con ganas de sangre—. ¡Porque como me encargue yo, salimos en los periódicos!

Miró a su hermana a los ojos. —¿Te ha ocurrido algo con alguien más? —Lisbeth agachó la mirada. —Cuéntamelo, cielo.

—Hay una chica que no me traga desde que llegué, porque en la clase de historia le preguntaron algo de la guerra civil y no lo sabía. No lo sabía nadie, así que levanté la mano y contesté la fecha con lo sucedido en esa fase de la guerra. Milly se lo tomó fatal porque al parecer la había dejado mal ante todos y ahora se dedica a hablar mal de mí cuando ni me conoce.

—Eres de Nueva York y de Brooklyn, hija, ¡tienes más pelotas que esa panda de paletos! —protestó su madre.

—¡Sí, pero da la casualidad que cuando me puse chula apareció el director que es su padre y se lio! ¡Casi me expulsa! Así que mi fama entre los profesores ha caído en picado y la zorra de la señorita Garret me tiene entre ceja y ceja.

—¿La señorita Garret es la de matemáticas? —preguntó muy seria.

—Sí. Ah, y esta mañana me llamó el director. No ha llegado mi expediente académico falsificado ni sin falsificar y dice que como no aparezca llamará a mi antiguo instituto. Que todo esto ya le está pareciendo muy raro y que seguro que hay algo ilegal, que en el pueblo se rumorea que somos delincuentes o algo así porque aparecimos de la noche a la mañana por aquí y nadie se muda a esta mierda de sitio sin conseguir primero un trabajo en la fábrica.

Se preguntan de qué vivimos, pues llevamos dos meses aquí y no has buscado trabajo.

—¡Estoy de baja por maternidad! ¿No saben lo que es?

—Normalmente cuando estás de baja se tiene un trabajo, Noeleen.

—Llámame Dalia, por favor.

—¡No quiero!

—Cielo, es para que te acostumbres.

—¡Cómo me voy a acostumbrar a que me llamen Lucrecia!

—La verdad, el que hizo la documentación falsa se lució —dijo su madre como si fuera una desgracia enorme—. Chicas recemos para que se carguen a ese tipo cuanto antes para salir de aquí cagando leches.

—Sí —dijo Noeleen deseándolo porque aquello empezaba a agobiarla muchísimo—. Pero mientras tanto iré a hablar con el director y con esa que va de lista.

—No servirá de nada —dijo su hermana desmoralizada.

La vio entrar en la casa y apretó los labios porque todo lo que se había esforzado, todo lo que había luchado no había servido de nada y no podría cumplir su sueño por culpa de ese mamón que

todavía no habían encontrado. Entrecerró los ojos preguntándose si las seguiría buscando. En realidad, buscaba a Durko. Subió los escalones y fue hasta su habitación. Miró por la ventana, el prado infinito hasta las montañas que había a unos diez kilómetros y sin una sola vivienda a millas a la redonda. Su padre diría que era un sitio perfecto para una trampa. Se vería llegar a cualquiera. ¿Sería capaz? De inmediato pensó que sí, ya había matado antes y no le costaría apretar el gatillo contra ese cabrón si le tenía a tiro, haría lo que fuera con tal de recuperar sus vidas. ¿Lo que fuera? ¿Hasta traicionar a Durko?

# Capítulo 11

El viernes llegó al instituto con su mejor vestido bajo un abrigo marrón que había tenido que comprar de segunda mano y puso una sonrisa en su rostro subiendo los escalones de la entrada. Tiró de la puerta y entró. Leche, era bonito, mucho más que su antiguo instituto. Caminó por un pasillo y vio un letrero que ponía secretaría. Bueno, allá iba. Entró en la estancia y había dos secretarias en sus mesas. Una miró hacia ella y sonrió. —Buenos días.

—Buenos días. Soy Dalia Rexford y me gustaría hablar con el director sobre la pésima enseñanza que le están imponiendo a mi hermana.

La mujer perdió la sonrisa de golpe. —¿Cómo dice?

Se acercó al mostrador. —Mira bonita, mi hermana es una estudiante de matrículas de honor, presidenta de su antiguo consejo escolar y futura estudiante de Harvard con beca completa. ¿Un seis? ¡Mi hermana no ha visto un seis en su puñetera vida! —gritó sobresaltándola—. ¡Así que ya estás llamando a ese tuercebotas porque me tiene que explicar muchas cositas!

La otra mujer se levantó. —Está dando clase.

—Para lo que debe hacer en esa clase más vale que salga de ella de inmediato y venga hacia aquí, porque sino es así llamaré a la asociación de padres, a los que dirigen este distrito escolar y a quien haga falta, ¿me he explicado con claridad?

Esta salió casi corriendo de la sala y Noeleen sonrió. —Ya sabía yo que me entenderíais.

—Puede sentarse si quiere.

Miró las sillas que le ofrecía y ella resuelta pasó de ellas para ir hacia el despacho del director. —Aquí le espero.

Fue hasta la pared para ver los títulos y gruñó porque se había graduado allí, así que le conocían desde que llevaba pantalones cortos. Se volvió y vio como entraba un hombre con camisa de manga corta y corbata. Al parecer ese no tenía frío y no le

extrañaba porque allí la calefacción estaba a tope, pero había que ser hortera, estaban en el siglo veintiuno, por el amor de Dios. Cómo echaba de menos Nueva York.

El hombre fue hasta su despacho. —Soy el señor Corliss.

—Sí, ya, ya —dijo como si le importara un pito su nombre—. Lucrecia es mi hermana y es una estudiante brillante. Así que ya me está explicando por qué aquí le están poniendo unas notas tan bajas.

—Si no ha dado la talla…

—¿Perdone? ¡Son ustedes los que no dan la talla! ¡Al parecer mi hermana tuvo un problema con su hija los primeros días de clase y la están tomando con ella!

—Eso no es cierto, su nivel deja que desear. Tengo entendido que viene de Nueva York y…

Levantó la mano acallándole. —¿Qué ha dicho? ¿Que el nivel de mi hermana deja que desear? Discúlpeme un momento. —Salió del despacho caminando como si fuera a la batalla y salió de secretaría mientras todos estiraban el cuello. —¡Lucrecia! —gritó bien alto.

Caminó por el pasillo y el director corrió tras ella. —No puede gritar así.

—Claro que puedo. ¡Lucrecia!

Una puerta del fondo del pasillo se abrió y salió Lisbeth con cara de sorpresa. —¿Pero qué pasa?

—Ven aquí.

Su hermana corrió mientras otras puertas se abrían y los profesores sacaban la cabeza. —¿Qué pasa, que no tienen nada que hacer y se distraen con una mosca? ¡A dar clase!

Entraron y cerraron la puerta. Pues sí que había heredado algo de su padre, sí. Su mala leche. Pues iba a ponerla en acción. Su hermana llegó a su lado. —¿Ha ocurrido algo?

—Sí que ha ocurrido, aquí… este del que no recuerdo el nombre…

—Señor Corliss y estoy a punto de echarla a la fuerza del instituto.

—Sí, ya, ya… Pues dice que tu nivel deja que desear. —Se cruzó de brazos.

—¿Que ha dicho qué? —preguntó ofendida.

—Pregúntele lo que quiera.

—Esto no es un examen.

—Dice que no tiene el nivel. Pregúntele lo que quiera del temario. Porque usted se sabe el temario, ¿no?

El hombre apretó los labios. —Explica la composición de una molécula de ARN.

Su hermana bufó como si eso estuviera chupado. —Consiste en una molécula en forma de cadena simple de nucleótidos, ribonucleótidos, formados a su vez por azúcar, un fosfato y una de las cuatro bases nitrogenadas que componen el código genético: adenina, guanina, citosina o uracilo.

El hombre se enderezó.

—Por cierto, eso todavía no lo han dado aquí, ¿no es verdad?

—Así que hace trampa, hermana. Es evidente que quería dejarte mal ante mí. —Miró hacia él con sorna. —No podrá. Pregunte.

—¿Quién fue Aristóteles?

Lisbeth soltó una risita como si fuera idiota y ella gruñó. —Es lo máximo a lo que puede llegar, tira.

—Fue un polímata que nació en Estagira en el 384 antes de Cristo. Era filosofo, lógico y científico en la antigua Grecia y sus ideas

han tenido una enorme influencia en la historia intelectual de occidente por más de dos mil años. Fue discípulo de Platón y…

—Está bien, déjalo —dijo el director muy incómodo.

Noeleen le miró fríamente. —Creo que ya se ha dado cuenta de lo que ocurre aquí, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues espero que no pase más porque no pienso consentirlo. No ha trabajado tanto todos estos años para que usted y sus profesores de mierda destrocen sus esfuerzos. Recibirá la nota que merece y más le vale que sea así. Cielo, puedes irte a clase.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Orgullosa vio como regresaba a su clase y cuando cerró la puerta miró al director. —Ha elegido mal a su enemiga, payaso —dijo fríamente antes de dar un paso hacia él—. ¿Por qué no elige un enemigo de su edad? ¿Le gusta aprovecharse de los estudiantes indefensos? Pues ella no está indefensa, se lo aseguro. Por cierto, ¿sabe dónde se puede comprar por aquí un arma? Ahora vivimos en Wisconsin, tengo entendido que todo el mundo tiene una escopeta de caza. Y sé usarla, mi padre era militar, ¿lo sabía? —Él ni sabía qué

decir y sonrió. —No, claro que no lo sabía, pero ahora ya lo sabe. Que tenga un buen día.

Con una sonrisa satisfecha en el rostro salió del instituto sabiendo que todo estaba en marcha.

Llegó a casa en la vieja camioneta y frenó ante el porche. Su madre salió con el bebé en brazos bien tapadito, porque aunque por un milagro ese día no llovía hacía incluso más frío que el día anterior. —¿Le has dejado las cositas claras?

Salió de la camioneta. —Clarísimas.

—Así me gusta, hija. Que no crean que porque somos nuevas nos van a tomar el pelo.

Abrió la puerta de atrás y sacó dos rifles. Su madre abrió los ojos como platos. —Hija, seguro que el director toma medidas —dijo como si hablara con alguien que está a punto de perder un tornillo —. Seguro que ahora todo irá bien.

—No es para el instituto, mamá. Es para protegernos. —Se puso los dos rifles bajo el brazo y cogió la munición. —Leche, no tengo manos.

Su madre apareció a su lado de repente y jadeó por el armamento que había así a la vista de cualquiera. —¿De dónde has sacado esto?

—Lo he comprado. No imaginaba que aquí fuera tan fácil hacerse con un arma, pero he enseñado mi licencia de conducir y me han dado todo esto. Este estado es un chollo.

—Hija…

—No pasa nada, mamá.

—¿Qué está pasando por esa cabecita tuya?

—Quieres volver a casa, ¿no?

—Ay, madre… ¡Hija, que ya te han pegado un tiro y te has salvado dos veces de milagro!

La besó en la mejilla. —Tranquila, no estaremos solas.

—¿Qué has hecho? —preguntó histérica mientras iba hacia la casa.

—Mamá, si vas a ayudarme es mejor que dejes a Johnny en la cuna.

—No voy a ayudarte.

—Tengo granadas.

—¿Granadas?

—Sí, seguro que viene más de uno. ¡Ese tipo es un cobarde de mierda, no vendrá solo! —gritó desde el interior de la casa antes de salir de nuevo para ver la cara de pasmo de su madre—. Tenemos que matarle, no tenemos otra opción para volver, así que le he tendido una trampa a Durko, que es a quien quiere en realidad.

—¿Una trampa a Durko?

—El director llamará a Nueva York para dar con el instituto de Lisbeth. Con sus notas y su desaparición no le será difícil encontrar su distrito escolar y terminará llamando al antiguo centro de la peque en Brooklyn para intentar jodernos, porque se nota que es un rencoroso de primera. Durko tiene gente que se encarga de piratear ordenadores, seguro que tiene alguien siguiendo nuestro rastro. En cuanto se entere de que estamos aquí vendrá.

—¿Y el otro? ¡Porque es de los que huyen y puede que no tenga pinchado el ordenador del instituto!

—Oh, el otro se enterará también.

—¿Cómo estás tan segura?

—Mamá, tienen la misma formación militar. Claro que vendrá, pero por si acaso le he enviado un mensaje.

—¿A dónde? —preguntó pasmada viendo como cogía tres pistolas y una cajita—. ¡Por Dios, ten cuidado!

—Están descargadas, mamá. He llamado a alguien para que le dé el mensaje.

—¿A quién?

Se detuvo para mirarla. —A Berta.

—¿La del banco? —preguntó pasmada.

—Le he dicho que debe decirles a todos que estoy en Wisconsin. El topo del banco se lo dirá a él.

—El topo del banco —susurró su madre pensando en ello—. Eso será si no le mató el día del atraco.

—Es una posibilidad, pero no te pongas negativa, ¿quieres?

—Hija, ¿estás perdiendo la cabeza con tanto frío? ¿Es por el humo que salió de la chimenea cuando intentaste encenderla, que te ha intoxicado o algo así?

Puso los ojos en blanco entrando en la casa. —¿Sabes que ahora dirige ella el banco? Mi plan de sisar seis mil dólares dio resultado.

Su madre pasmada entró en la casa. —¿Tu plan de qué?

—Oh, era algo que habíamos planeado juntas, pero al final lo hizo sola porque yo me fui, claro —dijo dejando las pistolas sobre la encimera de la cocina. —Y consiguió librarse de ese inútil y quedarse en su puesto, ¿a que es genial?

—Ajá…

—Berta me echará una mano. Si al final era Melissa la que estaba implicada todo será muy fácil. —Puso los brazos en jarras. —¿Dónde te pongo la pistola para que la tengas a mano?

—La llevaré en el bolsillo.

—Genial, cuanto más cerca mejor. Pero acuérdate que la llevas antes de coger al niño, ¿vale?

—Hija, necesitas un Valium.

—¡No!

—¡Pues esto no es normal!

—Lo que no es normal es tener que llevar esta vida de mierda para cubrirnos el trasero y ya estoy harta.

—¡Tú quieres volver a ver a Durko!

Jadeó asombrada. —¿Eso piensas?

—¿Entonces por qué quieres verle?

—Porque si viene y le ven aquí, ese malnacido decidirá actuar cuanto antes para no perderle, por eso. La última vez sabía de sobra que estaba embarazada de él, pero solo vino cuando Durko hizo algo que le sacó de sus casillas. No puedo esperar a que decida vengarse de él a través de mí otra vez, además estaríamos con el alma en vilo, pero con Durko aquí no querrá perder la oportunidad de matarle.

—Usarás a Durko de cebo para que todo ocurra cuanto antes.

—Exacto. —Sonrió maliciosa. —Así que cuando veas al padre de tu nieto, recíbele con los brazos abiertos. Tiene que quedarse hasta que llegue ese mamón.

El domingo estaban las tres sentadas a la mesa para la cena sin probar bocado. Se miraron de reojo. —¿Y si no da resultado? —preguntó su hermana.

—Claro que dará resultado. Tiene que estar al llegar.

—Cuando llegue Durko resístete —dijo su madre—. Que vea que estás cabreada, porque sino no se lo tragará.

—Tranquila, que pienso pegarle un tiro. —Ambas la miraron asombradas. —¿Qué? Así tendrá que quedarse.

—Qué buena idea —dijo su hermana antes de sonreír radiante—. Qué inteligencia tiene esta familia.

—Claro que sí.

—Hija, ¿estás segura?

—Claro.

—¿Segura, segura?

—Que sí, mamá. —Entonces escuchó algo que la puso alerta y se levantó a toda prisa cogiendo la pistola del cajón de la cocina. —Mamá, arriba con el niño.

Su madre salió corriendo mientras su hermana con otra pistola en la mano se acercaba a la ventana y agachada levantó una esquina para mirar. —Cuatro por cuatro negro.

—¿Solo uno?

—Sí.

Se acercó a la puerta principal y la abrió dejando cerrada la mosquitera. Se pegó a la pared mirando el espejo que habían puesto para tener visión de las escaleras del porche. El coche se detuvo ante la casa y al cabo de unos segundos apagó el motor. Todavía no

había anochecido y le veía perfectamente tras la luna del vehículo. Apretó los labios cuando vio que Durko decía algo por lo bajo antes de abrir la puerta. Bajó y la cerró mostrando unos viejos vaqueros y una camiseta negra. Mirando el espejo intentó controlar su corazón que empezó a latir alocado. Tenía que hacerlo, por su familia tenía que hacerlo. Se volvió de golpe con el arma en alto y disparó sin pensar. Él la miró sorprendido antes de bajar la vista hacia su pierna.
—¡Hostia, nena! ¡Me has disparado!

¡Le había dado!, pensó loca de la alegría. Uy, sangraba mucho. —¿Estás bien?

—¡Cómo voy a estar bien, joder! —Se apoyó en el coche. —Nena, trae un cinturón.

Al ver que sangraba muchísimo se asustó. —¿Qué pasa?

—Me has dado en la femoral. ¡Trae un cinturón!

—¡Pero si pareces tan pancho, cómo voy a haberte dado en la femoral! —gritó histérica.

—Nena, tranquila.

Lisbeth apareció con el teléfono en la mano. —Sí, un disparo accidental. —Corrió hacia Durko con el cinturón en la mano. —¡Creo

que ha rozado la femoral, fuerte hemorragia! —Tiró el teléfono a un lado y le puso el cinturón en la pierna. Apretó con fuerza.

Su madre apareció en la puerta. —La que has liado.

La miró horrorizada. —No se va a morir, ¿no?

—Túmbate en el suelo. Hay que elevar tus piernas —dijo su hermana.

—Qué bien lo hace, va a ser una doctora de primera. —Su madre hinchó el pecho orgullosa. —Hija, no la espichará, ¿no?

—Puede, mamá.

—¿Cómo que puede? —Noeleen bajó los escalones de un salto. —Si fue un rocecillo de nada.

—Joder, nena. —Se le dobló una pierna y cayó al suelo.

Gritó de miedo y se agachó a su lado mientras su hermana le cogía de las botas para elevar sus piernas. —¡Mamá, llama de nuevo a emergencias que este se nos va!

—¡No te puedes morir! —le gritó Noeleen en la cara—. ¿Pero en qué estás pensando? Ni se te ocurra, ¿me oyes? ¿Has venido para morirte? ¡Eso no puede ser!

Sonrió. —Hola, nena.

—¿Hola? —Le agarró de la camiseta. —¡No te mueras!

—Haré lo posible. —Acarició su mano. —Al fin te he encontrado, no puedo dejarte escapar de nuevo.

Se emocionó. —Lo dices como si te importara y no te he importado nunca.

—No puedo culparte por pensar eso —dijo antes de cerrar los ojos como si se mareara, pero cuando ella iba a decirle algo la miró de nuevo—. Me alegra verte tan bien.

—¡Pues yo no me alegro de verte en absoluto! —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Pero no te mueras. ¿Cómo voy a explicarle a John que he matado a su padre? —Sollozó. —¡Si ha sido un tiro de nada!

—¿Cómo que John? —preguntó pasmado.

—¿Acaso sé tu verdadero nombre? ¡Pues eso!

—Joder… —Cerró los ojos.

—No te desmayes.

Se escucharon las sirenas de la ambulancia y la policía.

—Nena, me llamo Lester.

Parpadeó sin poder creérselo. —Estás de coña.

Él rio por lo bajo negando con la cabeza. —No, me llamo Lester.

—Arrea, pues no te pega nada —dijo su madre.

—Mejor te sigo llamando Durko. —Noeleen miró hacia la carretera. —Ya están aquí, cielo.

—Estupendo, porque me voy a desmayar.

Y dicho y hecho se desmayó en ese momento. Las tres parpadearon. —Qué bien les enseñan a conocer su cuerpo —dijo Regina—. Tu padre también sabía de estas cosas. Una vez…

—Ahora no, mamá.

# Capítulo 12

Sentada en la sala de espera miraba impaciente hacia la puerta por donde se suponía que saldría el médico. Su madre y su hermana se habían quedado en casa para cuidar al niño y vigilar por si llegaba el otro. Uff, aquello era un imprevisto, porque no sabía cuánto tiempo se quedaría Durko en el hospital y eso la obligaba a estar a su lado para protegerle. Eso si es que no se moría. Por favor que no se muera, que no se muera. ¿Cuánto llevaban ahí dentro? ¿Tanto cuento para sacar una bala? A ella le habían sacado el niño en un visto y no visto. Es que de verdad… Lo siento papá, pero yo no estoy hecha para esto. ¿Cómo conseguías no ponerte nervioso en estas situaciones? Por favor, papá ayúdame.

Un médico salió vestido de verde y se quitó el gorro antes de mirarla. —Familiar de Durko Patterson.

—Soy la madre de su hijo.

Él sonrió. —Y la que le ha pegado el tiro.

—Es que llegó sin avisar… Cosas que pasan.

—Entiendo, pues no tiene que preocuparse porque todo va bien. —Ella suspiró del alivio dejándose caer en el asiento de plástico. —Además, está increíblemente bien de forma física, así que no creo que haya ningún problema.

—¿Cuándo podré llevármelo a casa?

—Si todo va como espero, en un par de días o tres. Depende de si le sube la fiebre.

—Venga ya…

El cirujano la miró sorprendido.

—Es un hombre acostumbrado a caminar por la selva estilo Rambo, le aseguro que no le va a subir la fiebre. Mejor me lo llevo en cuanto lo saquen de ahí.

—Eso no va a ser posible porque aún está sedado —dijo divertido—. Así que Rambo se queda.

Y sin más se largó dejándola con la palabra en la boca. —Mierda. —Sacó el móvil y llamó a casa. —¿Mamá? Tenemos un problema.

Cuando Durko se despertó allí estaban las tres con el niño en un capazo a los pies de la cama. —Hostia, debo estar muriéndome para que tu madre me sonría.

Regina perdió la sonrisa de golpe. —Pues no, no te mueres, lo que es una pena.

Él sonrió como si estuviera agotado y Noeleen se sentó a su lado. —¿Estás bien?

—Esto no es nada.

Su mano acabó en su muslo y ella miró hacia allí antes de carraspear, pero Durko se hizo el loco.

Se levantó de golpe. —¿Cómo nos has encontrado? —Abrió los ojos como platos hacia su hermana antes de volverse.

Lisbeth reprimió una sonrisa. —Eso, ¿cómo nos has encontrado? La policía se ha gastado un montón de pasta para protegernos y llegas tú como si nada.

Él suspiró. —El instituto al que vas ahora se puso en contacto con el de Brooklyn.

—Mierda —dijo su hermana exageradamente—. No enviaron el expediente a tiempo.

—Exacto. Nena, ¿tenemos que hablar de esto ahora?

—¡Pues sí! ¡Porque si me has encontrado tú puede encontrarme él!

—Por eso he venido.

Jadeó. —Ah, que solo has venido por eso. ¡Tu hijo te importa un pito!

—No, nena… —dijo entre dientes—. No me importa un pito. Por cierto, ¿dónde está? ¿Le habéis dejado solo?

Entonces se escuchó un gorgorito y Durko levantó la cabeza. Su hermana se agachó para cogerle en brazos. —Leche, le has despertado.

Las tres le fulminaron con la mirada. —¿Yo? —Estiró el cuello. —¿Puedo verle? —Mirando su manita regordeta dijo —Ha crecido mucho en dos meses.

—Es lo que tienen los niños, que crecen —dijo Regina ácida.

—Sí, señora. Lo sé, porque yo no nací así. Nena, ¿me lo acercas? —dijo impaciente.

Bufó cogiendo al niño de brazos de su hermana. —Shusss cielo, no te asustes, es así, qué se le va a hacer. —Giró el niño para que lo viera. —¿Ves? Es como tú —dijo entre dientes.

Él sonriendo encantado alargó la mano y tocó su pie cubierto con un calcetín rojo, lo que la molestó muchísimo porque antes no le había importado un pimiento. —¿Puedo cogerlo?

Gruñó y él apretó los labios. —Déjalo.

Mosqueada pulsó el botón de la cama que se empezó a elevar poco a poco. Él sonrió y alargó los brazos. Se lo colocó con cuidado y al ver como su hijo miraba hacia él se le encogió el corazón. Se miraron durante varios segundos y Durko pasó su índice por su mejilla haciendo que sonriera.

—Es como si te conociera —dijo Lisbeth impresionada.

—Me conoce y me recuerda. Le vi en el hospital.

—¿De veras? —preguntó Noeleen mosqueada y algo celosa, la verdad. —No lo sabía. —Miró a su madre que se encogió de hombros.

—Hola, John —susurró—. ¿Me echas una mano? Tu madre está algo cabreada.

Gruñó cruzándose de brazos. —Por algo será, ¿no?

—Nena, no te conté la verdad porque no quería asustarte.

—Me has mentido en todo.

Él hizo una mueca y le dijo a su hijo —¿Ves como no me traga? Y yo que todo lo hice por su bien. No como ella, que ha vendido mi casa sin decirme nada.

Se sonrojó. —Para lo que la usabas, revisé las facturas de la luz de los últimos dos años y apenas estuviste allí tres meses en todo ese tiempo. Te he quitado un peso de encima.

La fulminó con la mirada. —Nena…

—¡Me tenías harta! Me dejaste al cargo de tus propiedades, ¿no? ¡Pues habértelo pensado mejor!

—La vendiste con todas mis cosas dentro —dijo mosqueado.

—¿Y? Si quieres fotos pídeselas a tu hermana. ¿La recuerdas? Se llama Viena.

—Al parecer te ayudó mucho.

—Yo te lo conté todo y te dije la verdad.

—Lo sé, nena.

—¡Y me tratas así! ¡Y no solo me mientes, sino que ni viniste a verme cuando estaba preñada de ti! ¡Y lo sabías! ¡Me tenías vigilada y lo sabías! ¡Como también sabías que ese loco vendría a por mí! ¡Por cierto, tienes un equipo que son unos inútiles de mierda porque entraron en casa!

—Y te aseguro que lo están pagando todavía.

—¡Tenías que haber estado tú! Pero como te importaba tan poco mejor que se encargasen otros. Míralo. —Él apretó los labios. —¡Míralo! ¡Casi se muere por tu culpa!

—Y no sabes cómo lo siento. Creí que os dejaba en buenas manos y no fue así. Se confiaron y lo pagasteis vosotros.

—Te odio —dijo con rabia—. No te lo mereces. —Se lo cogió de sus brazos.

—Nena… —Apretó los labios. —Se acabó.

—¡Claro que se acabó, lo he acabado yo! Te quedarás mientras te curas, pero después te largarás para siempre, ¿me has entendido?

—Te entiendo, pero no lo acepto.

Le miró sin comprender. —¿Cómo?

—Cuando he dicho que se acabó me refería a mi trabajo. Solo queda una cosa pendiente y la resolveré, te aseguro que la resolveré.

Sorprendida preguntó —¿Qué quieres decir?

—He disuelto la unidad.

Separó los labios de la impresión. —¿Qué has dicho?

—Ya no haré más trabajos.

—La leche —dijo Regina impresionada.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó sin pensar.

—Pues mis planes más inmediatos son que nos casemos y comprar casa en Nueva York, porque estoy seguro de que querrás continuar con ese trabajo que sé que te encanta.

A Noeleen se le cortó el aliento mientras seguía hablando. —Después me dedicaré a la seguridad en las empresas del señor Harrison. Un trabajo seguro y bien pagado. Aunque sabes que no necesito el dinero, nena. Nunca más tendrás que preocuparte por él.

Estaba a punto de cortocircuitar. —¿El señor Harrison te ha contratado? ¿No cree que eres un inútil?

—Nena… —dijo entre dientes—. De hecho, considera que he hecho muy buen trabajo.

—¡Se te escapó el más peligroso! —dijo atónita—. ¿Cómo es posible que te dé un empleo? ¿En mi empresa? Ni hablar.

—No es tu empresa. ¿Me dejas el niño?

Gruñó poniéndoselo en brazos. —Y no quiero que te quedes en Nueva York. Búscate otro sitio.

—Sería un matrimonio muy raro —dijo su hermana con burla —. Si tú vives en un sitio y él en otro, ¿no crees?

—¿Qué?

—Hermana, ha dicho algo de casarse. Ya sabes lo que es, eso que se hace con un bodorrio, vestido, luna de miel...

Asombrada miró hacia él. —¿Qué?

—Empezaré de nuevo. Mis próximos planes son que nos casemos…

—Ey, ey… —Dio un paso atrás espantada. —Para el carro.

Se la comió con los ojos. —¿No quieres otro niño con lo guapos que nos salen?

Apretó los labios y Durko perdió la sonrisa poco a poco mientras sus preciosos ojos azules se llenaban de lágrimas. —¿Nena?

Salió corriendo de la habitación y Lisbeth se acercó para cogerle el niño. —¿Qué pasa?

—Imbécil —dijo Regina saliendo de la habitación tras su hija.

—¿Pero qué he dicho?

Lisbeth le dijo con desprecio —¡No te la mereces y no te perdonará nunca, así que reponte, lárgate y deja de dar por culo!

Salió de la habitación dejándole solo y Durko imaginándose lo que había pasado, juró por lo bajo llevándose las manos a la cabeza. —No, no…

Tres horas después su hermana, el niño y su madre ya estaban en el hotel de al lado del hospital y como no le quedaba más remedio entró en la habitación de Durko que miraba el techo pensativo y muy serio. Se acercó a él y se sentó en la silla sin decir nada dejando el arma en la mesilla de noche. Él miró hacia la pistola antes de volver la vista hacia ella. —Por eso estás aquí, para protegerme, ¿no?

—Yo protejo lo mío y desgraciadamente eres el padre de mi hijo. Por él, solo por él estoy aquí.

Durko asintió. —Lo que dije antes…

—Ni se te ocurra mencionarlo, ¿me oyes? —dijo con rabia—. Ni se te ocurra. Ya no tiene nada que ver contigo. Cuando te largues de aquí no volveremos a vernos, ¿entiendes? No pasarás por mi casa nunca más. Olvídate del niño y de mí como si no hubiéramos pasado por tu vida.

—¿Y si no?

Cogió la pistola tan rápido que ni lo vio y le apuntó a la cara con una frialdad que le dejó seco. —Ni se te ocurra provocarme. No lo hice por mí, pero por mi hijo haré lo que sea y pienso protegerle de personas como tú.

—¿Como yo? ¿Como tu padre?

—No le llegas a mi padre ni a la suela de las botas. Él jamás abandonó a su familia y nunca pagaron por sus actos.

—¿Por qué no me mataste cuando bajé del coche, nena?

—Porque espero que lo haga otro. —Entonces vio en su mirada que lo entendía todo. —¿Crees que soy idiota? Yo te he atraído hasta aquí.

—Y me has disparado para que no me vaya. —Sonrió. —Bien hecho, nena. Le has avisado, supongo. Déjame adivinar… Berta.

—Ni siquiera averiguaste quién era el topo del banco —dijo con desprecio—. Pero eso me vendrá bien para que aparezca por aquí.

—Bien.

Frunció el ceño. —¿Bien?

—Lo has hecho muy bien, nena. Tu padre estaría orgulloso.

—¡Deja de darme coba!

—Liquidaremos esto y podremos volver a empezar.

—No me provoques.

—No es mi intención provocarte. Solo te explico cómo irán las cosas a partir de ahora. —Alargó la mano y le quitó la pistola con un movimiento que no pudo evitar. —Esto mejor me lo quedo yo.

—Te odio —dijo con rabia.

—Ahora vete a cuidar a nuestro hijo, ya que es el único que podremos tener.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Insensible de mierda.

—Sí, insensible, mentiroso y un cabrón que te ha defraudado mil veces, pero me quieres, nena. Aún me quieres.

—Antes muerta.

—Podrías haber acabado con esto pegándome un tiro. Así podrías haber vuelto a casa porque Galileo se hubiera sentido a salvo y no se hubiera molestado en acercarse a ti de nuevo, pero en ningún momento se te ocurrió eso porque me quieres, me deseas en tu vida y esta vez no te voy a fallar.

Parpadeó —¿Galileo?

—Así le llaman en el mundillo. Tiene una estrella tatuada en el antebrazo. Es lo único que se sabe de él porque es un maestro del disfraz. Precisamente lo de las caracterizaciones me dieron la clave para saber quién era. Y es como yo. Un mercenario al servicio del mejor postor. Durante estos meses lejos de ti, he seguido sus pasos y he terminado alguno de sus trabajos llevándome sus ganancias. Eso le ha sacado de quicio. Por eso cuando me llamaste antes de las navidades temí por ti y te advertí que tuvieras cuidado. Joder, te lo advertí y esperaba que el equipo que había dejado a tu cuidado estuviera a la altura. Solo esperaba un mail, un maldito mail para contratarme y que fuera él queriendo tenderme una trampa, pero decidió ir por ti para traerme a su terreno y tenderme una emboscada. Y no sabes cómo lo siento, nena. No sabes lo que siento no haber estado a tu lado y haber puesto en peligro al niño y a ti. Cuando te vi en la cama del hospital se me retorcieron las entrañas de dolor. —Los ojos de Noeleen se llenaron de lágrimas. —Solo rezaba porque te repusieras y que el niño estuviera bien, pero de repente desapareciste y ninguno de mis contactos pudo dar contigo. Creí que me volvía loco y puse a mi mejor informático para que diera contigo, como ya suponías. Y lo suponías porque en tu interior

deseabas que te estuviera buscando, nena. Y nunca me hubiera dado por vencido.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas. —¿De veras?

—Joder nena, no llores. —Alargó la mano, pero ella se apartó. Durko apretó los labios viendo cómo se volvía e intentaba secarse las lágrimas.

Noeleen ni podía pensar por todo lo que sentía en ese momento y cuando sus brazos rodearon su cuerpo sollozó de la emoción. —Te he echado de menos, nena. Nuestras conversaciones hasta el amanecer, tu risa, tu manera de dormir sobre mí, tu olor, sentir tu piel, no ha habido ni un solo día en el que tú no hayas formado parte de mis pensamientos. Y quiero que siga siendo así el resto de mi vida.

Se volvió entre sus brazos y le abrazó con fuerza. —Creía…

—Que no te quería y no me extraña nada, pero tenía que conseguir que estuvieras segura.

—Dijiste que no querías estar conmigo. Te fuiste.

—No quería que hicieras preguntas. No esperaba que todo esto se alargara tanto en el tiempo —susurró Durko pegándola a su pecho—. Y tampoco se me pasó por la cabeza que te quedarías

embarazada. Te juro que cuando me enteré estuve a punto de volver, pero ese hijo de su madre tenía un trabajo en Roma y creí que era el momento.

Se apartó de golpe. —¿Roma? —Él asintió. —¿Conoces Roma?

—Nena, no todos los trabajos son en sitios peligrosos. Roma, Berlín, Viena…

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¡A mi padre nunca le enviaban a esos sitios! ¡Y tú de parranda por esas ciudades tan preciosas mientras yo estaba aquí muriéndome del asco!

—Pero…

—Anda, que menuda vida me estás dando. ¡Es tu última oportunidad!

Sonrió. —Bien. —La cogió por la cintura pegándola a él. —Ahora te voy a besar para sellar el trato.

La puerta se abrió y la enfermera se detuvo en seco al verle de pie y por como estiró el cuello se le veía parte del culo. Durko se apartó tirando de su bata. —¿Quería algo?

—Está de pie —dijo sorprendida—. No puede estar de pie.

—Pues ya ve que sí puedo.

—Pues no debe. A la cama. ¿O quiere que se le rompan los puntos?

Gruñó sentándose en la cama. —Quiero el alta voluntaria.

—Cielo… —dijo sorprendida.

—Quiero salir del hospital cuanto antes —le dijo a la enfermera.

—Tendré que hablar con el médico.

—Nena, no sé dónde está mi ropa.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó preocupada.

—Estoy bien.

—Cielo, es peligroso.

La miró a los ojos. —Todo irá bien, búscame algo de ropa, ¿quieres?

—Se va bajo su responsabilidad —dijo la enfermera cabreada.

—Exacto, bajo mi responsabilidad, así que usted no tiene nada que decir sobre eso.

La mujer se largó de malas maneras dejando la puerta abierta.

—Durko, te han operado en una arteria, no es un músculo o un hueso enyesado. ¿Y si se rompe por un esfuerzo? —preguntó asustada—. Podemos esperar unos días a que estés mejor.

—No, no podemos. —La cogió por la muñeca atrayéndola a él y preocupada acarició su nuca. —Debemos volver a la casa cuanto antes. No quiero que nos sorprendan cuando lleguemos, pueden estar esperándonos.

Apretó los labios y se agachó pegando su frente a la suya. —Me estoy asustando de nuevo. —Se agachó y besó sus labios. —Dime que esto va a salir bien.

—Va a salir bien. —La cogió por la nuca y la besó intensamente. —Saldremos de esta, nena. Confía en mí.

Le abrazó por el cuello. —Esta vez lo haremos juntos de verdad, prométemelo.

—Te lo prometo, no moveré un dedo sin decirte nada antes.

# Capítulo 13

Miró por la ventana de la cocina y frunció el ceño porque llovía a cántaros. —¿Pero dónde está este hombre? ¡Acaba de salir del hospital!

—Ha ido a reconocer el terreno —dijo su madre dándole el biberón al niño.

—¡Pero qué tiene que reconocer, si es todo plano!

Lisbeth haciendo los deberes soltó una risita, mientras ella fue hasta la puerta y la abrió de golpe para gritar —¡Durko!

—Nena, estoy aquí.

Se volvió de golpe y por su expresión le dolía. —Siéntate ahora mismo.

—Te pareces a tu padre. Ya sabes, en lo de mandona. —Se fue hacia el salón para coger las granadas.

—¿Pero qué haces?

—Voy a poner unas minas. ¿Tienes hilo de pescar?

—¿Estás loco? ¿Y si tenemos que salir corriendo? ¡Nada de minas! —El niño se echó a llorar. —¿Qué pasa ahora?

—Nena, necesitas descansar. ¿Hace cuánto que no duermes?

—Sí, voy a dormir para que me pille desprevenida otra vez.

En ese momento sonó el teléfono de la cocina y fue hasta allí descolgando de mala manera. —¡Diga! —No contestaron nada y frunció el ceño. —¿Diga?

—¿Eres tú?

—¿Berta? —preguntó asombrada—. ¿Cómo has conseguido este teléfono?

—He llamado al sheriff y me lo ha dado él.

—¿Que te ha dado qué? —preguntó sin poder creérselo.

—Escucha, ayer pillé a Melissa en la sala de descanso hablando por teléfono y escuché tu nombre. Hablaba de ti.

Apretó los labios. —Gracias por el aviso. —Colgó el teléfono y miró a Durko a los ojos. —Al final era Berta la implicada.

—Sí, nena. Lo sabía desde el principio.

—¿Cómo te has dado cuenta? —preguntó su hermana.

—Porque ayer fue último lunes de mayo.

—El memorial day —dijo su madre—. Día festivo. El banco no abrió.

—Ha dicho que ayer pilló a Melissa llamando por teléfono y que mencionó mi nombre. —Se sintió muy decepcionada. —Fui una estúpida. Tracé el plan pensando en que el topo se lo diría a Galileo hoy y se ha ido todo a la mierda.

—Nena, confiabas en ella, nadie puede culparte.

Apretó los labios. —Será esta noche. La llamé el viernes creyendo que él llegaría este miércoles como muy pronto, pero ahora…

—¿La llamaste por un móvil?

—Sí.

—Ha llamado al teléfono fijo para asegurarse de que estás en casa. Sí, será esta noche. Quedan tres horas para que oscurezca.

—Pero todavía no sabe que tú estás aquí —dijo preocupada.

—Sí que lo sabe. Por eso salí a reconocer el terreno, para que me viera. Es más, al salir del hospital vi a un hombre que nos vigilaba en el hall. Sabe que estamos aquí desde el viernes, tiempo

de sobra para llegar a nosotros. De hecho, ya ha estado aquí. —Sacó unos cables del bolsillo del vaquero y los tiró sobre la mesa de la cocina.

—¿Qué es eso?

—Micros, pero como no hemos estado en la casa hasta hace unas horas no han escuchado demasiado. Lo suficiente para confirmar que estoy con vosotras.

Noeleen se tensó. —Bien, pues ha llegado el momento. —Fue hasta la puerta del desván que había en la cocina y la abrió sacando la ametralladora antes de darle la otra a su madre que también sabía disparar. —Hermana baja al desván con el niño y no te muevas de ahí a no ser que yo te llame, ¿me oyes?

—Sí. —Cogió al niño con el canasto y fue a la puerta para empezar a bajar las escaleras.

Cerró la puerta y fue hasta otro armario para sacar unas bombas de humo. Al volverse le tiró una a Durko que la cogió en el aire. —Nena, esto te va a encantar.

—¿El qué? —Confundida porque salía le siguió y fue hasta él que estaba abriendo el portaequipajes. Quitó la tapa que cubría la rueda de repuesto y en lugar de la rueda había una ametralladora

enorme y un montón de armas más. Asombrada le dio la ametralladora y abrió un estuche muy largo. Al ver un bazuca sonrió volviendo la cara hacia él. —Tú sí que sabes hacer las cosas, amigo. —Él cerró la puerta y dijo —Voy a darle la vuelta al coche. Trae algo para cubrirlo y que no lo vean desde donde estén. Que no sepan lo que les espera.

Corrió hacia la casa y bajó al desván para coger una caja de madera. —¿Qué pasa? —preguntó su hermana.

—Todavía nada, todo va bien. Aún queda un tiempo, no te preocupes tanto.

—Avísame de alguna manera.

—Cielo, escucharás los tiros, no hace falta que te avise. —Dejó la caja en el suelo y la abrazó con fuerza. —Tranquila peque, siempre he cuidado de ti y pienso seguir haciéndolo.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Cuando llegó al porche él ya había dado la vuelta al coche y había abierto el portaequipajes. Cojeaba todavía más que antes, pero no le dijo nada porque en ese momento no le haría ningún caso. Metió las armas y otras cosas hasta casi llenar la caja.

—Coge el maletín, nena. Cuidado, que pesa.

—Tranquilo —dijo preocupada por él viendo como le costaba subir los escalones del porche. Estaba forzando mucho la pierna—. Mierda.

Cuando entró en el salón, Durko agarró un cinturón de la caja y se lo puso en la cintura. —Coge las armas con las que te sientas cómoda y deja la munición cerca. Cargadores, nada de balas sueltas.

—Entendido.

Agarró un cuchillo en su funda. —Átatelo al muslo, puede que lo necesites. No dudes. Esos segundos son esenciales.

Asintió apoyando el pie en el sofá y se aseguró el cuchillo a la pierna antes de ver que le ofrecía un chaleco. —Dáselo a mi madre.

—Ni hablar. Te lo pondrás tú.

Su madre apareció en la puerta. —Póntelo cielo, tienes que proteger a tu hijo.

Apretó los labios antes de cogerlo y se quitó la chaqueta para ponérselo sobre la camiseta. Durko asintió mientras se abrochaba la chaqueta cubriendo el chaleco. —Disparad a la cabeza, nada del vientre que les da tiempo a reaccionar. Además, puede que lleven chalecos antibalas. ¿Seréis capaces?

Su madre tiró del seguro de la ametralladora. —Mi padre me enseñó bien y por mi familia haré lo que sea.

—¿Nena?

Tenía que ser fuerte y no dejarse llevar por los nervios. Entonces sintió como si su padre estuviera allí, protegiéndola y asintió. Durko la besó en la frente. —Respira como te enseñé.

—De acuerdo.

Durko empezó a distribuir las armas cerca de las ventanas. —Me querrán vivo para averiguar lo que sé. No entrarán destrozando la casa. Vendrán en un comando cuando crean que dormimos. Les estaremos esperando. Regina encárgate de las ventanas de atrás. Nena, tú en el salón vigilando la parte de delante de la casa. Yo estaré arriba con la ametralladora y el bazuca. No podemos dejar que entren.

—¿Y si lo consiguen? —preguntó su madre.

—Será a cuerpo a cuerpo, dejarme a mí, ¿entendido? Vosotras intentar salir de la casa, pero nada de ir hacia la carretera principal, escondeos.

Ambas asintieron y Durko la miró a los ojos. —No intentes ayudarme, coge al niño y a tu familia para huir. Hablo en serio,

nena.

—De acuerdo.

—Júramelo.

Sintió algo en su interior que se revelaba a dejarle allí solo con esos salvajes, pero sintió como si su padre tocara su hombro y susurró —Lo juro.

—Todo irá bien. Ceñíos al plan y nos libraremos de ellos. —Agarró el armamento y fue hacia las escaleras. —Haced la cena, tienen que pensar que estamos desprevenidos, que no les esperamos. Apagar todas las luces menos las de la cocina mientras yo termino de prepararlo todo.

Noeleen miró hacia la ventana y vio que empezaba a oscurecer. —Se acerca el momento.

Un par de horas después apagaron todas las luces y cada uno en su puesto esperaron acontecimientos. Empezó a llover con fuerza lo que les daba peor visibilidad. Mierda, aquello era lo que les faltaba. Miraba por la rendija abierta de la ventana preparada para que metiera el cañón de la ametralladora sin que ellos se enteraran

cuando escuchó un silbido. Una sombra a su derecha cayó sobre la hierba y su corazón se puso a mil porque escuchó un gemido antes de que varias ráfagas se dispararan sobre la casa. ¡Mierda, no veía nada! Se cubrió cuando la ventana estalló por las balas como todas las demás de la casa, lo que indicaba que eran muchos y bien armados. —"¿Recuerdas cuando en el campo te enseñé a disparar sobre las calabazas?" —oyó en su cabeza. Noeleen entrecerró los ojos y se levantó sacando el cañón por la ventana para disparar haciendo un arco para abarcar el frontal de la casa antes de agacharse para protegerse de su respuesta. —"Bien, solo quedan seis."

—Dios, todo este estrés te está volviendo loca —dijo antes de levantarse y disparar de nuevo.

Entonces algo resonó en el porche y su padre gritó —"¡Granada!"

Se tiró al suelo cubriéndose la cabeza y la explosión le cortó el aliento. —"Vamos, vamos" —dijo su padre—. "¡Levántate y sigue disparando! ¡No pares!"

Ella apartó una silla y se levantó con el arma en alto. Escuchó un sonido en el porche y disparó hacia allí.

—¡Cuatro, quedan cuatro! ¡Por atrás!

Se giró de golpe y disparó a uno que entraba en el salón. Ya habían entrado en la casa. Un hombre de negro cayó ante ella, pero sacó una pistola de la funda para apuntarla antes de recibir un tiro en la cabeza que ella no dio. Asombrada miró a su madre que dijo casi sin respiración —Tenemos que irnos.

—"No, hija, no os vayáis, os matarán."

—¡No te muevas de aquí, mamá!

Alguien reventó la puerta de la cocina y se accionó la granada que Durko había colocado allí.

—"¡Tres!" —dijo su padre—. "Hija, coges sus gafas."

Sin entender lo que quería decir miró al cadáver y vio que llevaba unas gafas negras.

Se agachó para arrancárselas de la cabeza y se las puso ante la cara para ver que se veían los cuerpos en verde. Elevó la ametralladora conteniendo el aliento antes de volverse. Uno pasó por la ventana del salón de la parte de atrás de la casa y ella le disparó, pero no pudo darle, aunque si escuchó gemir a alguien. —"Uno menos, Durko se ha encargado."

—Dos —susurró. Su madre levantó el arma y ella caminó por el hall cubriéndose con las paredes para llegar a la cocina donde había otro muerto. Se giró y susurró —¡Mamá! —Le tiró las gafas y esta las cogió al vuelo antes de que ella se agachara para coger las del muerto. Se las puso ante los ojos, pero nada, no veía a ninguno de los dos que quedaban.

Entonces se escucharon los sonidos de los motores y al mirar por la ventana vio a tres coches negros que se acercaban por el prado a gran velocidad. Y por las siluetas verdes aquello no había acabado. —Dios mío… ¡Dispara, mamá!

Disparó hacia los coches y se le acabó el cargador. —"¡Al motor!" —gritó su padre en su cabeza mientras daba un golpe seco al cargador nuevo antes de disparar al de su izquierda. El del medio explotó saltando por los aires y al que ella disparaba le reventó la parte de delante, pero consiguieron salir tres hombres disparando hacia ella. Dos cayeron, pero uno consiguió cubrirse en el porche junto los escalones mientras el otro coche se empotraba en el porche llevándoselo por delante y cuatro hombres salieron de él para ser abatidos por Durko y su madre. —Tres —dijo ella para sí.

—"Bien, cielo" —escuchó que decía su padre—. "No te confíes. Haz salir a ese de delante."

Cogió una granada que tenía enganchada al chaleco y tiró de la anilla con los dientes antes de tirarla por la ventana. —¡Granada! —gritó a sus compañeros antes de sentir la explosión, pero no oyó la advertencia de su padre y un hombre entró por la puerta de la cocina pegando tiros y dándole en el pecho tres veces. Le faltó el aliento cayendo al suelo y el tipo dejó de disparar acercándose a ella. La apuntó con su arma a la cabeza y muerta de miedo esperó que la matara, pero alguien le agarró por la boca atravesándole con un cuchillo el cuello de parte a parte. Aliviada vio que caía al suelo mostrando a Durko que levantó un dedo.

Ella asintió llevándose la mano al pecho y Durko susurró —No te levantes. Hazte la muerta.

Se quedó allí tirada mientras él se alejaba. Durko sabía que con lo que le dolía el pecho no podría disparar. Se quedó en el suelo con la cabeza hacia la puerta mientras él se alejaba en silencio. Sin moverse y sabiendo que si entraban no verían sus ojos con las gafas puestas, vigiló la entrada de la cocina. Escuchó un susurro y se imaginó que era Durko hablando con su madre. Entonces escuchó una pisada arriba. Tan ligera que creyó habérsela imaginado. Con esfuerzo alargó el brazo y cogió la pistola del cinturón del que había intentado matarla antes de elevarla apuntando el techo. Esperó y

escuchó. ¿Habrían sido imaginaciones suyas? Entonces escuchó un roce y apuntó hacia allí traspasando la madera del techo. Al oír caer el cuerpo cerró los ojos del alivio. —"Lo has hecho muy bien, cielo" —dijo su padre en su cabeza—. "Estoy muy orgulloso de ti."

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Gracias, papá.

—No te confíes, nunca te confíes.

Se le cortó el aliento y Durko gritó —¡No os mováis hasta que asegure la casa!

Dejó caer el brazo del arma y gimió de dolor al quitarse las gafas. Intentó no moverse porque la verdad no se sentía capaz. Escuchó los pasos de Durko por la vivienda y cuando llegó sobre ella escuchó dos disparos que la sobresaltaron.

—¿Durko?

—¡Estoy bien! Nena, ¿puedes buscarle? ¡Tiene que estar entre los muertos!

Algo en su tono la alertó y como pudo se sentó en el suelo de la cocina para mirar bien los rostros de los hombres que había allí.

—¡Hija no sé cómo es!

Consiguió ponerse a cuatro patas y gimió de dolor tocándose el pecho. —Tú vigila, mamá. ¡Ya me encargo yo!

Escuchó como Durko bajaba los escalones corriendo y por el rabillo del ojo le vio salir de la casa.

—¡Ten cuidado!

—Nena, no está aquí. ¡No encuentro a nadie con una estrella en el brazo!

—Tiene que estar aquí —dijo angustiada. La adrenalina la ayudó a ponerse en pie y salió por detrás. Allí había tres cuerpos, pero ninguno era él. No, no podía ser. Si Galileo no estaba allí Durko se iría de nuevo para buscarle y ellas tendrían que refugiarse en otro sitio. Frenética rodeó la casa y vio el coche en llamas. Se detuvo ante él y Durko se acercó colocándose a su lado. —Está ahí —dijo ella.

—No podemos estar seguros.

—Te digo que está ahí. Le vi.

Durko frunció el ceño. —¿Le viste?

—Era el que conducía —mintió.

—Preciosa, esas gafas de visión nocturna no muestran tan bien los rostros, puede que estés confundida.

—No le vi con las gafas, te aseguro que está ahí. Reconocería su rostro en cualquier parte, cielo. Te digo que está ahí.

Él suspiró del alivio y la abrazó. —Entonces se ha acabado.

Tiró el arma al suelo y le abrazó. —Sí. —Angustiada se aferró a él porque no podía perderle de nuevo, no podía dejar que se fuera y rogaba a Dios porque la perdonara por su mentira porque era algo que les ponía en peligro.

Durko dejó la caja en el suelo y le guiñó un ojo antes de volverse para ir a por las otras dos que acababan de traer por mensajería. —Nena, te estás aficionando a las tiendas online.

—Sale todo más barato —dijo abriendo con un cúter la nueva cuna del niño.

—En eso mi hija tiene razón —dijo su madre desde la cocina.

Él dejó otra caja a su lado y susurró —Me pasaré horas montando esto.

—¿Acaso tienes otra cosa que hacer? —preguntó divertida haciéndole gruñir—. Creía que a todos los hombres les gustaban estas cosas.

—Pues ya que lo dices… —Entrecerró los ojos. —Voy a comprar una caja de destornilladores.

Cuando salió por la puerta se levantó de inmediato para apartar la cortina que acababan de colgar y revisó la calle. Ahora estaban en la zona oeste de Manhattan cerca del parque. Durko había insistido en comprar una casa de tres plantas para que todos tuvieran su espacio. Sobre todo él que no estaba acostumbrado a tanto barullo familiar.

Tensa vio cómo se subía al coche y arrancaba antes de alejarse. —"Sabe cuidarse solo" —dijo su padre en su mente.

Asintió volviéndose y vio que su madre la observaba. —Hija, ¿estás bien?

Forzó una sonrisa. —Sí, claro.

—Tú ocultas algo.

—¿Ocultar?

—Estás preocupada, lo sé. —Se acercó esquivando los paquetes. —¿Es porque todavía no habéis hablado de cuándo será la boda?

—No, claro que no.

—Él está comprometido en esta relación, solo hay que verle. Ha comprado la casa más bonita del barrio y me soporta a mí, que ya es bastante.

Rio por lo bajo agachándose de nuevo. —Mamá, le caes estupendamente.

—Pues eso no puede ser —dijo indignada—. Las suegras debemos ser granos en el culo para que no se confíen y piensen que malmetemos en la relación. Así se lo curran mucho más para intentar tenerte contenta.

—Interesante teoría de las suegras.

—No es una teoría, tu abuela lo hacía.

—Ah…

—Y eso fue una suerte porque cada vez que venía de permiso, tu padre se lo curraba muchísimo.

—Eso era porque llevaba tres o seis meses fuera y estaba deseando meterte mano —dijo divertida.

Regina soltó una risita. —Menudas noches de permiso. Qué recuerdos.

—¿Y Paolo? —dijo abriendo la caja.

—Bah, no funcionaría.

La miró a los ojos. —Lo siento mucho, mamá.

—¿Sabes? Sé que es una ilusión, pero a veces…

—¿Qué?

—Siento como si estuviera conmigo —dijo emocionada—. Eso hace que tenga más remordimientos todavía. ¿No es una tontería?

—No, mamá. Debes hacer lo que sientes en lugar de lo que los demás creen que está bien. Sé que Lisbeth y yo te hemos presionado para que tuvieras pareja, pero si no estás preparada no debes hacernos caso.

Regina reprimiendo las lágrimas forzó una sonrisa. —Jamás amaré a un hombre como le amo a él. Y digo amo porque nunca dejaré de amarle. Podría estar con alguien para no sentirme tan sola si os fuerais, pero gracias a mi futuro yerno vivimos todas juntas en esta casa que es increíble, así que es imposible que me sienta sola. —Soltó una risita. —¿Quién me iba a decir a mí que iba a vivir en la parte alta de la ciudad?

—¿No echas de menos Brooklyn?

—Quedo con mis amigas en el centro, tampoco es para tanto. ¿Y tú?

Negó con la cabeza. —Os tengo aquí, aunque sí que echo de menos los espaguetis de Enrico. —La miró maliciosa. —Un día tenemos que llevar a Durko a cenar allí.

—Qué buena idea, pero que sea de martes que Paolo se toma el día libre. Paso de dramas.

—Pues será un martes. —Vio cómo se alejaba y pensó —"Papá, qué hueco tan enorme has dejado." —No recibió respuesta y pensó en que puede que todo fueran imaginaciones suyas.

Apretando los labios empezó a sacar las piezas de la cuna de la caja y cayó un destornillador que iba incluido. —Estupendo, otro gasto innecesario. Pienso hablar con él seriamente sobre cuidar sus finanzas.

Escuchó el llanto del bebé a través del intercomunicador y al mirar la pantalla vio que se había despertado. —¡Ya voy yo! —Se levantó mirando la imagen y al ver la sombra sobre su hijo se tensó. Alargó la mano cogiendo la pistola que tenía pegada bajo la mesa de centro y fue hacia las escaleras para subir a su cuarto. — "¿Papá?" —preguntó en su mente, pero él no le contestó. Era evidente que se tenía que arreglar sola. Apretó los labios apuntando a la puerta y caminó sin hacer ruido sobre la moqueta para acercarse. Pegada a la pared giró el pomo lentamente y empujó la puerta de golpe antes de volverse con el arma en la mano, pero no vio a nadie. Entró en la habitación asegurándose de que no estaba tras la puerta y bufó dejando caer el arma. La sombra de uno de los árboles de la calle,

caía sobre la cuna portátil del niño que se había puesto a llorar con fuerza.

—¿Qué haces?

Se sobresaltó apuntando a su hermana que dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Qué haces con una pistola?

—Nada. —Fue hasta la cuna y sacó al niño para calmarle. Le besó en la cabeza acunándole y susurró —No pasa nada.

Su hermana entró en la habitación cerrando la puerta. —¿Qué pasa? ¿No nos hemos librado de él? Dijiste que sí.

—Qué iba a decir, ¿eh? Durko se hubiera largado para buscarle y tú no hubieras vuelto a Nueva York. Tenía que hacer algo.

—Mentir.

—Pues sí. No pasa nada, no ha entrado.

—Dios mío…

—Mantén la boca cerrada.

—Ahora voy a estar tan paranoica como tú —dijo con rabia.

—Coge al niño, me duele el pecho.

Lisbeth lo hizo de inmediato y ella se acercó al espejo para levantar la camiseta. Los morados de los impactos de bala ya estaban amarillentos, pero seguía doliéndole muchísimo.

—Tarda en curar —dijo su hermana—. Igual deberías ir al médico, llevas así un mes.

—Se pasará, ya están mucho mejor. —Miró hacia la cama y gruñó porque Durko se negaba a tocarla estando así, pues temía hacerle daño. Y aquello sí que era una tortura. —Se acercó y cogió al niño. —¿Sabes qué? —le dijo con cariño—. Ahora vamos a merendar. —El niño no dejaba de llorar. —¿Te he asustado? Es que mamá es tonta. Pero te dejaré chupar una galleta, ¿vale?

Al oír la palabra galleta la miró con los ojos como platos. —Eres igual que tu tía, te pirran las galletas.

—Eh, que sé controlarme no como otras.

La puerta de casa se abrió mientras bajaba las escaleras y Durko sonrió. —¿Te has despertado, campeón?

Al ver el enorme maletín se detuvo en seco. —¿Pero qué has comprado?

—Lo necesario, nena. Solo lo necesario.

# Capítulo 14

Con un camisón corto de lo más sexi salió del baño frotándose las manos para extender la crema y echó un vistazo a la cuna nueva para ver que su niño estaba dormidito. —Genial, se ha quedado grogui.

Durko sonrió desde la cama con una revista de deportes en las manos y la verdad es que era una tentación allí tumbadito solo con los boxers puestos. —Cariño…

—Ni hablar —dijo pasando la hoja.

—No fastidies, ¿me has mirado bien? —Se tumbó a su lado reprimiendo un gesto de dolor y acarició su pecho poniéndole una pierna sobre las suyas. —Hace mucho tiempo.

—Y más que va a pasar hasta que estés en forma.

Todas las noches igual. Bufó apartándose. —¿Has puesto la alarma?

—¿Tú qué crees?

Ella miró la luz que ahora estaba apagada, lo que indicaba que no había peligro. Habían puesto seis por toda la casa y si alguien entraba o forzaba una ventana se encendería y empezaría a parpadear mientras los de la central llamaban a la policía. Pero de momento estaba todo en orden. Se tumbó a su lado y apagó su lamparilla.

—¿Eso es una indirecta?

Le miró sobre su hombro fulminándole con la mirada y él suspiró dejando la revista sobre la mesilla de noche. —Mañana iré a ver al señor Harrison.

—¿Ya empiezas a trabajar? Uy, tú quieres movida. —Se sentó en la cama para mirarle bien. —Acabamos de mudarnos.

—Hay que empezar una rutina.

—Ya estás sacando la vena del ejército. Podríamos disfrutar un poco de la vida antes de empezar esa rutina.

—Nena, sé que ha sido un año muy estresante para ti y si no quieres trabajar, lo entiendo, pero yo me vuelvo loco todo el día en

casa. No estoy acostumbrado a esto, necesito hacer algo.

Se mordió el labio inferior. —Si me hicieras el amor harías algo.

—Ja, ja.

Bufó porque lo entendía. Lo entendía perfectamente porque había vivido con un hombre como él que se sentía enjaulado después de estar dos semanas en casa. —"Déjale ir, hija. Dale su espacio, es un hombre acostumbrado a estar solo y ahora convive con cuatro personas más. No le presiones."

—Vale, si quieres trabajar lo entiendo —dijo mirándole a los ojos.

—No significa que no me guste estar contigo, que no quiera estar contigo.

—Lo sé. —Se tumbó de nuevo y él se tumbó a su lado para mirarla a los ojos. —Pero montarás lo que compre cuando llegues a casa.

Él sonrió. —Y no protestaré.

—Más te vale.

Durko la besó suavemente en los labios y susurró —Eres la mejor.

—Claro que lo soy.

Rio por lo bajo. —Encima modesta.

—Es que lo tengo todo.

Se miraron a los ojos. —¿Estarás bien?

Noeleen sonrió y acarició su mejilla. —Sí, estaré bien. Estaremos muy bien. Dile al señor Harrison que me incorporaré el mes que viene.

—Me dijo por teléfono que está deseando que vuelvas. Al parecer los que captan los clientes no hacen tan buen trabajo como tú.

Se sonrojó de gusto. —Entonces tendré que pedirle un aumento de sueldo.

Él rio girándose y apagando la luz. —Seguro que estará encantado de oírlo.

—Bah, me adora. —La luz de la luna mostraba su silueta y ella levantó una ceja. —¿Cucharita?

—Por supuesto.

Se volvió encajando su trasero en su pelvis y le escuchó gemir. Estaba realmente duro. Ja, esa era la penitencia por negarse

a hacerle el amor. Suspiró abrazando la almohada como si fuera a dormir, pero aún no se daba por vencida.

—Nena, no aprietes tanto —dijo con voz ronca cogiéndola por la cadera. Sin hacerle caso restregó su trasero sobre su sexo—. Joder, no llevas bragas.

—¿De veras? —Cerró los ojos de gusto. —Pues no me he dado cuenta. Se me han olvidado después de la ducha.

Él gruñó elevando su camisón y pegándose a su trasero. —No me insistas…

—¿Hago eso?

Acarició su vientre y bajó su mano hasta su entrepierna deslizando un dedo entre sus labios inferiores. —Nena, estás muy mojada.

—Te deseo.

Movió el trasero contra él y Durko se bajó el boxer lo suficiente como para sacar su miembro. —Iré muy despacio para que no te fuerces.

Noeleen retuvo el aliento y sintió como entraba en su ser poco a poco hasta llenarla por completo. Fue tan maravilloso como

recordaba. Sus labios se acercaron a su oído para susurrar —No dejes de desearme, nena. No dejes de amarme.

Volvió la cabeza hacia él y Durko atrapó sus labios besándola con tal pasión que supo que su corazón siempre sería suyo. Se deslizó en su interior lentamente y Noeleen tuvo que apartar sus labios porque sintió que del placer que la recorría le faltaba el aire. Agarró la almohada mientras su vientre se estremecía y él empujó sus caderas hasta llenarla lo que provocó que su vientre se aferrara a su miembro deseando que lo hiciera de nuevo. Y no tardó en moverse, no tardó en llenarla de nuevo con una cadencia tan lenta que era una tortura. Desesperada su cuerpo se fue tensando poco a poco y llevó su mano atrás para agarrarse a su glúteo justo cuando entraba en ella de nuevo. —Más.

Esa simple palabra excitó tanto a Durko que aceleró sus movimientos. Noeleen gemía por liberarse y él apuró sus embestidas provocando que no tuviera ningún pensamiento coherente salvo la necesidad de llegar al culmen del placer.

—Vamos, nena… —Entró en su ser de nuevo y pasó la mano entre sus piernas acariciando su clítoris hasta volverla loca. Y con un último empellón Noeleen gritó de la sorpresa por el placer que la

traspasó y su cuerpo voló de una manera tan increíble que creyó que jamás regresaría.

Durko la abrazó mientras ella con una sonrisa en el rostro aún disfrutaba de su placer y él susurró a su oído —Como me alegro de haber conocido a tu padre, nena. Porque él de alguna manera me llevó a ti y desde que te vi entrar en el banco, desde ese día empecé a vivir, empecé a sentir.

Emocionada abrió los ojos y se volvió para mirarle. —A mí me pasó lo mismo.

Se acariciaron con ternura. —Te amo, nena. No lo olvides nunca.

Asustada susurró —¿Por qué iba a olvidarlo? ¿No pensarás irte de nuevo?

La miró sin comprender. —Era un decir, ¿por qué iba a tener que irme?

Suspiró del alivio y le abrazó. —No me hagas caso, es que tengo miedo de perderte de nuevo.

Él acarició su espalda. —No voy a irme a ningún sitio, preciosa. Todo va bien.

Pero no iba bien. Nada iba bien. Se estaba volviendo una paranoica y hasta le costaba salir de casa. Puede que Galileo no hubiera estado en Wisconsin, puede que no supiera siquiera que estaban en Nueva York o puede que sí estuviera en el coche que explotó, pero Noeleen no dejaba de darle vueltas y un mes después ya se notaba en su físico la tensión a la que estaba sometida. Casi estaba deseando que apareciera para que todo aquello acabara de una vez.

El día antes de incorporarse al trabajo estaba colocando el vestidor para meter unos trajes nuevos cuando su madre se acercó a la puerta y la observó. —Hija, ¿estás bien?

—Sí, claro —respondió distraída.

—Tengo el presentimiento de que estás ocultándome algo y lo tengo desde que volvimos de Wisconsin.

—Es raro que tú te calles algo dos meses —dijo divertida.

—No te hagas la tonta, ya te lo he preguntado mil veces de distintas maneras, pero siempre dices que todo va bien. ¿Es Durko? ¿No van las cosas como querías?

Sonrió con tristeza. —Van mil veces mejor, mamá.

Regina suspiró del alivio. —¿Y entonces qué es?

—Nada, ya te he dicho que todo va bien. Tengo un bebé precioso y sano, un hombre que me ama y vivo con vosotras en esta casa que es divina, ¿qué puede ir mal?

—No descansas bien, tienes ojeras como si no durmieras. Además casi no comes, has adelgazado mucho, igual deberíamos ir al médico. —Se llevó la mano al pecho. —¿Estás embarazada?

—¡No! —Colgó el traje rosa. —¿A que es precioso? Un poco caro, pero precioso.

Su madre la cogió por el brazo para volverla. —¿Por qué estás así?

—Por nada.

—¡Hija, estoy perdiendo la paciencia!

—No duerme, mamá.

Su madre se volvió hacia su hermana que estaba sentada en la cama con el bebé en brazos. —¿Cómo que no duerme?

—Se pasa media noche vigilando la casa.

—Dios mío, hija…

—Está exagerando. Cuando no puedo dormir me doy algún paseíto para no despertar a Durko al dar vueltas, pero no vigilo la

casa.

—Sí que lo hace. La he visto asegurándose de que la alarma está encendida y comprobando que las ventanas están cerradas.

—Hija necesitas ir al psicólogo. —Al ver las expresiones de sus hijas jadeó. —¿Ese mamón sigue vivo?

—No lo sé seguro.

—Dios mío… —Atónita salió del vestidor. —Y Durko no lo sabe.

Lisbeth negó con la cabeza.

—Hay que decírselo, ¿no ves que está en riesgo? ¿Cómo has hecho algo tan irresponsable? Nos has mentido y nos has puesto en peligro a todos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Se hubiera ido de nuevo para buscarle. Lo siento, yo… —Se echó a llorar y se tapó el rostro con las manos.

Regina la abrazó. —Mi niña no te pongas así.

—No sé qué hacer. Cada vez que salís de casa no vivo hasta que regresáis y temo por Durko continuamente.

—Tienes que decírselo, tiene que estar preparado. Lisbeth trae el móvil.

Su hermana dejó al niño en la cuna y cogió el móvil que estaba sobre la mesilla. Pulsó el botón lateral y pasó la huella que tenía grabada tanto allí como en el móvil de su madre y frunció el ceño. —Tienes una llamada perdida de Durko.

Apartó las manos. —¿Qué? —Se acercó a toda prisa y le quitó el móvil. Le llamó y se puso el teléfono al oído. No daba señal. Se le heló la sangre y lo volvió a intentar.

—No te pongas nerviosa que puede que esté en una reunión.

—Jamás ha apagado su móvil. No lo haría nunca. —Escuchando que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura se pasó la mano por la frente. —Dios mío, ¿qué hago?

Su hermana salió corriendo y regresó con el portátil de Durko. —¿Qué haces?

—El otro día le enseñé como se configuraba el móvil con el ordenador y sin que se diera cuenta vi como metía su clave de acceso.

Se sentó en la cama y abrió la tapa. —Podemos localizar el móvil con el programa que tiene instalado, porque lo activé para localizarle cuando fuera necesario.

Noeleen impaciente se sentó a su lado. —Eres la mejor.

—Espera…

Vio como su hermana entraba en el ordenador de Durko y frunció el ceño al ver que tenía varias carpetas que en lugar de nombres tenían números. —¿Qué es eso?

Su hermana pinchó encima de la primera. —Son archivos encriptados.

—¿Puedes abrirlos?

—Necesito una clave de acceso.

—Pon Noeleen —dijo su madre.

—Mamá eso es muy obvio —dijo Lisbeth—. Es un profesional, seguro que es algo más complicado.

—Los hombres no tienen imaginación.

—Igual es un archivo anterior a conocerla. Y si fuera yo pondría algo que no conociera nadie de mi vida actual para que les costara entrar.

Entrecerró los ojos. —Pon Galileo.

Su hermana escribió en el recuadro y le daba error. —¿Veis? Es algo anterior, seguro.

Pensó en lo poco que conocía de su vida anterior y no estaba segura de que todo lo que le había contado en sus conversaciones

del pasado fuera verdad o no, pero hubo algo que no podía ser mentira porque se había emocionado. —Pon Costello.

—¿Costello?

—Era su perro cuando era pequeño. Como Abbot y Costello.

Escribió el nombre del perro y el archivo se abrió mostrando todas las carpetas. —Mira, esta tiene fecha de hace un mes.

—Entonces es algo del trabajo con Harrison. —Había muchas carpetas. —Abre la primera.

Vio que eran fotos escaneadas de unos niños que iban creciendo a medida que las fotos iban avanzando. Parecían antiguas y se le puso un nudo en la garganta porque esa muchacha se parecía mucho a él.

—¿Quién es esta?

—Su hermana —susurró. Lisbeth pasó las fotos para verla con él cuando era un muchacho. En una Durko la abrazaba por la espalda como si quisiera protegerla, aunque era mayor que él. En la última él estaba solo y no debía tener más de quince años, lo que indicaba que ya no había tenido más contacto con ella y eso la apenó muchísimo. Era evidente que algo había pasado para que no saliera en esa foto.

—Sigue con la siguiente carpeta.

Eran un montón de documentos personales. —Me siento mal mirando esto. Estamos invadiendo su intimidad —dijo su hermana.

—Necesito saber la verdad.

Apareció un informe policial. Se llamaba Lester Durkoff y allí decía que había apaleado a su padre sin piedad después de que llegara a casa borracho. Este molesto después de perder todo su dinero en las apuestas de caballos, había empezado a gritar preguntándole a su hermana por qué no le habían pagado en la guardería donde trabajaba. Al intentar echarla del piso, le había dado un empujón que la tiró por las escaleras del edificio matándola con la caída. Durko respondió sin piedad apaleando a su padre hasta tal punto que le rompió la espalda. No fue condenado a prisión porque se contuvo en matarle a él y a su madre pues con su fuerza pudo retenerla cuando intentó herirle. —Dios mío…

—Ahora le admiro mucho más. Pobre chica. —Lisbeth siguió pasando fotos. Eran documentos del ejército, de condecoraciones y su verdadera identidad. —Está toda su vida.

—Acostumbrado a ser otro, es su manera de que algo de su verdadero yo quede reflejado en algún sitio —susurró emocionada

viendo su foto vestido de militar. Sus ojos eran fríos y sin vida.

Su hermana siguió mirando toda aquella información. —Le hicieron una máquina de matar. Pasó por todos los cuerpos del ejército en diez años.

Sintiendo un nudo en la garganta por la vida que había llevado susurró —Abre otra carpeta más reciente.

Eran un montón de documentos y videos de la investigación. Al ver la palabra Berta en la última carpeta la señaló. —Esta, abre esta. —Eran un montón de fotos y todas eran de Berta. —¿De cuándo es esa foto?

Su hermana lo miró y cuando vieron la fecha se miraron. —De hace dos semanas. La ha estado siguiendo.

—Sabe que Galileo está vivo —dijo impresionada—. ¡Ha vuelto a mentirme! ¡No ha estado trabajando!

—Bueno, hija, creo que no tienes mucho por lo que protestar teniendo en cuenta lo que has hecho tú.

Entrecerró los ojos. —Me ha pillado, ¿no?

—No es tonto, algo mosqueado tenía que estar cuando estás de los nervios.

—Esto es porque le pregunto cada noche si ha puesto la alarma.

—A lo mejor encontrar tu pistola en la cuna del niño también influyó —dijo su hermana sorprendiéndola—. Sí, hace un mes, ¿no lo recuerdas? Casi me pegas un tiro.

Gimió jurando por lo bajo. —La pistola. —Se le cortó el aliento. —Al día siguiente estaba en su funda bajo la mesa. ¡Creí que la había puesto yo allí!

—Salí de mi habitación para cenar y le vi en la vuestra cogiendo la pistola de la cuna. Me detuve al darme cuenta de que te habías olvidado de ella y le dije que me perdonara, que revisando la casa se me había olvidado allí. Él sonrió, creí que se lo había tragado.

—Es evidente que no —dijo su madre—. Es un profesional, está acostumbrado a pillar mentirosos.

—Localiza su móvil —dijo impaciente.

Su hermana cerró la carpeta y entró en el programa del buscador. Salía un mapa. —Mira, está en Manhattan.

Entrecerró los ojos y dijo —¿Puedes ampliarlo? —Al hacerlo se dio cuenta de que el móvil estaba en la empresa de Harrison.

Se levantó a toda prisa con su móvil en la mano y llamó a la empresa. —Póngame con Durko Patterson. —Esperó impaciente. —¿Cómo que ha salido? ¿Seguro que no está en el despacho? —Se pasó la mano por la frente. —Que salió hace dos horas.

—Ha dejado el móvil en el trabajo a propósito —dijo Regina mirando a Lisbeth—. Para que no le localices.

—Mierda, y yo que pensaba que no se había dado cuenta.

—¿En cuanto llegue puede decirle que llame a su mujer? —Distraída miró hacia la pared y vio como la luz parpadeaba. Se cortó el aliento mirando la luz roja y bajó lentamente el brazo sintiendo que su corazón se aceleraba.

Su hermana y su madre miraron hacia allí tensándose en el acto. —¿Qué hacemos? —preguntó su hermana en voz baja.

Se agachó para coger la pistola de debajo del colchón y se la dio a su madre antes de correr hasta el vestidor y sacar la que tenía allí. —Quedaos aquí con el niño.

—No, hija…

—Nos matará a todos para hacer todo el daño posible. —Abrió la puerta en apenas una rendija y echó un vistazo. Salió lentamente cerrando la puerta y se acercó a la barandilla para

perder todo el color de la cara al ver una foto tirada en el centro del hall. En ella Durko estaba con el rostro lleno de sangre. Bajó las escaleras apuntando a un lado y a otro. Vio que no habían cerrado del todo la puerta. Fue hacia el salón, pero estaba vacío y se volvió para caminar hacia la cocina. Nada. Después de regresar al hall se agachó para coger la foto y la miró. Estaba atado a una silla y le habían dado una paliza de primera. Se le heló la sangre. Ese pirado le tenía y quería llevarla a su terreno. Volvió la foto y la dirección en la parte baja de la ciudad confirmó sus sospechas. Apretó los labios.
—¿Quieres jugar, cabrón? Te aseguro que no voy a echarme atrás con tal de recuperarle.

La puerta se abrió lentamente y asustada se volvió apuntando al intruso…

Cuando una hora después llegó a Old Slip, el taxi se detuvo y le dio treinta dólares al conductor sin esperar la vuelta. Bajó del taxi a toda prisa mostrando sus vaqueros y la camiseta azul de tirantes. Miró el edificio de ladrillo rojo que parecía abandonado. La puerta se abrió poniéndole los pelos de punta, pero no le quedaba otro

remedio que entrar ahí. Caminó lentamente y escuchó en su mente —"Valor hija, no pienses, actúa"

Empujó la puerta para ver ante ella un hombre que no conocía con un arma en la mano. —¿Dónde está Galileo?

—Pasa.

Ella dio dos pasos hacia él y la puerta se cerró de golpe sobresaltándola. Al volverse vio a otro hombre armado, pero al reconocerle se quedó de piedra. —Harry…

El tipo que la había ayudado en su casa en Brooklyn sonrió. —Hola Noeleen, te veo bien.

—Te has vendido, por eso le dejaste llegar a mi apartamento —dijo con desprecio.

—Sabía que vigilábamos la casa y fue muy convincente. Quinientos mil por llegar a ti.

—¿Y por qué no le ayudaste a matarme? —gritó furiosa.

—Porque le heriste. Llegaba la policía y los míos tuvieron que ayudarle a salir de allí. Y sí, podía haberte matado yo, pero sabía que no se lo tomaría bien.

—Cabrones.

—No solo le pegaste un tiro que le dio en la mejilla, sino que dañaste su orgullo. Galileo estaba decidido a encontraros y mataros. Cuando tú desapareciste le tendí varias trampas a Durko que no funcionaron, es más se alejó de mí seguramente sospechando algo. Pero no disolvió la unidad, lo que me tenía mosqueado. —Evitó que se le notara su sorpresa y él rio. —¿Te mintió? ¿Qué te dijo, que sí nos había disuelto? Qué novedad, ¿no? Pero no sé de qué te sorprendes, te ha mentido desde el principio. Pero en algo sí que te dijo la verdad, sus padres como los míos eran unos cabrones.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó sin aliento.

—Porque empecé en el ejército justo cuando lo hizo él y hemos sido grandes amigos.

—Menudo amigo.

Rio de nuevo. —Como ya sabes, nos vendemos al mejor postor. ¿Te crees que él es un santo? Pero se enamoró de ti y quería cambiar de vida. ¿Y yo? ¿Y nuestro negocio? No, chica, yo no iba a conformarme con una vida normal cuando era el dueño del mundo.

Eran obvios sus aires de grandeza, se creía un dios por decidir quién moría y quien vivía. Y ahora estaba increíblemente satisfecho por tenerles en sus manos. —Le envidias —dijo con desprecio.

Él perdió la sonrisa de golpe. —No digas estupideces.

—Envidias que alguien le ame cuando crees que no merece el amor de nadie. En tu interior crees que no mereces amor y te dices que da igual, que nadie es superior a ti, pero en el fondo envidias que yo le ame tanto como para dar la vida por él, como para tener a su hijo que es su vivo reflejo. Tú nunca tendrás eso porque estás podrido por dentro. No te querrán porque tú no quieres a nadie salvo a ti mismo y la pasta que puedas conseguir de esto, ¿pero sabes qué? No te vas a salir con la tuya. Ni Galileo se saldrá con la suya.

—No podrás impedirlo. —Hizo una mueca. —Está decidido a mataros y más por la marca que le has dejado en la cara, ahora los disfraces serán más difíciles de conseguir para que no le reconozcan.

—¿Y dónde está el gran hombre?

—Estoy aquí.

Se volvió de golpe para verle ante ella sonriendo con esa ironía que había mostrado en el atraco al banco.

—Quiero ver a Durko.

—Durko ya está muerto.

—Mientes.

—¿Cómo estás tan segura?

—Eras tú el que no estaba seguro de que viniera y le necesitabas vivo para eso, para presionarme.

—Debo reconocer que no las tenía todas conmigo. Cuando sois madres dejáis de pensar en la pareja.

—Eso es mentira, ¿pero qué sabrás tú, acaso te quiere alguien?

Rio divertido. —Me quiere quien me interesa, te lo aseguro. —Le hizo un gesto con la mano. —Después de ti. Estoy deseando que vea como mueres. ¿No vienes armada? Al parecer se te dan bien las armas. —Pasó la mano por la mejilla mostrando su rencor. —Puedo dar fe de ello.

—¿Para qué iba a traer un arma? ¿Para que me mataras antes de ver a Durko? No soy tan tonta. Además, no vengo a pegar tiros, vengo a ver como mi hombre te quita la vida, me lo ha prometido y estoy segura de que cumplirá su promesa. Estoy deseando verlo.

—Por favor, continúa.

Caminó por la planta que era evidente que estaba en obras, pues solo estaban a la vista los tabiques. Al pasar al lado del cadáver

de Berta se le heló la sangre. —¿Un desacuerdo? —preguntó con sorna.

—Se volvió demasiado exigente y pidió lo que no merecía cuando ya no la necesitaba.

—Entiendo, no midió y pagó las consecuencias.

Siguió caminando sintiéndolo por su marido y sus hijos, pero tenía mucho más en lo que pensar como en salvar a su hombre. Vio el hueco de una puerta. —¿Por aquí?

—Enseguida encontrarás lo que tanto deseas.

Entró en la habitación y su corazón se estremeció al ver a Durko con varias heridas por todo el cuerpo como si le hubieran acuchillado, y era obvio que lo habían hecho para torturarle porque no eran lo bastante profundas como para matarle. Pero había tanta sangre que temió haber llegado tarde. Corrió hacia él sin poder evitarlo haciendo reír a esos cerdos. —¿Cielo?

Él consiguió abrir los ojos. —No deberías estar aquí, nena.

Le besó desesperada por ayudarle y susurró —Cielo, estás tardando demasiado.

Esos idiotas rieron y ella se volvió cubriendo a Durko con su cuerpo. —Dejadnos salir. ¡Ya!

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó Galileo simulando asombro.

—Porque sino vas a morir. ¿Te crees que vendría sola? Estáis rodeados.

—¿De veras? —preguntó Harry—. ¿Has llamado a la policía?

—No. —Sonrió maliciosa. —Mi hombre ha llamado a alguien todavía mejor.

—Ahora sí que estoy intrigado —dijo Harry.

—Ha llamado a los dragones. —Ambos perdieron la sonrisa poco a poco. —Mi hombre les avisó cuando se dio cuenta de que no estabas muerto, mamón. Se lo debían a mi padre y todos han tomado permisos para estar disponibles cuando fuera necesario —dijo fríamente—. Sí, Durko no se fiaba de ti, Harry. No se fiaba de ninguno de su unidad, sabía que alguien revelaba sus pasos y tenía razón. Se lo has confirmado. Llamó a los compañeros de mi padre para que nos ayudaran y habéis caído en la trampa. Los dragones vieron como vuestro hombre entraba en nuestra casa y dejaba la fotografía. Le cogieron, le interrogaron para saber cuántos hombres están contigo y este edificio ya estaba rodeado mucho antes de que yo llegara. Así que tenéis dos segundos para dejarnos salir de aquí.

Galileo la apuntó. —Entonces tendré que darme prisa en mataros.

—Es evidente que tienes prisa por morir. Por cierto, tienes un punto rojo en la frente.

Él se escondió tras la pared en el acto mientras Harry caía al suelo con un tiro en la frente. Noeleen se volvió hacia Durko que se levantó en un visto y no visto mostrando las esposas abiertas y las bridas que había roto para soltarse, estas cayeron al suelo mientras caminaba hacia la pared. Se escucharon disparos, pero ella ni lo percibió asombrada con la transformación en el rostro de su hombre, que pegó un puñetazo a la pared haciendo un boquete enorme y agarró a alguien haciéndole gemir. Asombrada caminó hacia la puerta y echó un vistazo. Galileo rojo por la falta de aire intentaba soltarse y volvió la pistola para intentar disparar a la pared. Jadeó y le pegó una patada al estómago antes de arrebatarle la pistola.

—Mírala —dijo Durko tras el tabique—, me juré a mí mismo que iba a conseguir que dejara de pensar en ti, que dejara de verte en sus pesadillas temiendo que regresaras y ha llegado el momento de borrarte de su vida.

—Reza por no encontrarte con mi padre al otro lado, cabrón.

Se escuchó un fuerte crujido y Galileo la miró sorprendido antes de caer desplomado al suelo.

Durko apareció en el vano de la puerta y ella le abrazó con fuerza. —Te amo.

Él la abrazó demostrando que no estaba tan mal como parecía al principio.

—Los dragones nunca abandonan a los suyos.

—Muy cierto. —Un hombre de negro se quitó la capucha sonriendo con una tranquilidad que la alivió, la verdad.

—Gracias, teniente Potter.

—Un placer ayudar a los nuestros. —Se acercó a Durko. —Tenías que habernos llamado antes.

—Creí que podía solucionarlo, pero este cabrón era escurridizo.

—No, lo que pasa es que te avergonzaba pedirnos ayuda porque creías que aún no te habíamos perdonado.

Se le cortó el aliento y Noeleen susurró —Era joven y un novato.

—¿Novato? Ya había matado más que tu padre. —Miró a Durko. —¿No se lo has contado?

Sorprendida se volvió. —¿Qué no me has contado?

—Nena…

—¿Qué no me has contado? —gritó de los nervios.

Elevó la vista hasta sus ojos. —Se suponía que no teníamos la misión hasta el día siguiente. La mitad del escuadrón bebió de más. —Palideció. —No fue un error mío lo que le llevó a la muerte por salvarme la vida. Tu padre aún estaba borracho y me encargaron a mí cubrirle, pero en la emboscada… —Apretó los labios. —La bala iba destinada a mí, sí, pero estaba en una zanja. John salió sin que me lo esperara y aunque cuando cayó intenté impedir que muriera no pude hacer nada. No intentó salvarme la vida y yo no llegué a tiempo de salvar la suya. Mentí en mi informe para que los de arriba no supieran nada del alcohol y le degradaran.

Dio un paso atrás horrorizada. —Mientes.

—Nena, da igual lo que pasará.

—¡Mientes! ¡Mi padre era muy responsable con su escuadrón, nunca se hubiera emborrachado! —Miró al dragón. —¿Tú le conociste?

—Sí, y estaba allí.

Sintió que su corazón temblaba. —¿Fue culpa suya? —preguntó señalándole.

—Sí, le ordené que cuidara de él y no lo hizo. Fracasó en su misión.

Dio un paso atrás de la impresión. —No, mi padre no era así.

—Nena, estaba deprimido. No sabía qué hacer con su vida. Quería estar aquí con su familia, pero también quería continuar en el comando, cosa que no podía ser porque sabía que su carrera se acababa.

—¡Mientes! ¡Era el mejor, no se acababa nada!

El dragón se agachó para asegurarse de que Harry estaba muerto. —Eso que dices es una estupidez… —Se enderezó. —¿Crees que podemos seguir con esta vida para siempre? Esta será mi última misión, ¿que haré después con cuarenta y cinco años sabiendo que no habrá acción de nuevo? Te aseguro que es una pregunta que no deja de rondarme la cabeza. A tu padre le llegaba el momento como a mí y no lo asimiló. Yo creo que podré conformarme con un trabajo de mierda de oficina, pero hay quien no lo soporta.

Pasmada susurró —¿Qué insinúas, que se tiró contra la bala para morir?

Ambos se quedaron en silencio y sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Mentís! ¿Por qué lo hacéis? ¿Por qué queréis manchar la memoria de mi padre? —gritó fuera de sí.

—Nena… No tenía por qué moverse y salió de la trinchera.

—¡Para salvarte! ¡Pero es evidente que no mereces que nadie te salve!

Salió corriendo y Durko apretó los labios. —Gracias, teniente.

Dio un paso hacia él. —Escúchame bien, dragón. Te he hecho un favor. Jamás le ocultes la verdad a tu mujer porque es como ponerle una losa a tu matrimonio, terminará por enterarse y esa losa empezará a pesar hasta que termines enterrado en la mierda.

—Le dije la versión que tú me obligaste a decir —dijo entre dientes.

—¿Qué querías? ¿Qué le hicieran la autopsia y descubrieran que estaba borracho? Le hubieran degradado y a esa mujer le hubieran dado una pensión aún menor por su grado. Además, hubieras puesto en peligro la permanencia del escuadrón, los de arriba se preguntarían si realmente somos necesarios. Pero a ella tenías que haberle contado la verdad, joder.

—¿La verdad? ¡Ya la has visto, no estaba preparada para escuchar la verdad!

El teniente apretó los labios. —Al final es lo mejor, hazme caso. Por cierto, ¿cómo es la vida de mercenario?

Miró hacia Harry y Galileo. —¿Quieres terminar así? Quédate en ese despacho.

# Capítulo 15

Tres días después escuchó que se abría la puerta principal y se tensó porque solo podía ser una persona ya que su madre y su hermana se habían ido de compras. Durko entró cojeando y la vio sentada en el salón con el niño en brazos. No le miraba lo que indicaba que aún estaba enfadada, aunque eso estaba claro cuando no había ido a verle en tres días que había estado ingresado.

—Tienes tus maletas bajo la escalera —dijo furiosa.

—Nena, ¿no podemos hablar de esto?

—Te acogió, te cuidó y dices esas barbaridades de él. Eres un cerdo y no te quiero cerca de mi hijo ni de mí. Así que lárgate.

Se acercó a ella. —No te lo hubiera dicho jamás. Es evidente que le adoráis. Incluso tu hermana cuando nunca llegó a conocerle.

—Te has sentido obligado a decir la verdad.

—Sí, exactamente.

—¿Y cómo sé que es la verdad cuando no has dejado de mentirme?

—Joder nena, todo lo que he hecho siempre ha sido por tu bien. —Se agachó a su lado, pero ella se levantó para apartarse, lo que le hizo apretar los labios. —¿Qué querías, que te dijera que se suicidó?

—Ni se te ocurra mencionar nada de esto en esta casa. No pienso dejar que destroces a mi madre y a mi hermana —dijo dejando el niño en el capazo.

—¿Por qué? ¿Por qué si estaba enfermo y ni sabía lo que hacía?

Se volvió fuera de sí. —¡No estaba enfermo! ¡Y si lo hubiera estado, sois responsables de su muerte por no impedir que fuera a la misión! ¿Por qué no hicisteis nada?

Él apretó los labios. —Porque si hubiéramos dado parte, hubiera perdido su trabajo, nena. Lo que le apasionaba. Intentamos ayudarle de otra manera, intentamos salvarle, pero no pudimos. ¡No pude!

—¡Vete de esta casa!

—Es mi casa y no pienso irme.

—Entonces me iré yo.

—¿Y qué le vas a decir a tu madre? ¿Qué le has dicho para justificar que me has dejado tirado en el hospital?

—¿Qué le he dicho? Cielo, tenía razones de sobra para que esto se acabara sin mencionar a mi padre. ¡Me volviste a mentir! —gritó dando un paso hacia él—. Nunca disolviste tu grupo, no pensabas dejar tu trabajo. ¡Me lo juraste y me volviste a mentir a la cara!

—Tú también me mentiste.

—Por ti, porque no te fueras de nuevo para estar meses sin conseguir encontrar a Galileo.

—Gracias por tu confianza —dijo entre dientes.

—Pero es que tú no eres de fiar. —Escuchó como se le cortaba el aliento. —¿Te sorprende que piense así? No sé de qué te extrañas cuando no haces más que mentir y no cumples con tu trabajo.

—Así que soy un inútil.

—¿No nos han sacado los dragones de esto? No sé por qué te fuiste del ejército, pero es evidente que te dejaron marchar porque

no merecías la pena. Y yo pienso hacer lo mismo.

Pasó ante él para ir a la cocina y Durko apretó los puños de la impotencia. Se acercó a la cocina para verla de espaldas a él cogiendo del estante la leche del bebé para preparar un biberón. —Así que no merezco la pena, nena. Puede que no, porque me he rodeado de escoria casi toda mi vida. Me he encontrado pocas personas que merecieran la pena y una de ellas eres tú, preciosa.

Noeleen apoyó las manos en la encimera intentando no llorar.

—Si mi presencia te hace daño, si no quieres darte cuenta de que todo lo que he hecho desde que te vi por primera vez, lo hice por tu bien, es que he hecho muchas cosas mal, cosas que te han herido y merezco que me rechaces. Pero no dudes nunca que te he amado más que a nadie en mi vida y que daría la vida por ti. Puede que mi manera de amarte no sea suficiente, pero nunca te olvidaré, preciosa.

Se quedó en silencio y ella no pudo reprimir un sollozo. Se volvió para enfrentarle y cuando no le vio se le encogió el corazón de miedo. —¿Durko? —Rodeó la isla de la cocina para ir hasta el salón. —¿Durko?

Al volverse vio que las maletas aún estaban allí y se dijo que volvería. Hablarían y lo arreglarían.

—"No va a volver, hija."

—¡Cállate! —gritó llevándose las manos a las sienes—. Lo hiciste, ¿verdad? ¡Lo hiciste!

—"Sí. Pensé que la vida se acababa y no podía estar más equivocado."

Impresionada se llevó la mano al pecho recordando miles de cosas, su padre mirando al vacío sentado en su sillón cuando venía a casa en sus últimos permisos, su madre preocupada preguntándole qué le pasaba. Su silencio, su apatía. Sollozó. —Nos abandonaste. Mamá te preguntó mil veces qué pasaba y dijiste que estabas bien, que todo eran imaginaciones suyas.

—"Llevaba meses mal. La noche anterior a mi muerte perdí el control de mis emociones. No tengo excusa y sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero quiero que hagas algo por mí."

Se tapó los oídos como si no quisiera oírlo.

—"Dile a tu madre la verdad. Ha decidido olvidar muchos momentos malos para solo revivir los buenos, pero hubo muchos malos, cielo."

—No pienso hacerle daño como tú. ¡Vete, vete y déjanos en paz! —gritó con rabia—. ¿No es lo que querías? ¡Vete!

—"Te quiero, hija. Lo intenté, te juro que lo intenté y no pudo ser. No es que no os quisiera, es que no veía una salida. En ese momento no."

Sollozó dejándose caer al suelo.

—"Os quiero, por favor no lo dudes nunca, mi niña. Os echo mucho de menos y haré lo que sea para que seáis felices. Por eso necesito que le digas a tu madre la verdad, porque ha paralizado su vida y tiene derecho a tener un hombre que la ame por encima de sí mismo. ¿Harás eso por mí, cielo? Por favor."

Asintió y le escuchó suspirar del alivio.

—"Gracias, mi niña. Y respecto a Durko hazme caso, no volverá. No querrá hacerte más daño y no volverá. Haz algo, hija, o le perderás para siempre."

—¿El qué? ¿Qué puedo hacer?

—"No puedo responder a eso. No fui capaz de hacer lo que fuera por vosotras, resistir por vosotras. No sé si lo que te dijera sería lo correcto. Pero lo que sí sé es que lo que menos quiere es hacerte daño, por eso se ha quitado del medio."

Emocionada susurró —Te hubiéramos ayudado.

—"Cielo, lo intentó, tu madre lo intentó con todas sus fuerzas. Pero sé que tú puedes conseguirlo. Durko te necesita tanto como tú a él. Haz lo que sea para encontrarle y os deseo la mayor felicidad de este mundo, mi niña. Espero que seas muy feliz."

Sabía que era una despedida y que si estaba allí, si la había ayudado, es porque tenía esa tarea pendiente. Necesitaba que se supiera la verdad para liberarse y ella tenía que ayudarle. —Te quiero, papá.

—"Lo sé. Y sé que harás lo correcto. Adiós, pequeña."

Casi sin poder responder de la emoción dijo —Adiós, papá.

Durante un tiempo se quedó allí sentada llorando porque sentía como si hubiera perdido a su padre de nuevo y solo el llanto de su bebé la trajo al presente. Se levantó y fue hasta el canasto donde él sonrió. Vio en su mente la sonrisa de Durko y se dijo que había sido muy injusta con él porque si había actuado así había sido por protegerla. Si no la hubiera querido no hubiera cambiado su vida por completo, habría seguido en su mundo ignorando cuanto le amaba, ignorando que tenía un hijo.

Durko bajó de la avioneta de un salto y agarró la mochila. Cargándosela a la espalda se dijo que estaba agotado. Llevaba tres semanas de un lado a otro y ni sabía por qué habían aceptado ese trabajo. Solo recordaba que Lewis le había dicho que el cliente pagaba muy bien y que ya que estaban en Sudamérica podrían hacerlo de camino a los Estados Unidos. Mientras sus tres hombres bajaban del avión dijo —Atentos, no quiero fallos. Preparaos.

—Sí, jefe —dijo su segundo—. ¡Venga, ya habéis oído al jefe! ¡Moved el culo! ¡Os quiero con el equipo listo y preparado en cinco minutos!

Durko se volvió para mirar la ruinosa pista de aterrizaje al sudeste de Bogotá. —¿Seguro que los datos son correctos?

—Sí, jefe. —Carl se puso a su lado. —Según me ha dicho Lewis, nos pondremos en contacto con nuestro enlace en tres minutos. Es el hombre al que el marido contrató para encontrarle. Nos llevará al hotel y esta noche reconoceremos la zona.

Miró su reloj. —Bien, háblame del objetivo, ese tal Jiménez.

—Ramiro Jiménez, treinta y cinco años, mató a su jefa al intentar robarle en su casa de California. Ella era una importante

empresaria y la pilló cuando estaba sola en la casa tomando el sol en la piscina. Le cortó el dedo para sacarle el anillo de diamantes que le regaló su marido en su compromiso y desvalijó la casa.

—¿Y el servicio dónde estaba?

—Casualmente no había nadie en la casa en ese momento. Ella tampoco tenía que haber estado allí, pero estaba un poco indispuesta y decidió quedarse en casa.

—Joder, no me digas que estaba embarazada.

Carl asintió. —Su marido nos ha contratado. Ese cabrón de Ramiro vive aquí huyendo de la justicia.

—La aplicaremos nosotros.

En ese momento llegó un jeep al descubierto y un hombre moreno llegó hasta ellos. —Soy Manuel, vuestro enlace. Supongo que no me diréis vuestros nombres, pero sí la palabra en clave.

—Fenix —dijo Durko.

—Subid.

—¡Vamos, vamos! —ordenó su segundo mientras Durko tiraba su mochila atrás antes de sentarse al lado del conductor.

Los tres se sentaron atrás un poco apretados, pero estaban acostumbrados a cosas peores.

—¿Dónde está el hotel? —preguntó Durko.

—A dos kilómetros, aquí cerca. Lo elegí a mitad de camino de la ciudad y del aeropuerto.

—Has hecho bien.

—¿El piloto no viene?

—Él se queda vigilando la avioneta.

—Comprendo.

—¿El objetivo está localizado?

—Sí, ahora trabaja para otro rico de aquí que tiene plantaciones de café.

—Ese trabajo le va a durar muy poco.

El hombre asintió. —Espero que os guste el hotel.

—No hemos venido de vacaciones. —Miró al frente y se dio cuenta de que no era un coche de alquiler. Normalmente los coches de alquiler tenían alguna pegatina o algo que publicitara la compañía. —¿Eres de aquí?

—No, de Nueva York. Allí me contrataron.

—Qué raro que contrataran a alguien de Nueva York cuando el cliente vive en California.

—¿Tú de dónde eres?

—De Nueva York.

Manuel sonrió. —¿Y eso no es raro?

Sonrió divertido mirando al frente. —Teniendo en cuenta que a mí me contratan de cualquier sitio, no.

—Fíjate yo también tengo clientes de todo el mundo.

—Debes ser bueno en tu trabajo.

—El mejor, ni te lo imaginas. De hecho, tengo clientes que repiten.

Sonrió y Durko entrecerró los ojos. —¿Te conozco de algo? ¿Hemos trabajado juntos antes?

—No te recuerdo, un hombre como tú es difícil de olvidar.

Su segundo se echó a reír. —Eso seguro. Los que le conocen normalmente no lo olvidan en lo que les queda de vida.

Sus hombres rieron y Manuel le miró de reojo. Algo en él le llamó la atención y era esa peca te tenía al lado de la nariz. La había visto antes, pero no lograba recordar donde y eso que él tenía buena memoria.

—Así que de Nueva York, ¿eh? ¿De qué barrio? Igual nos hemos criado muy cerca.

Manuel le miró de reojo. —De Brooklyn, ¿tú eres de allí?

—No, soy de Queens.

Él sonrió como si estuviera aliviado, lo que le mosqueó aún más. —Pero conozco Brooklyn muy bien. De hecho, mi mujer es de allí.

—¿Y cómo se llama? Igual la conozco.

Al mirar sus manos vio un corte en el dedo índice de la mano izquierda. Por el ángulo eso lo había hecho un cuchillo y sus manos sonrojadas y las pequeñas marcas redondas y oscurecidas en el dorso de la mano por las salpicaduras del aceite al freír, indicaban que trabajaba en una cocina. Entonces se dio cuenta, supo donde lo había visto. —Claro que la conocerás, no hay mujer más guapa en todo el barrio.

Apretó las manos en el volante.

—Tú pensarás lo mismo, ¿no Enrico? Tengo entendido por mi suegra que estás loco por ella, hasta me enseñó una foto tuya de vuestra graduación para intentar fastidiarme.

Su chofer palideció. —Puedo explicarlo.

Le puso el cañón de la pistola en la sien. —Claro que me lo vas a explicar.

—¡Necesitaba encontrarte! Llamó al número de teléfono ese que tenía de tu grupo y temiendo que no le devolvieras la llamada dijo que quería encargar un trabajo. Me necesitaba para darle credibilidad a la historia. ¡Y nos vinimos aquí a esperarte! Está en el hotel impaciente por verte.

Se le cortó el aliento. —¿Noeleen está aquí?

—Joder, no le digas que te he dicho nada, ¡amenazó con caparme! Y teniendo en cuenta el carácter que tiene ahora es capaz de hacerlo. Joder, siempre tuvo mala leche, ¿pero ahora?

—¡Ahora es mía!

—Toda tuya, sí, señor. Yo a buscar a otra, que las hay a puñados.

—Eso.

Miró hacia atrás y sus chicos sonreían de oreja a oreja. —¿Y vosotros de qué os reis?

—¿Una riña doméstica, jefe?

—Métete en tus asuntos.

—Pero esto se nos pagará, ¿no? —preguntó Erik.

—Seguramente lo estaré pagando yo.

—Estupendo, unas minivacaciones pagadas. Gracias, jefe.

Gruñó. —De nada.

El jeep salió de la carretera y enfiló un camino empedrado.

—¡En un hotel de cinco estrellas! —exclamó Erik—. Aquí hay piscinas, será la leche.

—Y barra libre —dijo Carl—. ¿Hasta cuándo es el permiso, jefe?

Viendo las palmeras y la edificación con el techo de paja susurró —No tengo ni idea.

El jeep se detuvo ante unas escaleras y le pareció ver a Noeleen tras una enorme maceta. Gruñó bajándose del coche y Enrico dijo —Por favor, no digas que lo sabes por mí, por favor. Mi padre está intentándolo de nuevo con tu suegra y si dices algo no solo terminaré capado sino sin trabajo y en la calle.

Cogió la mochila. —Rompan filas hasta nueva orden.

Subió los escalones de madera y vio a su suegra tras otra maceta. —Increíble —dijo por lo bajo yendo hacia la recepción. Tiró la mochila a un lado y dijo —Una habitación para mí y habitaciones independientes para mis hombres.

—Por supuesto, señor Patterson.

Durko elevó una ceja cuando se suponía que no sabían sus nombres. El tipo sonrió loco de contento de tenerles allí. —Las mejores del complejo. Espero que estén cómodos. —Puso ante él una tarjeta. —Vaya por el centro del jardín hasta el final, villa cuatro.

—Villa cuatro, ¿eh?

—Ya se lo he dicho, lo mejor de lo mejor.

—Perfecto.

Agarró la mochila y se alejó sonriendo. —Al menos con ella no te vas a aburrir. —Caminó por el jardín como el tipo le había dicho y llegó a las piscinas. Las villas estaban al otro lado. Rodeó las piscinas y unas chicas que estaban de fiesta le silbaron gritándole en inglés que se tomara una copa con ellas. —Otro día, chicas.

Protestaron antes de echarse a reír y al buscar el número cuatro miró disimuladamente sobre su hombro para ver que Noeleen de golpe se tiraba a la piscina vestida y todo. Siguió su camino riendo por lo bajo. —El espionaje no es lo tuyo, nena.

Divertido llegó a la puerta y pensó que con lo que miraba por el dinero, aunque fuera el suyo se había soltado la melena en esa ocasión. Aquella villa debía costar un ojo de la cara. Entró en el enorme salón con vistas a un hermoso jardín con hamacas y una

pequeña piscina privada y siguió de frente hacia la enorme cama. Se quitó la camiseta y la tiró a un lado sacándose el arma de la funda que llevaba a la espalda. Se desnudó y entró en el baño abriendo el agua de la ducha. Sentir el agua fría sobre su nuca era lo que necesitaba para relajar la tensión de las últimas semanas y a pesar del ruido del agua escuchó como entraba en la villa. Durko apoyó las manos sobre los azulejos y los pies desnudos de Noeleen resbalaron en el salón chocándose con algo. —Leche… Auch.

Hasta escuchó como tiraba al suelo la ropa mojada y entraba en el baño muy despacio. Intentando ser muy sigilosa metió el pie en la ducha de obra y caminó por los azulejitos de colores hasta llegar a su espalda.

—Nena, ya te había visto. No hace falta que intentes sorprenderme. —Se volvió y se sobresaltó al verla roja como un tomate de pies a cabeza. —¡Hostia!

—Se ha chivado Enrico, ¿a que sí?

—¿Pero qué coño te ha pasado en la piel? —dijo espantado.

—¿Se nota mucho?

—¿Que si se nota? ¡Parece que te han puesto a la parrilla!

—Es que me quedé dormida en la hamaca. Aquí pega mucho el sol.

—¿Te ha visto el médico?

—¿Debería?

—Joder, sí. Necesitas echarte algo cuanto antes.

—Vale, ¿pero te alegras de verme? —Por la cara que ponía parecía que no se alegraba mucho y eso la puso muy nerviosa.

—Pues con esa pinta no, la verdad.

—Ah, ¿no? —Decepcionada dejó caer los hombros.

—Ahora no podré ni besarte como Dios manda.

Se le cortó el aliento de la sorpresa. —Tú no te cortes, que yo he venido a reconciliarme y puedo con todo.

Sonrió de esa manera que la volvía loca. —Puedes con todo, ¿eh?

—¿Me has perdonado por ser tan tonta? Porque yo te he perdonado por mentirme y todo lo demás.

La cogió por la cintura pegándola a él. —¿De veras?

—Siento haberte echado de casa. —Acercó sus labios. —Siento haber dudado de tu palabra con lo de mi padre.

—Entiendo que es algo difícil de aceptar. —Sus labios se rozaron y Noeleen suspiró de placer. —No quería que sufrieras ningún daño, preciosa.

—Lo sé —dijo antes de entrar en su boca demostrándole todo lo que le había echado de menos.

Durko la cogió en brazos y poco a poco separaron sus labios para mirarse a los ojos. —¿A dónde me llevas?

—Al médico.

Soltó una risita. —Ni de broma, eso puede esperar.

—Nena, a partir de ahora no pienso quitarte ojo, cuando no te asaltan, te pegan tiros, te persiguen mercenarios o te achicharras. Seguro que hasta se me olvida algo.

—Has olvidado que doy a luz cuando no estás.

—Y no sabes cómo siento habérmelo perdido.

—Tranquilo, que si no tienes planes ni trabajos para dentro de siete meses no te lo perderás. —Se detuvo en seco y Noeleen sonriendo acarició su mejilla. —Cielo, está claro que tienes puntería.

—Pero si no podías —dijo pasmado.

—La doctora me dijo que puede que no fuera posible debido al trauma de la operación por como tuvieron que detener la

hemorragia. Era difícil, pero no imposible.

Durko sonrió. —Siete meses, ¿eh? ¿Ves cómo la casa no era demasiado? A este paso vamos a llenarla. —La besó emocionado. —Te amo, te amo, esta vez estaré allí, nena. Te lo juro.

—Lo sé, mi amor. Nunca más nos fallaremos el uno al otro.

—Puedes estar segura. Tú eres lo más importante de mi vida y lo serás siempre.

# Epílogo

Bufó una y otra vez. —Esto no puede estar pasando —dijo entre dientes mientras se agarraba la barriga con fuerza.

—Pues yo creo que sí está pasando —dijo su hermana sentada en la cama del hospital tan pancha mientras chateaba en el móvil y su madre de los nervios no dejaba de gritar al teléfono que le iba a cortar los cataplines a su marido como no se presentara allí de inmediato y que le importaba una mierda el atasco por un accidente, pero lo que sí le importó es que aún estaba a medio camino.

—Para que te fíes de los hombres.

—Tomo nota. ¿Pero no tendrás culpa tú que te has adelantado?

—¡Yo siempre me adelanto a todo! ¡Tendría que estar prevenido! —Gimió roja como un tomate. —Este sale ya.

—Qué va, si todavía te queda por dilatar.

—¿Sí? ¿Cuánto? ¡Porque no aguanto un minuto más!

—Deja de gritar —dijo tan calmada que la ponía de los nervios—. ¿Pido la epidural?

—¡Pide lo que te dé la gana, pero pide algo! —Sollozó. —Esto duele mucho.

—Teniendo en cuenta de que te has quedado preñada cuando todavía no había curado la cesárea por dentro, no me extraña que duela.

—¿Ahora qué pasa? ¿Qué vas, de lista por la vida? Se suponía que no podía quedarme embarazada.

—No, se suponía que iba a ser muy difícil que te quedaras embarazada de nuevo, que no es lo mismo.

Parpadeó. —Oye resabiada, ¿quieres que te quite la ayuda a la universidad que te viene tan bien para no trabajar?

Lisbeth soltó una risita. —Mi cuñi me la daría. Me adora.

El cuñi apareció en ese momento sudando a mares y con pinta de que había corrido unas cuantas avenidas. —Cielo, ¿por qué

te has dado tanta prisa? Aún me queda.

Miró con rencor a su madre que cruzada de brazos chasqueó la lengua. —Quería estar contigo cuanto antes, nena.

Noeleen sonrió. —Ya sabía yo que llegarías a tiempo.

—Qué mentirosa… —dijo su hermana por lo bajo sin dejar de teclear el móvil.

—¡Sí que lo sabía! —exclamó alterada. Gimió de dolor y alargó la mano para coger la de su marido apretando con una fuerza que le dejó asombrado. Cuando terminó la contracción dejó caer la cabeza sobre las almohadas.

—Nena, ¿estás bien?

—Esto no es nada.

Lisbeth asombrada miró a su madre que le hizo un gesto para que no le diera importancia.

Durko sonrió pasando una pequeña toalla mojada sobre su frente. —Tú eres muy fuerte, has salido a tu madre.

Regina sonrió satisfecha. —Es clavadita a mí, como mi Lisbeth.

Lisbeth no salía de su asombro. —Pero si siempre dices que me parezco a papá.

—En lo valiente y tenaz eres clavadita a él, en la inteligencia eres mi mismo reflejo, eso es evidente.

Noeleen sonrió. —¿Qué tal el trabajo?

—Como siempre, muchos clientes y pocos chicos para hacerlo todo.

—Si eso es un patético intento de que te deje ir a cargarte a tres o cuatro, la respuesta es no.

Sonrió. —Lo suponía. Por cierto, el señor Harrison te envía recuerdos. Está deseando que vuelvas al trabajo.

—¿Has arreglado ese problemilla que tenía de seguridad?

—Hecho, y no le he cobrado nada.

—Gracias, cielo.

Él miró el monitor. —Ahí viene otra, ¿estás lista?

—Contigo a mi lado estoy lista para todo, mi amor.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)
5- Planes de Boda (Serie oficina)
6- Que gane el mejor (Serie Australia)
7- La consentida de la reina (Serie época)
8- Inseguro amor (Serie oficina)
9- Hasta mi último aliento
10- Demándame si puedes
11- Condenada por tu amor (Serie época)
12- El amor no se compra
13- Peligroso amor
14- Una bala al corazón
15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
16- Te casarás conmigo

17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor

19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina)

21- No me amas como quiero (Serie época)

22- Amor por destino (Serie Texas)

23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40- No busco marido

41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)

48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)

53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época)

59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina)

66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa)

71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época)

77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)

86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas)

105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)

118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)

122- Desterrada (Serie vikingos)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)

147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)

148- ¿Cómo te atreves a volver?

149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)

150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)

152- Tú no eres para mí

153- Lo supe en cuanto le vi

154- Sígueme, amor (Serie escocesa)

155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)

156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)

157- Me has dado la vida

158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)

159- Amor por destino 2 (Serie Texas)

160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)

161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)

162- Dulces sueños, milady (Serie Época)

163- La vida que siempre he soñado

164- Aprenderás, mi amor

165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)

166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)

167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)

168- Sólo he sido feliz a tu lado

169- Mi protector

170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)

171- Algún día me amarás (Serie época)

172- Sé que será para siempre

173- Hambrienta de amor

174- No me apartes de ti (Serie oficina)

175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)

176- Nada está bien si no estamos juntos

177- Siempre tuyo (Serie Australia)

178- El acuerdo (Serie oficina)

179- El acuerdo 2 (Serie oficina)

180- No quiero olvidarte

181- Es una pena que me odies

182- Si estás a mi lado (Serie época)

183- Novia Bansley I (Serie Texas)

184- Novia Bansley II (Serie Texas)

185- Novia Bansley III (Serie Texas)

186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)

187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)

188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)

189- Lo que fuera por ti 2

190- ¿Te he fallado alguna vez?

191- Él llena mi corazón

192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)

193- No puedes ser real (Serie Texas)

194- Cómplices (Serie oficina)

195- Cómplices 2

196- Sólo pido una oportunidad

197- Vivo para ti (Serie Vikingos)

198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)

199- Un baile especial

200- Un baile especial 2

201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)

202- Lo siento, preciosa (Serie época)

203- Tus ojos no mienten

204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)

205- Sueño con un beso

206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)

207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)

208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)

209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)

210- No soy lo que esperabas

211- Eres única (Serie oficina)

212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)

213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)

214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)

215- La intensidad de lo que siento por ti

216- Lucha por lo que amas (Serie Australia)

217- Ganaré tu corazón (Serie Vikingos)

218- Mi otra cara de la moneda

219- Ni tú conmigo, ni yo sin ti

220- No necesito más, si te tengo a ti (Serie Oficina)

221- Me enfrentaré a todo por tu amor (Serie época)

222- Algo único (Serie Australia)

223- Volver a enamorarte

224- Empezar de nuevo (Serie oficina)

225- Nunca seré tuya (Serie Vikingos)

226- Sería imposible olvidarte (Serie Vecinos)

227- Juramento de amor 2 (Serie época)

228- Siento tu corazón

229- ¿Has pensado en mí?

230- La oportunidad de enamorarle

231- No dañes mi corazón (Serie Escocia)

232- Te siento mío (Serie Texas)

233- El uno para el otro

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Juramento de amor 2
12. Una moneda por tu corazón
13. Lady Corianne
14. No quiero amarte
15. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.